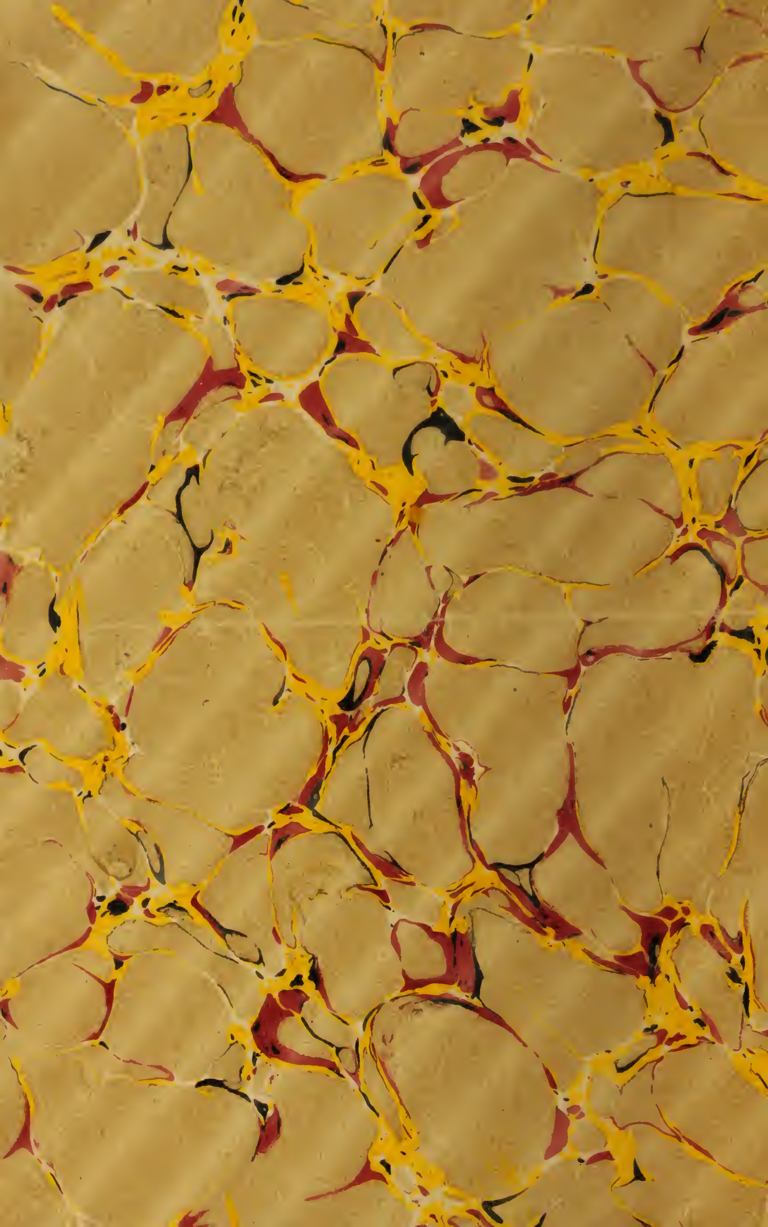
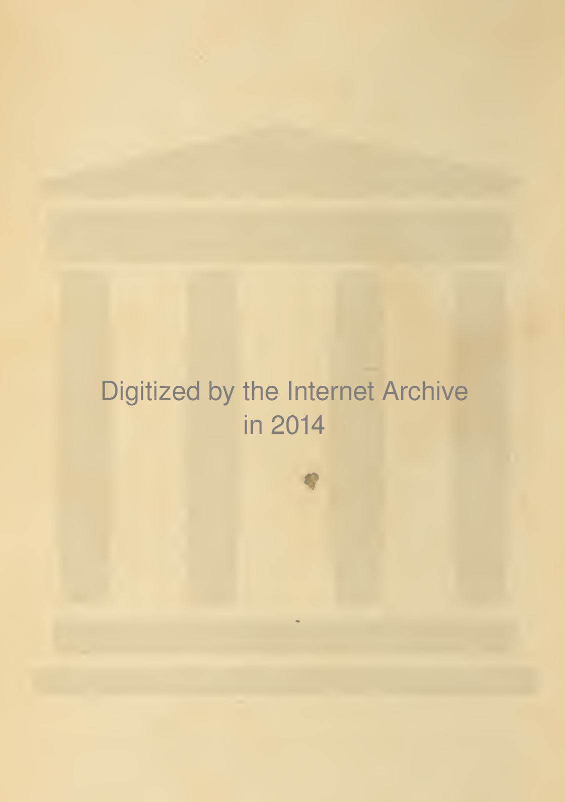

3 1761 09546705 6
UNIV. OF
TORONTO
LIBRARY








HISTORIA
DE
N BESO
Por F. Perez Escrich

HISTORIA

DE UN BESO.

HISTORIA

DE UN BESO

NOVELA DE COSTUMBRES

SU AUTOR

ENRIQUE PEREZ ESCRICH.

MADRID
LIBRERÍA DE MIGUEL GUIJARRO
calle de Preciados, número 5

1887

CAPITULO PRIMERO.

Una taza de café.

> Un beso es muchas veces la limosna que hace una mujer á uno labios lisonjeros; otras un pedazo del alma que se escapa por su boca. En el primer caso, el hombre es la víctima; en el segundo, la mujer.

Existen en la tierra criaturas tan fuertemente organizadas, corazones tan generosos, que no necesitan ser correspondidos para amar con toda su alma, para tener grabada una imagen querida en el fondo de su pecho.

Estos seres sufren con la frente serena y lloran con la sonrisa en los labios, porque las lágrimas se exhalan de dos modos: unas asoman á los ojos, otras caen en el corazón y queman esa bella flor de la juventud llamada esperanza.

La vida en estos casos es un deseo infinito que se ahoga en el pecho, porque se ve la felicidad que se codicia rodeada de una muralla erizada de

imposibles. Si pudiera conquistarse como un baluarte, se conocerían los nombres de muchos héroes que mueren ignorados.

La incertidumbre, esa calentura del alma que tiene el poder de reducir y dilatar el tiempo á su antojo, se halla siempre sujeta á la poderosa magia de una sílaba. Un *sí* resuena dulcemente en el oído del enamorado y tiene la encantadora poesía del mes de Mayo, con sus perfumes, sus flores y el armonioso canto de las aves; un *no* tiene la aridez del desierto, la melancolía de la desgracia, la soledad de la tumba.

Voy, pues, lectores amigos, á referiros una historia sencilla, un gemido del corazón.

Quiero que conozcáis á la protagonista de mi libro, y os suplico que le perdonéis la debilidad de su alma: el coquetismo.

Se llama Amparo; nombre cuyas seis letras encierran una promesa de amor nunca realizada.

Yo procuraré pintaros con los colores de la verdad su rostro, hermoso como el sueño de la adolescencia; su frente, radiante como la luz del sol cuando brota, al romper el día, desde el fondo del mar; sus ojos, claros y expresivos, á través de los cuales se leen todas las impresiones de su alma, sensible como las arpas de las hijas de Sion, que vibran al menor soplo del céfiro.

Si os placen las escenas terribles, las grandes

catástrofes, las situaciones inverosímiles, cerrad mi libro, porque en sus páginas sólo hallaréis la historia de un corazon que se rompió en pedazos en la estrecha cárcel de su pecho.

. . . .

. . . .

Ernesto se hallaba en Roma, pensionado por el gobierno español. Era un joven de veinticinco años, lleno de vida, de ilusiones, de genio; muchas veces en sus sueños de pintor creía llegar á la altura de Velázquez, de Murillo, y de todos esos grandes hombres que brillan en primer término en la historia de la pintura nacional.

Vivía en una pequeña casa de las inmediaciones de la Ciudad Eterna, de la matrona del arte, pensando en la gloria, trabajando siempre, porque Ernesto era un soñador infatigable. El mundo para él estaba reducido á sus cuadros, sus pinceles y su paleta.

No había amado nunca mas que á su madre, que había dejado de existir, y á la gloria, que anhelaba alcanzar.

Corazón impresionable, pero dormido, las mujeres habían pasado por delante de él como las hermosas flores de un jardín.

En una palabra, Ernesto no había tropezado aún con su bello ideal, con el perfume de su alma.

La mujer hermosa para él sólo era una obra

bella en donde el gran artista que se llama naturaleza había derramado sus más preciosos dones.

Veamos, pues, cómo la casualidad le puso en el caso de pagar de un modo terrible ese tributo de las almas sensibles que se llama amor.

Como hemos dicho, Ernesto habitaba una pequeña casita en las cercanías de Roma.

El estudio, situado en la parte que daba al jardín, recibía las luces de dos grandes ventanas, por las que se introducían los caprichosos y trepadores brazos de algunas enredaderas.

Era una tarde del mes de Mayo. Ernesto se hallaba bosquejando una figura, cuando entró su criado á decirle que un caballero y una señorita deseaban verle.

—Son españoles,—añadió el criado,—y según he comprendido, conocen al señorito.

—¿Españoles?—exclamó Ernesto dejando la paleta.—¡Que pasen, que pasen al momento!

Ernesto iba á dirigirse hácia la puerta siguiendo al criado, cuando oyó una voz que no le era desconocida, que decía:

—¿En dónde está ese mal español, que es preciso venir á Roma á la Vía Apia para darle un abrazo?

—¡Calla! ¿Es usted, señor don Ventura?—exclamó el pintor, viendo entrar en el estudio un caballero de cincuenta años de edad, que llevaba

del brazo á una joven tan hermosa como elegante.

—Sí, yo soy, querido pintor, yo soy, el don Ventura del café Suizo, el amigo de los artistas, el entusiasta por el divino arte de Apeles; yo, que á pesar de mi entusiasmo por los bellos cuadros, no he sabido nunca colocar á un rostro la nariz en su verdadero sitio. Pero siéntate, querida Amparo, siéntate: los hombres de genio suelen ser sencillos como aldeanos, y francos como la verdad. Además, tienen buen gusto en materia de café, y para probar el de Ernesto comenzaré por pedirle que nos dé un par de tazas.

Ernesto mandó á su criado que colocara la maquinilla y todo lo necesario sobre la mesa.

La joven, que se había sentado en una butaca, desde donde distraidamente contemplaba los cuadros del estudio, envió una sonrisa y un saludo al pintor, dejando ver unos dientes pequeños como los de una niña y blancos como la carne del coco americano.

Todo lo que es bello tiene irresistible atractivo para los hombres de genio.

Ernesto se fijó en la joven.

Amparo tendría veinte años de edad. Su rostro, de una gracia irresistible, provocativa, se veía casi siempre embellecido por una de esas encantadoras sonrisas en las que se duda si es la manifestación del coquetismo ó de la ternura del alma.

Sus labios, excesivamente rojos y húmedos, sin duda por la costumbre de inquietarles con el frecuente roce de los dientes, se quedaban á veces un tanto entreabiertos, como si fueran á exhalar un suspiro ó á recibir un beso.

Sus ojos eran grandes y negros como la mora en sazón; pero tan movibles, tan inquietos, tan llenos de vida, tan fáciles para manifestar las impresiones del alma, que tan pronto se les veía languidecer con la sombra embriagadora del amor platónico, como brillar con todo el fuego de la pasión que condujo á Ovidio á un calabozo y á Saffo á la muerte.

Ernesto estudiaba disimuladamente á aquella joven que tan profunda sensación trasmitía á su alma, virgen á las terribles tempestades del amor; y ¡cosa rara! su genio de artista, tan pronto encontraba en Amparo la belleza sensual y provocativa de las mujeres de Rubens, como el pudor candoroso de las vírgenes de Murillo.

En cuanto á don Ventura, sólo diremos que era un hombre de cincuenta años, un tanto calvo y otro tanto cano, con el rostro rebosando salud y alegría; en una palabra, una de esas fisonomías que sonríen siempre, hasta cuando lloran; el tipo, en fin, del honrado comerciante que logra, después de muchos años de trabajo, reunir una fortuna que pone á cubierto todas las necesidades de la vejez.

Amparo era hija única, la había educado en uno de los mejores colegios de Madrid, y le reservaba un dote de cuatro millones para cuando encontrara, como vulgarmente se dice, su media naranja.

Don Ventura era feliz viendo á su hija joven, hermosa, locuaz y alegre, que tocaba el piano con bastante gusto, cantaba regularmente, y dibujaba, aunque no con tanta perfección como el divino Rafael.

Amparo era, por decirlo así, una reina absoluta, y su padre un ministro de Hacienda bastante condescendiente.

La mujer joven y libre, cuando la fortuna le permite emprender viajes de recreo durante la estación de verano, necesita algo más que el cambio de cielo y de país para distraerse; el viaje adquiere la insulsa condición de *tonto* si el alma no toma parte y la coquetería no esgrime sus armas, tan deliciosas como traidoras, para matar el tiempo.

Hacer una conquista sin graves compromisos, sin funestos resultados, en un cómodo vagón de primera; cambiar miradas expresivas con un joven elegante por las playas de Biarritz ó en las cumbres de las montañas de Suiza, ¡tiene tanto atractivo para las jóvenes viajeras!... Es tan grato al corazón de una mujer encontrar á doscientas le-

guas de su patria un compatricio que se convierta en esclavo, que esté dispuesto á salvarla, á defenderla y sembrar de flores la tierra que pisa, que no puede resistir á la tentación de poner en juego toda su coquetería.

Además, la mujer tiene el talento de comprender si causa buen efecto, y sabe aprovecharse. Cuando el invierno vuelve, cuando las primeras ráfagas otoñales obligan á regresar á sus cuarteles de invierno á esas tiernas bandadas de aves emigradoras con faldas de piqué, sombreritos de paja y botas imperiales, entonces al calor de la chimenea se meditan todas las locuras, todas las inocentes concesiones hechas al aire libre y poetizadas por el viento de las montañas ó la brisa del mar; y como no hay mujer que no sepa calcular como el mejor matemático, se piensa si conviene dar un adiós ó afirmar los amores de verano.

Amparo, pues, encontró casualmente á Ernesto en Roma. Había oído decir que tenía talento, le gustaban algunos cuadros de los que veía en el estudio, y no pareciéndole mal la figura del pintor, le dirigió unas cuantas miradas y otras tantas sonrisas, de esas que en el corazón de un hombre sencillo y apasionado causan una terrible tempestad.

Amparo no creyó que aquella coquetería era penable por el código del amor. La empleó con la

más sana intención, puesto que comenzaba á aburrirse en Roma, donde iba sola por todas partes con su padre. Ernesto, pues, fué mirado como un recurso, como una distracción.

Cuando Amparo salió de casa del pintor, tenía la íntima convicción de que había causado buen efecto.

—Pensará en mí,—se dijo,—vendrá á verme, hablaremos de pintura, de música, y de este modo me aburriré menos.

Amparo ignoraba entonces la terrible influencia que sus miradas y sus concesiones debían ejercer en el alma del artista. A saberlo, indudablemente se hubiera abstenido, porque su corazón era bueno, generoso, y tan impresionable, que se conmovía ante la más ligera contrariedad, como la hoja del tembloroso álamo ante el más leve soplo del céfiro.

CAPITULO II.

Una noche en el Coliseo.

Cuando Ernesto se quedó solo, en vez de coger la paleta y los pinceles se asomó á la ventana y se puso á pensar en la joven española que acababa de salir.

Después de una hora de meditación, Ernesto se retiró de la ventana, diciéndose para sí:

—Si me encargaran un cuadro en que hubiera de figurar alguna de las tres encantadoras hijas de Júpiter y Eurinome, suplicaría á Amparo que me prestase su hermosa cabeza para modelo.

Y Ernesto, como si siguiera á un impulso de la inspiración, cogió la paleta y los pinceles y comenzó á pintar en un pequeño trozo de lienzo una cabeza, pero con tanta rapidez, que á los veinte minutos estaba completamente modelada.

Separóse un poco del caballete para mirar aquel pequeño boceto, y dijo:

—Sí, ésa es. Tengo buena memoria.

Y como si no estuviera satisfecho de sí mismo, llamó á su criado y le dijo:

—Vamos á ver, ¿á quién se parece esta cabeza?...

—¡Toma! ¿A quién se ha de parecer? A esa señorita que acaba de marcharse,—respondió el criado sin vacilar.—No es preciso ser muy listo para reconocerla.

Ernesto volvió á coger los pinceles y dió nuevos toques á su trabajo.

Dos horas después había terminado un precioso retrato de Amparo, que el pintor más escrupuloso no se hubiera desdeñado de ponerle como muestra en un escaparate.

Había ofrecido á don Ventura ir al día siguiente á comer con él al hotel de Londres, plaza de España, donde se hallaban alojados.

Ernesto se levantó temprano, se afeitó, se vistió con más esmero que nunca, admirándose él mismo de estar tanto tiempo delante del espejo.

Luego que quedó, por decirlo así, satisfecho de sí mismo, arrolló el lienzo del retrato de Amparo, le envolvió en un papel, y salió de su casa, diciendo al criado que tenía todo el día libre, pues no regresaría hasta muy entrada la noche.

Don Ventura y su hija ocupaban un cuarto del piso principal en la fonda de España. Cuando Ernesto subía la escalera oyó los acordes de un piano. Se detuvo: tocaba la magnífica sinfonía de *Guillermo Tell.*

—¿Será Amparo?—se preguntó.

Y viendo un camarero que asomaba por el corredor, le dijo:

—¿Qué número tiene el cuarto de don Ventura de Aguilar?

—El 6: ahí, donde suena el piano.

Ernesto no se había engañado: era Amparo la profesora que tan magníficamente interpretaba una de las más bellas composiciones de Rossini.

Ernesto, temeroso de interrumpir aquel brillante torrente de notas que tan dulcemente resonaban en su corazón, esperó junto á la puerta á que terminara la sinfonía. Cuando así sucedió, llamó con suavidad.

—¡Adelante!—dijo la voz de don Ventura.

Ernesto empujó la puerta y se encontró en la sala. Amparo estaba aún sentada junto al piano. Encima de éste había un espejo grande, y en el claro cristal de aquel espejo vió el pintor retratado el hermoso rostro de la joven, que se sonreía, enviándole una mirada que le conturbó por un segundo.

—Vamos, tiene palabra,—dijo don Ventura.—He ahí una cualidad que no es muy peculiar en los artistas.

—¿Luego ustedes no me esperaban?—añadió Ernesto.

—Yo sí; mi padre no,—contestó Amparo, haciendo girar la banqueta del piano y quedándose frente á frente del pintor.

Entonces Ernesto vió que Amparo llevaba un traje tan sencillo como elegante, compuesto de un vestido de dos faldas, una azul y otra color de rosa bajo. Su pelo, corto, negro y rizado, estaba sujeto por una cinta azul que hacía resaltar la blancura de su frente y el hermoso sonrosado de sus mejillas.

Ernesto encontró mucho más bella á Amparo que el día anterior.

De buena gana hubiera guardado silencio, gozándose en la contemplación del hermoso modelo que tenía delante; pero esto habría sido, además de inconveniente, ridículo.

Amparo, por su parte, miraba al joven pintor con la más seductora de sus miradas, y enviándole la más bella de sus sonrisas.

Había comprendido lo que pasaba en el alma de Ernesto. Sólo don Ventura no observó nada. Bien es verdad que los seres felices son todos cortos de vista.

—¿Qué lleva usted ahí, Ernesto? ¿Es algún dibujo?—preguntó Amparo, viendo el rollo que tenía en la mano el pintor.

—¡Ah! ¡Qué distraído soy!—contestó Ernesto.—Ayer tarde me tomé la libertad de hacer un pequeño trabajo. Es un atrevimiento que espero que ustedes me perdonen, pues vengo á pagar la visita, como es deber en los artistas.

Ernesto desarrolló el pequeño lienzo, y lo presentó sonriéndose.

Amparo no pudo contener un grito de asombro. Don Ventura pronunció una interjección que no hay costumbre de consignar en letras de molde.

—¡Soy yo!

—¡Es mi Amparo!

—Es un retrato de esta señorita, hecho de memoria, y vengo á ofrecérselo como un recuerdo de la visita que tuvo á bien hacerme.

—¡Vamos, son el diantre estos pintores!—exclamó don Ventura.—¿Cómo se arreglarán para retener tan perfectamente en la imaginación las facciones de una persona, y luego trasladarlas al lienzo con tanta verdad? ¡Porque eres tú! Sí, tan perfectamente parecida como una gota á otra gota; mucho más parecida que una fotografía de Gautier.

Ernesto se sonrió de las admiraciones de don

Ventura. Amparo parecía agradecerle con una mirada llena de dulce vaguedad y ternura aquel recuerdo delicado.

—Pues yo creo eso lo más fácil del mundo,—dijo el pintor mirando á Amparo,—y me atrevo á hacer de memoria dentro de tres años el retrato de esta señorita, sin olvidar ni el menor detalle del traje y del peinado que lleva en este momento.

—Cógele la palabra, papá,—dijo Amparo,—y dentro de tres años, si nos hallamos en Madrid, tendrás el gusto de verle derrotado.

—Queda aplazado el retrato. Pero creo que sería conveniente que nos sirvieran el almuerzo y que pensáramos cómo se ha de pasar el día.

—¿Han visitado ustedes las *vilas* ó casas de campo de las cercanías?—preguntó Ernesto.

—Sí, hemos visto una... ¿Cómo se llama la que visitamos ayer?—preguntó don Ventura á su hija.

—La *vila Aldobrandini*.

—Es magnífica, pero se halla poco menos que abandonada. Deliciosa mansión si se cuidaran sus jardines, en forma de anfiteatro. El Dominiquino nos ha dejado en esa suntuosa casa de campo unos frescos inimitables. ¡Lástima grande causa oir, en medio de tanto abandono, el cadencioso murmurio de sus cascadas, que se asimila á la armonía de los órganos acuáticles de la antigüe-

dad, como asimismo ver las delicadas estatuas y otros objetos de escultura de gran mérito!

—Pues si he de ser á usted franco, no me ha llenado gran cosa la vila... ¿Cómo dices que se llama, Amparo?

—*Aldobrandini*, papá. ¡Válgame Dios, y qué poca memoria tienes!

Y Amparo cambió una sonrisa con Ernesto.

—Podemos ver otras que están más conservadas,—añadió el pintor.—Por ejemplo, es digna de visitarse la *vila Borghese* por su grandioso lago, su hipódromo, su templo, sus jardines, y sobre todo por su rico museo de monedas antiguas: y si lo desea Amparo, veremos la *vila Albani* y su célebre museo. Los antiguos romanos tuvieron gran afición á las casas de campo. Los historiadores de aquellos tiempos nos cuentan cosas fabulosas. Los poetas, esos soñadores de todas las épocas, esos pobres locos que no tienen un real y crean palacios y cascadas de brillantes, nos hablan con gran entusiasmo de las quintas que en las cercanías de Roma tenían César, Lúculo, Marcial, Nerón, Pompeyo, Salustio y otros muchos hombres célebres; pero hoy no existen más que ruínas. La casa de campo de Mecenas, donde iban Augusto, Virgilio, Horacio, Plocio, Tiscca y Polión á descansar de las fatigas de Roma, se ha convertido hoy en la fragua de un pobre herrero.

¡Qué oda tan sentida escribiría el pudoroso autor de la *Eneida*, si resucitara, al contemplar las ruínas de Roma.

Don Ventura escuchaba con la boca abierta á Ernesto. Todo lo que decía era para él griego puro. Amparo no cesaba de sonreirse. Entre los dos jóvenes comenzaba á reinar una buena inteligencia, la inteligencia que producen las simpatías.

—¿Sabe usted lo que deseo ver, Ernesto?—dijo Amparo.—El Coliseo. He leído, no recuerdo en qué libro, que visto de noche á la luz de la luna es sorprendente.

—Los viajeros juzgan según la impresión que los objetos que ven producen en su temperamento. Por eso mientras los unos al recorrer la Palestina la describen llena de la frondosidad y poesía que la adornaba en tiempo de Salomón, otros la juzgan un árido arenal, un páramo insoportable, pobre, poblado por hordas salvajes y asquerosas; pero el Coliseo, que empezó Vespasiano y terminó Tito, lo mismo á la luz del sol que á la de la luna, es verdaderamente admirable.

—De todos modos, prefiero verle de noche,—repuso Amparo.

—Entonces, aprovechemos el creciente de la luna, y hoy mismo se puede realizar el deseo de usted,—añadió Ernesto.

—¿Qué dices tú, papá?

—Que estoy á tus órdenes.

—Queda, pues, la expedición para esta noche.

Almorzaron como buenos españoles, de prisa y sin darle gran importancia, pues no es España la tierra de los Lúculos.

Desde las doce de la mañana á las cinco de la tarde recorrieron algunas casas de campo de las cercanías de Roma.

Don Ventura estaba encantado. Ernesto lo sabía todo; era, como vulgarmente se dice, un libro.

No encontraron una piedra, una columna derribada, un sepulcro, del cual Ernesto no supiera la historia.

Amparo le escuchaba con gusto. Apoyándose familiarmente en su brazo le dirigía preguntas, en particular cuando encontraban alguna inscripción latina.

El día se pasó agradablemente para los tres; las horas fueron cortas, y los lazos de la amistad se estrecharon doblemente con aquel paseo entretenido.

A las seis regresaron á la fonda. La comida les esperaba. Desde la mesa se trasladaron á un coche, que les condujo al Coliseo.

La noche era tranquila; la luna estaba en su lleno, y su hermosa y serena luz bañaba las colosales ruínas donde en otros tiempos acudían

ochenta y siete mil espectadores á gozar del bárbaro espectáculo de las luchas humanas.

Pero entonces el pueblo romano pedía *pan y circo*, y los emperadores tenían buen cuidado de satisfacer los deseos de la terrible fiera que dormía lamiéndoles los piés.

Ernesto llevaba á sus dos amigos de una á otra parte, explicándoles con la misma seguridad que pudiera hacerlo un *designatore*[1] del tiempo del emperador Claudio, haciéndoles al mismo tiempo la relación de aquellas terribles luchas de los adiestrados gladiadores, cuya sangre regaba con abundancia la arena del circo.

—Pero ¿acudían las mujeres á ver tan bárbaro espectáculo?—preguntó impresionada Amparo.

—Al principio se les tenía prohibida la entrada,—contestó Ernesto;—pero luego se las autorizó para que asistieran á los espectáculos, señalándoles Octavio Augusto los asientos más altos del anfiteatro. Precisamente aquí donde nos hallamos se levantaba la tribuna para el emperador, y allí la de las vestales, cuyo dosel era exacto al del emperador. Este sitio se llamaba *Spoliarium*, adonde conducían los cadáveres de los gladiadores ó los que estaban mortalmente heridos, cogiéndoles con un garfio de hierro. Esta obra co-

[1] Maestro de ceremonias.

losal fué construída en el corto espacio de cuatro años. Tenía setenta puertas, sin contar las entradas reservadas para el emperador y su corte. Las fiestas de inauguración en tiempo de Flavio Sabino Tito duraron cien días. consecutivos, y en ellas perdieron la vida dos mil gladiadores.

—¡Ah! ¡Parece increible que tan sangrientos espectáculos gustaran á las matronas romanas!—exclamó Amparo.

—La vida de los heridos,—continuó Ernesto,—cuando caían bañados con su sangre sobre la arena, estaba siempre á disposición de los espectadores. El vencedor colocaba la punta de la espada en el cuello del vencido, y esperaba á que el público le dijera: «Mata» ó «Perdona». Otras veces el herido arrojaba su arma y caía á los piés de las gradas á implorar gracia. Si los espectadores levantaban el dedo pulgar, se le concedía la vida; pero si le bajaban hácia la tierra, entonces el herido presentaba el pecho á su adversario para que lo acabara de matar.

—Pero les perdonarían siempre,—dijo don Ventura.

—Algunas veces,—contestó sonriendo Ernesto.—Durante el reinado del infame Caracalla ni una sola vez se concedió un indulto á los gladiadores vencidos. El pueblo romano entonces era tan feroz como sanguinario, y se gozaba en la

agonía de sus semejantes, pues, como ha dicho el ilustre poeta inglés lord Byrón, según las costumbres de los pueblos, así aparecen sencillas y naturales las cosas más horribles y sangrientas.

Don Ventura escuchaba en silencio al narrador, que les llevaba de una á otra parte, refiriéndoles, con la precisión de un buen libro, todas las terribles escenas que habían tenido lugar en el Coliseo.

Algunas veces Amparo, para caminar con más seguridad por entre aquellas colosales ruínas, cogía la mano de Ernesto. Aquellas dos manos se estrechaban dulcemente, trasmitiéndose un grato estremecimiento.

Don Ventura era un hombre de bien, pero un hombre prosa; y todo aquello, á pesar de la luz de la luna y de los relatos históricos de Ernesto, le pareció un montón de ruínas, una madriguera de lagartos.

A pesar de eso, sin duda por no disgustar el entusiasmo del pintor y de Amparo, solía decir de vez en cuándo:

—¡Soberbio! ¡Magnífico!

A las doce de la noche regresaron á la fonda.

Cuando Ernesto se separó de sus amigos, Amparo le dijo, estrechándole la mano y dirigiéndole una mirada llena de dulce esperanza:

—He pasado una noche deliciosa. ¡Oh! Creo

que he de acordarme por mucho tiempo del Coliseo de Roma.

Para Ernesto aquella despedida fué una promesa, y la promesa, hermana de la esperanza, es una bella flor que perfuma el alma.

CAPITULO III.

Sueños de color de rosa.

Ernesto tuvo aquella noche un sueño de color de rosa, porque la bella Amparo fué el ángel de su sueño.

Los hombres de genio, y en particular los pintores, cuando piensan en el amor antes de amar, se crean un tipo perfeccionado con todas las sublimes creaciones de su imaginación; una de esas mujeres cuya radiosa belleza llena de luz por donde pasa, sin un *pero* en lo moral, sin un defecto en lo físico, perfecta de cuerpo y de alma; pero cuando llega el momento en que, ó bien cansados del celibato, ó bien pagando ese tributo, del que se salvan muy pocos, llamado matrimonio, se deciden á casarse, entonces ya es otra cosa, pues muchas, muchísimas veces la poesía se en-

carna con la prosa, y luego... el diablo toma una parte activa en la sinfonía del matrimonio.

Pero el amor es ciego, y los hombres y las mujeres deben resignarse á no ver bien, precisamente cuando debían tener ojos de lince.

Ernesto se levantó alegre, cantando la sinfonía de *Guillermo Tell;* y pensando en Amparo, cogió la paleta y se puso á pintar su cuadro.

La hija de don Ventura se había fotografiado de un modo tan firme en su imaginación, que el pintor se encontró sin saberlo con que una de las figuras de su cuadro tenía un parecido grande con la hija de don Ventura. Esto le admiró y le halagó al mismo tiempo.

A las diez dejó la paleta, almorzó, y cogiendo un pliego de papel, se puso á pintar una acuarela del Coliseo, visto á la luz de la luna.

—Este será un recuerdo dedicado á Amparo,—se dijo.—Le diré que lo coloque en su gabinete para que no se olvide nunca de la noche que representa.

Ernesto apuró, marcando con arte y delicadeza, todos los detalles de la acuarela. Colocó en un punto conveniente un pintor tomando el dibujo del Coliseo, y á su lado un caballero y una joven.

Aunque las figuras apenas tendrían la alzada de dos pulgadas, el pintor formó empeño en dar-

les parecido con los originales que representaban. La empresa era difícil; pero sin embargo, si no en detalle, en el conjunto logró lo que deseaba.

Satisfecho de su obra, y con la alegría en el corazón del hombre que siente en el alma los primeros perfumes del amor y cree causar una sorpresa agradable á la señora de sus pensamientos, á la caída de la tarde se dirigió á Roma.

Amparo y don Ventura se hallaban tomando una taza de té. Acababan de comer.

—Llega usted como pedrada en ojo de boticario,—dijo el padre.

—Me doy la enhorabuena,—contestó Ernesto saludando á la joven.

—Siéntese usted y tome té con nosotros.

—Ante todo,—añadió el pintor,—deseo saber en qué consiste la oportunidad de mi llegada.

—Nos aburríamos,—dijo Amparo,—Roma es una ciudad muerta; ni siquiera hay teatros.

—Dice usted muy bien, Amparo. Roma es un cadáver que todos los años resucita por Carnaval, y vive un mes cometiendo las más excéntricas locuras; luego cae desplomado en la soledad de la tumba, y hasta el año siguiente.

—De lo que resulta que hemos equivocado la época de nuestro viaje,—añadió don Ventura.

—Precisamente; pero si Amparo quiere ir al teatro, tenemos uno abierto en la actualidad.

—¿Cuál?

—El de Tiano.

—Dicen que vale poco.

—Sí, pero en cambio representan admirablemente.

—¿Sabe usted, Ernesto, que esta noche pasada he tenido un pensamiento?—repuso Amparo cerrando dulcemente los párpados para reconcentrar la luz de sus hermosos ojos, fijos en el pintor.

—De seguro que será un pensamiento bellísimo.

—Ya lo oyes, papá; Ernesto dice que mi pensamiento es bellísimo, y será preciso que lo aceptes tú también.

—Los artistas son muy galantes; no te fies mucho de ellos. Explícale tu pensamiento.

—Se reduce sencillamente á abandonar á Roma y trasladarnos un mes á Florencia; pero con una condición: que usted nos acompañe, ofreciendo ser nuestro *cicerone*.

—Lo cual es una exigencia que tiene mucho de locura, hija de la poca premeditación de la juventud,—repuso don Ventura.—Ernesto está pintando un cuadro que tiene que presentar el próximo Setiembre en la Exposición de Madrid.

—Sí, pero Ernesto tiene el cuadro muy adelantado, y de aquí á Setiembre faltan cuatro meses,—añadió precipitadamente Amparo, dirigiendo al pintor una mirada suplicante para que la apoyara.

—Acepto sin vacilar,—dijo Ernesto,—y daré mis razones. Yo necesito un mes para concluir mi cuadro. Antes de regresar á España tenía por precisión que hacer un viaje á Florencia para tomar unos apuntes de las célebres estatuas de la *Venus de Médicis*, del *Grupo de Niobe*, y de algunos cuadros de la escuela flamenca que existen en el célebre palacio de Pitti. Quiero tomar también apuntes de la catedral de *Santa María de Fiore*, de cuya memorable arquitectura dijo Miguel Angel que era imposible hacer nada más bello, pues era digna de cerrar la entrada del paraíso, y el emperador Carlos V *que debería ponérsela un estuche para conservarla mejor*. Así pues, todo se reduce á adelantar mi viaje á Florencia dos meses. Cuando ustedes partan para España yo regresaré á Roma á terminar mi cuadro, y prometo que le verán colocado en uno de los salones de la Exposición el día 20 de Setiembre.

Amparo se puso á aplaudir, como una niña que manifiesta sin reserva su alegría. El viaje por ella proyectado era encantador. Grande fué su contento viendo que se aceptaba su plan, porque nada es tan grato para el corazón de una mujer joven como realizar uno de esos sueños de color de rosa que de vez en cuándo acaricia su alma.

La noche anterior se había acostado pensando en su poética excursión al Coliseo. Como el sueño

se mostraba rebelde, trajo á su memoria hasta el menor de los detalles acontecidos en las célebres ruínas.

Las miradas de Ernesto, los suaves apretones de manos, la luna que bañaba poetizando las pardas y derruídas galerías del Coliseo, las relaciones históricas que con dulce y cariñoso acento refería Ernesto, todo esto formaba un conjunto agradable en el corazón de Amparo.

¿Amaba á Ernesto? Ni ella misma sabía qué contestarse á esta pregunta, que se hizo en el silencio de la noche. Pero el pintor era un joven elegante, bien parecido, con una ilustración poco común, y por lo menos podía asegurar que le era simpático.

Como hay siempre algo de egoismo en el corazón de la mujer, Amparo pensó que continuar su viaje por Italia acompañada de Ernesto, tenía mucho más encanto, era más distraído que viajar sola con su padre.

Amparo no pensó más que en ella. Con algún conocimiento más profundo de la vida material de los artistas, es decir, de la *prosa del genio*, hubiera pensado que tal vez Ernesto no se hallaba en disposición de emprender un viaje en coche de primera, é instalarse en una fonda de lujo.

Bien es verdad que Amparo ignoraba el valor del dinero: gastaba el de su padre, que era rico,

sin ocuparse en meditar lo que vale un duro cuando no se tienen veinte reales.

Por otra parte, Ernesto era un verdadero artista, soñaba que era un príncipe y creía sus sueños una realidad... Era más ambicioso de gloria que de oro.

Cuando aceptó el proyectado viaje de Amparo, sin pensar si el dinero que poseía por única fortuna alcanzaría para sufragar todos los gastos, sólo pensó en la dicha de viajar con aquella mujer hermosa por una tierra encantadora, cuyo cielo azul y los perfumes de sus brisas son el orgullo de las hijas de Toscana, la admiración de los extranjeros.

Convenido el viaje para cuatro días después, Ernesto presentó la acuarela del Coliseo, que arrancó un grito de admiración y muchas miradas de agradecimiento á Amparo.

El pintor regresó á su casa bastante entrada la noche, tan alegre, tan feliz, que no hubiera cambiado su existencia por nadie en el mundo.

¡La felicidad consiste á veces en tan poca cosa!... El pobre artista se creía amado, y comenzaba á amar con toda su alma virgen y apasionada.

Cuando se halló en su cuarto, cogió una pluma para hacer un presupuesto de gastos.

—Necesito—se dijo—cuatro mil reales para el viaje. Veamos cómo estoy de fondos.

Ernesto sólo tenía seiscientos. Por consiguiente, era preciso adquirir algún dinero.

Buscó en su memoria los nombres de algunos amigos pintores como él que vivían en Roma, pero una sonrisa asomó á sus labios.

—Todos ellos—añadió—son tan pobres ó más que yo; no debo ponerles en el caso de una negativa forzosa, que molesta al que la da y al que la recibe. Mejor será sacrificar alguno de mis cuadros. El señor Daniel es un judío, menos judío que los diez mil que por el interés del comercio consiente el Papa en Roma. Escribiré al señor Daniel.

Y cogiendo la pluma, escribió lo que consignamos:

«Señor Daniel Raithany. Mi buen amigo: Voy á emprender un viaje á Florencia, y necesito vender algunos cuadros. Tenga usted la bondad de venir á mi estudio hoy, donde le espero hasta las cuatro de la tarde.

»Suyo siempre,—*Ernesto Alvarez.*»

El pintor llamó á su criado y le dijo:

—Mañana en cuanto te levantes irás á Roma á entregar esta carta al señor Daniel, tratante en cuadros. Vive en el barrio de los judíos; ya le conoces.

Después de esto se acostó para soñar con Florencia y con Amparo.

Ernesto se hallaba en la dichosa edad de los sueños de color de rosa, y vió durante algunas horas pasar por los ojos de su ilusión un panorama encantador, en donde la flor más perfumada, más bella, más resplandeciente, era Amparo, que mirándole con languidez, le decía una y mil veces: «¡Te amo! ¡te amo! ¡te amo!»

¡Ah! ¿Por qué despierta el hombre de estos sueños encantadores?

CAPÍTULO IV.

El pintor y el judio.

Daniel Raithany era uno de los comerciantes más fuertes del barrio de los judíos. Tenía en toda Europa fama de inteligente y de honrado, aunque nadie ignoraba que vendía cuadros caros y los compraba baratos. Esta condición era disculpable tratándose de un comerciante judío; pero en cambio, tenía una gran cualidad, y era que cuando un aficionado á la pintura, bien de Londres, de París, de Viena, de San Petersburgo, de Madrid ó de cualquiera de las grandes capitales de Europa necesitaba para su galería un cuadro de este ó del otro maestro célebre, le escribía una carta, y no reparando en el precio, tenía lo que deseaba.

Nunca había engañado á nadie dando una

copia por un original. Daniel era inteligente, aunque no sabía pintar, y tan conocedor de las escuelas, que más de una vez en casos dudosos se le llamaba como perito.

Todos los pintores eran amigos de Daniel, y era tan difícil engañarle dándole gato por liebre, como vulgarmente se dice, que nadie lo intentaba.

Se decía que el tratante en cuadros había llegado á reunir muchos millones. Sin embargo, su almacén presentaba siempre el mismo aspecto modesto, y su persona no cambiaba de porte; es decir, en todo tiempo llevaba una levita verde bastante larga de faldones, un pantalón y chaleco negros, un corbatín de terciopelo, un sombrero viejo, un paraguas viejo debajo del brazo, y una cadena de acero, á cuyo extremo se hallaba sujeto un modesto reloj de plata.

Daniel era un hombre alto, flaco y pálido, nariz arqueada, pelo gris y ojos pardos, pequeños y hundidos; uno de esos tipos vulgares, pero que mirados con detención se les encuentra bondad y dulzura en el semblante.

Ernesto se hallaba pintando. Serían las diez de la mañana cuando vió entrar al judío en su estudio.

Daniel entró como siempre, sonriendo, con el paraguas debajo del brazo, y la caja del polvo, que nunca abandonaba, en la mano izquierda.

—Buenos días, millonario,—le dijo Ernesto tendiéndole una mano.—Doy á usted las gracias por la puntualidad.

—En cuestiones de dinero,—contestó Daniel,—es preciso ser exactos y aprovechar el tiempo. Una hora de retraso suele estropear el negocio.

—Veo que es usted comerciante hasta la médula de los huesos. Vamos á hablar del negocio.

El pintor dejó la paleta y los pinceles, indicó una butaca al judío, y él se sentó en otra.

—Necesito dinero,—dijo.

—Ya lo supongo.

—Por eso le supliqué que viniera á verme.

—Y yo, conociendo el carácter impaciente de los artistas, me he apresurado á venir.

—Después de dar á usted las gracias por segunda vez, comienzo por decirle que dentro de tres días tengo que marcharme á Florencia.

—¿Un viaje de recreo?

—De todo tiene. Pienso sacar algunos apuntes de la célebre galería del palacio de Pitti.

—¡Buen pensamiento!

—Y como para ir á Florencia se necesita dinero, y yo no tengo, ó tengo poco, quiero que me compre usted algún cuadro. Puede usted elegir, exceptuando el que se halla en el caballete, pues ya sabe usted que ése es para la Exposición de Madrid, y puede decirse que no me pertenece.

Daniel guardó silencio; se levantó, se puso las gafas y comenzó á pasar revista á los cuadros, bocetos y apuntes que llenaban las paredes del estudio.

Ernesto, mientras tanto, encendió un cigarro y recostó perezosamente la cabeza en el respaldo de la butaca.

Más de tres cuartos de hora duró la revista pasada á los lienzos por Daniel. Cuando estuvo perfectamente enterado, quitóse las gafas con mucha calma, las guardó en el bosillo, y volviéndose á sentar, dijo:

—Tiene usted ahí seis bodegones, cuatro pequeños cuadros de costumbres españolas y dos floreros. Me quedo con los doce lienzos, pues tengo probabilidad de venderlos á un inglés que me ha encargado algo de eso, y doy por ellos cuatrocientos duros.

—Es poco dinero.

Daniel se encogió de hombros.

—Nadie daría más,—repuso;—tengo una completa seguridad de ello.

—Los daré en doce mil reales, y creo que sacará usted un doscientos por ciento de ganancia.

—En estos tiempos no es posible. Desde que la fotografía puede ofrecer el facsímile de una obra maestra por un franco, la pintura ha decaído mucho.

—Señor Daniel, yo concedo á usted el derecho de regatear un cuadro, de decir que es malo siendo bueno, pero no le permito que ponga la fotografía al lado de la pintura. Podrá tenerse una copia del Tiziano estampada en un trozo de papel por dos reales, pero no se tendrá al Tiziano, ni por la fotografía podrá nunca formarse una idea remota de lo que vale el citado autor.

Daniel hizo un gesto de indiferencia, y añadió:

—Usted sabe que tengo en mucha estima sus trabajos, y que si no estuviera tan sumamente ocupado le encargaría algunas copias, y eso debe inspirarle confianza para creer que no trato de explotarle. ¿Quién sabe si tendré cuatro ó más años arrinconados en mi almacén esos doce lienzos que pretendo comprar? Y si así sucede, usted ya sabe que el dinero vale dinero, y entonces puedo tener una gran pérdida.

Ernesto comprendió que el judío no daría más, pues había conocido la necesidad que tenía de dinero.

Calculó que con la suma ofrecida y lo que él poseía podía hacer desahogadamente y hasta con lujo el viaje, y se resolvió á aceptar el negocio.

—Está hecho el trato,—dijo el pintor.—Mandaré á usted los cuadros hoy mismo.

Daniel sacó una cartera, y de ella la cantidad

convenida en billetes del Banco Romano, y se la entregó al pintor, diciendo:

—¡Cuánto dinero podría ganar usted!

—¡Diantre! No deseo otra cosa,—respondió Ernesto dejando los billetes encima de una mesa.

—¿De veras?

—El dinero es la primera necesidad de la criatura en este valle de lágrimas.

—Entonces, puedo proporcionar á usted á la vuelta de Florencia algunos billetes más, si me trae algunas copias de la escuela flamenca y francesa de los originales que existen en el palacio Pitti.

—Eso depende del tiempo.

—La actividad alarga las horas.

—A nada me comprometo, pero haré lo posible, porque temo que me haga falta dinero para ir á España á exponer mi cuadro.

—Pues ya sabe usted el modo de tenerlo.

Y Daniel comenzó á descolgar los cuadros que había comprado, y fué colocándolos todos juntos, sin duda temeroso de que Ernesto al mandárselos padeciera alguna distracción.

Luego se despidió del pintor, volviéndole á encargar que trabajara mucho.

—El trabajo, señor Ernesto, es la mayor fortuna del hombre. No olvide usted que las hormigas y las abejas son más ricas que la cigarra.

Hay consejos que sólo producen un ligero murmullo en los oídos del que los escucha.

Daniel salió. Ernesto llamó á su criado.

—Luego te encargarás de llevar esos doce cuadros á casa del señor Daniel Raithany,—le dijo.—Yo vòy á hacer un viaje á Florencia. Tardaré un mes. Puedes disponer como te dé la gana de esos treinta días, pero ni una sola noche dejarás de dormir en casa.

Ernesto entregó el dinero que creyó conveniente para la manutención del criado, mandó que le sirviera el almuerzo, y después salió de casa.

Una vez en Roma, compró alguna ropa para el viaje.

A la caída de la tarde fué á visitar á sus amigos y comió con ellos.

Don Ventura comenzaba á mirar á Ernesto como de la familia; bien es verdad que cuando se encuentra un compatriota á algùnos centenares de leguas distante de la madre patria, se siente una alegría tan grande en el corazón, que se le trata como á un pariente en primera línea.

Don Ventura creyó lo más natural del mundo que un muchacho tan bien educado, tan fino y tan ilustrado como Ernesto le acompañara en su viaje á Florencia.

En cuanto á Amparo, no pensó mas que en realizar su capricho: viajando con Ernesto tenía

más encanto la excursión, porque el joven pintor le era simpático.

Las miradas, las sonrisas y los apretones de manos, las palabras cariñosas, son impulsos que muchas veces no puede contener el corazón femenino, y sin duda por eso no les daba ninguna importancia.

Pero Ernesto pensaba de distinto modo, é iba reuniendo en su alma sencilla y apasionada un caudal de esperanzas encantadoras que eran su mayor tesoro, y que debían tornarse en su mayor desgracia, porque el amor casi siempre es un juego en que el hombre ó la mujer salen perdiendo.

Los preparativos de un viaje en que se espera gozar y divertirse mucho son encantadores. Ernesto regaló á don Ventura una *Guía del forastero en Florencia*, preciosamente ilustrada, y á Amparo una elegante cartera de dibujo.

—Tenemos que trabajar mucho, — decía el pintor,—y no vamos á consentir que usted nos moleste con sus preguntas.

—Sí, sí, Ernesto tiene razón; tenemos que sacar muchos apuntes, y para que no te aburras, mientras nosotros trabajamos leerás la *Guía* delante de las obras de arte que vamos á visitar.

Don Ventura, para quien no había felicidad mayor que la alegría de Amparo, viéndola alegre

y feliz, se reía con toda la expansión de un padre que ama con locura á su hija.

Sólo una vez se puso serio viendo crecer las simpatías de Amparo hácia el pintor, y se dijo:

—¿Si acabará esta muchacha por enamorarse de Ernesto?

Hizo algunos puntos suspensivos en su imaginación, y continuó:

—¡Diablo! Ernesto es pobre, y mi hija tiene cuatro millones de dote el día que se case, y ocho más el día que yo muera.

Aquí volvió á detenerse; se pellizcó el labio inferior, como el comerciante que medita un negocio, pero pronto se alegró su rostro, y exclamó:

—Pues bien, si ella le ama y quiere casarse con él, que se case; más vale tener por yerno un hombre como Ernesto, pobre, que un badulaque rico.

Desde aquel momento, Ernesto podía contar con la protección del padre.

Llegó el día de la partida. El viaje podía hacerse de dos modos: á pequeñas jornadas, deteniéndose para ver las poblaciones de alguna importancia artística, ó en ferro-carril. Don Ventura optó por la rapidez de la locomotora, y nuestros tres viajeros, alegres como los muchachos de un pueblo en un día de novillos, se instalaron en un coche de primera clase.

La fortuna les favorecía: iban solos. Mientras fué de día, Amparo y Ernesto pasaron la mayor parte del tiempo asomados á la ventanilla del coche, viendo el panorama que iba extendiéndose ante sus ojos.

Los jóvenes sólo cambiaban algunas palabras en voz baja; pero los ojos tienen un lenguaje tan expresivo, que lo dicen todo cuando se mueven á impulsos de un alma apasionada.

Don Ventura leía el libro regalado por el pintor, ó dormitaba. Cuando llegó la noche, Ernesto, con bastante timidez, se apoderó de una de las manos de Amparo, no menos linda que la de Laura, que hizo escribir á Petrarca cuatro sonetos, y le dijo:

—¡Qué feliz soy!...

Amparo se sonrió y retiró la mano.

Luego, reclinando la cabeza en uno de los blandos rincones del carruaje, cerró los ojos, fingiendo que dormía.

Por este medio colocaba un entreparéntesis entre ella y Ernesto. Amparo, aunque, joven, tenía más conocimiento del corazón humano que su compañero de viaje, y temió que prolongando una conversación á media luz y casi tocándose con las rodillas, hiciese alguna de esas concesiones de que luego se arrepiente la mujer.

Ernesto buscó también una postura cómoda, y pensó dormir, pero le fué imposible.

Nació el día, y con él la animación entre los viajeros.

La vía férrea seguía en aquel momento la corriente del río Arno. La conversación se renovaba á cada parada del tren. Don Ventura leía el nombre de la estación, y buscaba en la *Guía* la particularidad interesante.

En Signa atravesaron el Arno, y no tardaron mucho en ver á lo lejos las torres elevadas de Florencia, los cuatro puntos y los cuatro barrios.

Ernesto exclamó:

—¡Ahí está Florencia, cuna del renacimiento de las artes, patria del Dante, de Petrarca y de Galileo!

CAPITULO V.

El grupo de Niobe.

La Florencia de nuestros días es muy distinta de la que engrandecieron los Médicis; pero por todas partes se encuentran las huellas de Cosme el Virtuoso, llamado el padre de la patria, tal vez por el excesivo rigor con que trataba á sus hijos.

Indudablemente los Médicis fueron grandes comerciantes. Su fortuna fabulosa y su honradez al propio tiempo, les elevó á la primera dignidad de la república florentina.

Pero como en todas las familias se encuentra un Judas que afrenta su raza, sucedió que mientras Cosme el Virtuoso, apellidado padre de la patria, mandaba emisarios por todo el mundo en busca de manuscritos para enriquecer las bibliotecas, pensionando con lujo á los artistas, y

Lorenzo el Magnífico salía en secreto de Florencia, y presentándose ante Fernando de Nápoles, con quien estaba en guerra, le decía: «*Aquí me tienes solo y desarmado. Si es á mí á quien odias, satisface tu venganza con mi muerte, pues dichoso me creeré libertando con mi vida la de tantos valientes, dispuestos á despedazarse por nuestras rivalidades*», otros Médicis deshonraron el ilustre apellido que habían heredado de sus nobles antepasados.

Sublime fué el rasgo de abnegación llevado á cabo por Lorenzo de Médicis, evitando el torrente de sangre que amenazaba hundir á Nápoles y Toscana, si bien cuenta la historia que el Papa Sixto IV hubiera preferido la guerra, olvidando que era un vicario de Jesucristo, Dios de la mansedumbre, el perdón y la tolerancia.

Pero la naturaleza es variada, y detrás de los grandes Médicis de la república vinieron los pequeños ladrones del despotismo.

Llegó Alejandro, verdugo de su pueblo, muerto á manos de su sobrino, que con increible cinismo le preguntó al clavarle la espada en el pecho: «*Señor, ¿estais dormido?*» Vino luego Fernando, muerto de una indigestión de fruta verde, y por último el estúpido Cosme III, cuya esposa Margarita de Orleans, no pudiendo soportar la repugnancia que le causaba su espo-

so, le abandonó, avergonzada de haberle pertenecido. Para que la ridícula estupidez de Cosme llegara á lo más *sublime*, se dedicó á buscar á su mujer por las cortes de Europa; mas en todas partes se rieron del esposo estúpido, despidiéndole vergonzosamente como á un tipo repugnante.

Dejando los Médicis á la Historia, continuemos la narración interrumpida al divisar las altas y frágiles murallas de Florencia.

En la estación, entre los muchos agentes de las fondas que se disputan á los extranjeros, don Ventura tropezó con un español que tenía casa de huéspedes, se arregló con él, y les condujo en un carruaje á su casa.

Don Ventura alquiló todo el piso bajo de la casa, con el derecho de disfrutar de un bonito jardín sembrado de naranjos, limoneros y grandes acacias de olor.

La planta baja la componían un gabinete con vistas al jardín, una gran sala, un cuarto para tocador, un comedor y un recibimiento. Amparo se instaló en el gabinete y en el cuarto-tocador; don Ventura y Ernesto se quedaron con la sala y otro cuarto contiguo al comedor; el recibimiento se declaró terreno neutral, y todos podían disponer de él para lo que creyeran útil. Era el punto de reunión de nuestros viajeros.

El señor de Rosales, dueño de la casa, era

un manchego muy amable y servicial. Les dijo que tenía siempre muy buenos huéspedes; que el piso principal le ocupaba solo el joven conde de Loreto con su viejo mayordomo; que en el segundo se hallaban varios portugueses, y que era tan amante de las cosas de España, que se hacía traer buenos garbanzos y mejores chorizos, por si alguno de sus huéspedes quería de vez en cuándo comer el rico cocido madrileño.

Don Ventura estuvo á punto de abrazar á su patrón, porque como buen hijo de Madrid, comenzaba á entristecerse por no comer cocido durante mes y medio que faltaba de la villa del oso y el madroño.

En cuanto á Amparo, se asomó á la ventana de su gabinete, vió el hermoso cielo de Florencia, aspiró el perfume de los naranjos y los limoneros, y exclamó:

—¡Oh! ¡Qué preciosos olores! ¡Qué bien vamos á estar aquí!

Ernesto sentía en el corazón reflejarse la alegría de Amparo.

Durante el primer día se entretuvieron nuestros viajeros en arreglar el itinerario. Ernesto propuso visitar á la mañana siguiente el palacio de Médicis.

En Florencia siempre hay luz, dulzura, poesía y sol en el cielo. Nuestros viajeros se levan-

taron, dispuestos á emprender su correría. La mañana no podía ser más bella, el cielo más azul.

Como no necesitaban *cicerone*, porque Ernesto conocía Florencia tanto como Roma, salieron en dirección al célebre palacio de Médicis.

Amparo y Ernesto llevaban su cartera de dibujo. Don Ventura su *Guía del forastero en Florencia*.

Cuando llegaron al palacio, cuando penetraron en los jardines, Ernesto, después de hacer observar á sus amigos las dos distintas arquitecturas del edificio, la construída en la Edad Media y la edificada por Vasari en el siglo XIV, exclamó:

—Cuando el viajero se pasea por estos vastos jardines, parece que echa de menos á Lorenzo de Médicis, apellidado el Magnífico. ¡Oh! ¡Dichosa época aquella en que Lorenzo, cogido del brazo de Miguel Angel, reprendía con dulzura paternal la indolencia del gran artista, incitándole al trabajo! ¡Dichoso tiempo aquél en que Lorenzo reía y celebraba los cómicos epigramas del festivo Pulci, haciéndole escribir el *Morgante Maggiore*, el poema heróico-cómico más célebre de Italia, y en que Angel Poliano le leía sus discursos de historia y filosofía.

Y cambiando de entonación, continuó con acento alegre:

—Preciso es confesar, mi querido don Ventura,

que hoy los reyes, los magnates de la tierra, se ocupan poco ó nada de los pobres soñadores, de los hijos del genio. Entonces, ante el genio doblaban la frente los soberanos. Cosme de Médicis encontró un manuscrito de Tito Livio, se lo envió á Fernando de Nápoles, con quien estaba en guerra, y fué tan inmensa la alegría de este rey, que temiendo aparecer ingrato, firmó la paz que Cosme solicitaba; debiendo las madres de Italia su tranquilidad y la vida ds sus hijos á unas cuantas hojas de pergamino manuscrito. Hoy, ni todos los preciosos manuscritos de las bibliotecas romanas decidirían á dos reyes, cuando se disputan un palmo de tierra, á deponer las armas. Pero entremos en la sala que ha inmortalizado el cincel del hijo de Páros.

Don Ventura, que escuchaba con marcada satisfacción las palabras de Ernesto, exclamó de pronto:

—¿Para qué diablos me ha comprado usted este libro si aquí no dice nada de lo que usted nos está contando?

—Amigo don Ventura,—contestó el pintor sonriendo,—pronto llegará la hora de que le sea á usted útil. La colección de camafeos, medallas y dibujos se compone de veintiocho mil estudios y cróquis, hechos por los más célebres pintores italianos, y en llegando ahí, cierro la boca y cojo

el lápiz. Entonces el libro hablará en vez del *cicerone.*

Ernesto, sin detenerse, condujo á sus amigos á la sala de Niobe, y al llegar delante de aquel grupo que representa la más sublime epopeya del dolor maternal, al detenerse enfrente de aquella madre, cien veces más dolorosa que la de los Macabeos, se quitó el sombrero con veneración, y quedóse como fascinado ante aquella escultura, creada por el mágico cincel de Scopas 478 años antes de Jesucristo, para que fuera el pasmo y la admiración de las edades futuras.

Don Ventura se descubrió también, aunque sin comprender todo el valor del interesante grupo que tenía delante. Para él, aquello era una madre que mira con dolor á un niño muerto y á una joven herida que agoniza; para Ernesto y Amparo, que tenían un alma más artística, más entusiasta, aquel drama maternal, aquella cabeza sublimemente modelada, enloquecida por el dolor maternal, era una obra sin rival. Scopas, el *artista de la verdad,* aparecía ante sus ojos como el gigante de la escultura.

—¡Ah! ¡Qué bello es ese grupo!

—Sí, Amparo, sí,—repuso Ernesto;—ese grupo solo vale la pena de que los que tienen en algo el arte vengan á Florencia por verle y admirarle desde las más apartadas regiones del

universo. Esa escena es tan sublime, tan dramática, que los exigentes críticos de Atenas inclinaron su cabeza con admiración, asombrados de tan grande obra. En la figura de la madre está toda el alma de Scopas.

Don Ventura, que no participaba del entusiasmo del pintor ni de Amparo, un poco molesto con tantas exclamaciones, en las que no podía tomar parte porque se creía profano en la materia, exclamó, acosado por la curiosidad:

—Pero ¿qué representa ese grupo que tanto admiran ustedes?

—Scopas fué un artista pagano. En su tiempo estaba en moda la Mitología, y los hombres adoraban á las diosas y dioses del Olimpo, á pesar de sus defectillos y debilidades,—dijo Ernesto.—Pues bien, Niobe era hija de Tántalo y esposa de Anfión, rey de Tebas, tan pagada de su fecundidad, que se quejó amargamente á los dioses viendo que en el Olimpo se daba marcada preferencia sobre ella á la diosa Latona, hija de Saturno y de Febe, madre de Apolo y Diana, y esposa, según se asegura, de Júpiter. Los dioses se irritaron de la soberbia de aquella pobre mortal que se atrevía á reconvenirles, y combinaron un terrible castigo. Apolo y Diana hirieron con sus flechas á los hijos de Niobe; Júpiter convirtió en piedras á los súbditos de la orgullosa reina de Tebas, que

quería ser más que una diosa. Durante nueve días, los hijos de Niobe permanecieron en el suelo cubiertos de sangre; la agonía fué larga, terrible, trágica, hasta el grado más sublime. Niobe, enloquecida de dolor y de amargura, derramando un mar de lágrimas, arrancándose los cabellos de desesperación, pedía socorro con gritos que brotaban de su alma; pero sus vasallos permanecieron inmóviles é indiferentes. Por fin el décimo día Júpiter se compadeció de aquella madre, y conceptuándola bastante castigada, tornó la vida á los tebanos, permitió que tomaran algún alimento, mandó enterrar á los hijos, y convirtiendo en roca á Niobe, la colocó en la cumbre de un solitario monte, donde llora eternamente la pérdida de los queridos trozos de sus entrañas, siendo un monumento de vergüenza de los vengativos dioses del Olimpo.

Cuando Ernesto terminó el cuento mitológico, don Ventura, agitando la cabeza en señal de duda, dijo:

—Pero todo eso será una fábula.

—Que ha dado bastante asunto — contestó el pintor—para que Scopas nos dejara esa sublime é inimitable escultura, que es una verdad admirada por todas las naciones; grupo sublime del cual usted nos permitirá que saquemos un ligero cróquis.

Y Ernesto comenzó á copiar la obra maestra del célebre hijo de Páros.

Don Ventura se encogió de hombros, y mientras Amparo y Ernesto dibujaban la Niobe, se entretuvo en ver los bustos antiguos, las estatuas egipcias, los sarcófagos y el boceto de Bruto debido á Miguel Angel.

El rico comerciante pasaba con harta ligereza por delante de las obras maestras. Bien es verdad que para él no tenían la importancia que se les daba; y allá en el fondo de su pecho se decía que los artistas eran unos pobres locos que vivían de ilusiones, exagerándolo todo.

Ernesto y Amparo mientras tanto sacaban un dibujo del grupo de Niobe; y tan embebidos se hallaban en su trabajo, que no observaron que un joven elegantemente vestido, de hermosas facciones y distinguidas maneras, se detuvo á pocos pasos de ellos, tomó de manos de un criado que le seguía una cartera de dibujo y comenzó á sacar una copia de la célebre escultura de Scopas.

Este joven se llamaba Fernando del Villar, conde de Loreto.

Cuando Amparo apartó los ojos del papel donde dibujaba, vió al conde, y éste la saludó con un ligero movimiento de cabeza. Ernesto saludó también, aunque con una sequedad que de-

mostraba el disgusto que le causaba la presencia de aquel hombre.

Al salir de la sala de Niobe, don Ventura dijo:

—¿Habéis visto al conde de Loreto?

—¿Es el joven que dibujaba cerca de nosotros?—preguntó Amparo.

—Sí; ya sabes que ocupa el piso principal de nuestra casa.

Y dejando esta conversacion, continuaron recorriendo el palacio.

El rico museo de los Médicis contiene diez y nueve galerías.

No es, pues, nuestro ánimo recorrer minuciosamente estos inmensos arsenales del arte, deteniéndonos delante de cada obra maestra que se presenta á los ávidos ojos del viajero entusiasta.

Nuestros amigos dedicaban el día á ver los museos, las bibliotecas y las iglesias. Por las noches, ó bien asistían á los teatros, ó las pasaban en el jardín, aspirando el perfume de los naranjos y los limoneros.

La segunda noche de su estancia en Florencia, Amparo se paseaba por el jardín con Ernesto, cuando de pronto llegaron á sus oídos las cadenciosas notas de un órgano expresivo, tocado con tanto gusto como maestría. Se detuvieron, y escucharon con la religiosidad de los amantes de la música.

Al día siguiente Amparo preguntó al señor

Rosales, dueño de la casa, quién tocaba el órgano.

—El señor conde de Loreto,—contestó.—¡Oh! Es un gran músico.

Desde entonces Amparo abría algunas noches la ventana para oir el órgano.

Un día don Ventura se detuvo delante de la célebre mula negra del palacio de Pitti.

—Esto será un capricho de algún célebre escultor,—preguntó.

—Esto es la vergüenza de un noble tan ingrato como estúpido,—contestó Ernesto.

—¡Ah! ¿Tenemos otro cuento como el de Niobe?

—No, esto es histórico y vergonzoso para el autor. Luc Pitti fué un hombre cuya riqueza y liberalidades le habían granjeado la estimación de sus conciudadanos y el aura de la popularidad. Pitti quiso luchar en magnificencia con Cosme de Médicis, y comenzó á construir un palacio, que es éste en que nos hallamos; pero bien pronto se vió arruinado, y la obra tuvo que suspenderse. El pueblo, siempre generoso y agradecido con los que de él se acuerdan, y los Médicis, protectores del arte, vinieron en ayuda del soberbio Pitti, y se publicó un decreto acordando la gracia y perdón de todos los criminales y malhechores que tomaran parte en el palacio de Luc

El pueblo corrió en tropel á trabajar en las obras; todos los malhechores de Italia acudieron también. El palacio se terminó con el sudor de los pobres; pero Pitti, tan necio como ingrato, hizo construir esa mula, escribiendo en su pedestal un dístico latino para su eterna vergüenza, pues nos prueba su incalificable ingratitud, porque la mula representa al pueblo, y el dístico dice: «*Está acémila lo ha proporcionado y conducido todo; piedras, mármoles, maderas y columñas*».

Otra tarde Ernesto condujo á sus amigos á la iglesia de San Giovanni, haciéndoles admirar los frescos de Andrea del Sarto, tan miserablemente retribuídos por los frailes, y ante la inimitable *Virgen del Saco*, por cuya obra, que admira el orbe, le pagaron con un saco de trigo los hermanos servitas de la Anunziata, abusando de la pobreza del artista, que tomó venganza, poniendo al mundo por testigo de su humillacion, dándole el nombre á su obra de la *Virgen del Saco.*

Visitaron también los sepulcros de los poetas y los grandes artistas. Junto al de Dante Alighieri, donde llora la poesía y medita la estatua de Florencia, Amparo y Ernesto recordaron á Beatriz y sus inocentes amores.

Así pasaban los días, creciendo en las almas

de los dos jóvenes ese preludio del amor que se llama simpatías.

Pero dejemos la luz del esplendoroso sol de Florencia, para gozar de los poéticos rayos de la luna. La noche tiene también sus encantos.

CAPITULO VI.

Un beso.

Nuestros viajeros habían asistido varias veces á los tres teatros más importantes de Florencia: al de *Pérgola*, que da cabida á dos mil quinientas personas, que tiene cinco pisos y ciento diez y seis palcos, al de *Los Intrépidos* y al de *Alfieri*.

El tiempo trascurría sin sentir.

Don Ventura dijo una mañana:

—Es preciso pensar en nuestra vuelta á España, y contando que siempre nos entretendremos quince días en París, no tenemos mucho tiempo que regalarle á Florencia.

Esto fué un grito de alarma para Ernesto. ¡Era tan feliz al lado de Amparo!

Los veinticinco días trascurridos en Floren-

cia tuvieron para él la duración de un minuto. Miles de veces durante este tiempo estuvo á punto de asomar á los labios de Ernesto el secreto que ocultaba su corazon.

El temor le detenía. Amaba á Amparo con tan firme, tan pura y acendrada pasión, que el miedo de un desengaño enmudecía su boca.

Una tarde don Ventura había salido á realizar una letra. Amparo, sentada junto á la ventana, se entretenía en coleccionar y guardar la multitud de dibujos y copias al vuelo, hechas por su amigo, de las bellezas artísticas que juntos habían admirado.

Ernesto entró en el gabinete. Amparo le tendió una mano sonriéndose.

—Ya lo ve usted, Ernesto,—le dijo;—como nuestro viaje se acerca, me ocupo en clasificar convenientemente estos preciosos dibujos, que conservaré toda mi vida, pues ellos forman la historia de este viaje encantador, viaje que, como todas las cosas terrenales, tendrá su fin en breve.

Ernesto creyó oir brotar un débil suspiro de los labios de Amparo. Su corazón latió con violencia, se puso pálido, y como si temiera que las fuerzas le abandonaran, se sentó en una silla al lado de la joven.

—¿Por qué habré visto á usted en Roma?

Esta exclamación que se escapó del pecho del

pintor estremeció á Amparo; pero reponiéndose inmediatamente, dijo:

—¿Está usted arrepentido de que la casualidad nos haya hecho amigos?

Ernesto dejó caer la cabeza sobre el pecho. El simpático rostro del pintor tenía en aquel momento la expresión de la más profunda tristeza.

Amparo se compadeció de aquel amante respetuoso que no se atrevía á declararle su amor.

La compasión, esa bella y delicada cualidad del alma de la mujer, se apoderó del corazón de la joven, y con una dulzura infinita, preguntó:

—¡Pero, Dios mío! ¿Qué es lo que usted tiene, Ernesto? ¿No hemos de volver á vernos nunca?

Ernesto, que sintió penetrar en el fondo de su pecho la dulce voz de Amparo, levantó la cabeza, fijó en ella una amorosa mirada, y dijo:

—Yo iré á Madrid antes de terminarse Setiembre; pero durante estos tres meses que faltan, mi alma vivirá en eterna soledad, rodeada de triste melancolía, porque usted va á partir, y yo la amo como un insensato.

Amparo se ruborizó. Sus hermosas mejillas se cubrieron de ese encantador carmín que tan bien sienta á las jóvenes y que tanto arrebata y enloquece á los hombres.

—Sí. ¿Para qué ocultarlo por más tiempo?— continuó Ernesto.—Usted debe haberlo compren-

dido. Si no mis labios, mis ojos se lo han dicho infinitas veces. Cuando se ama por la vez primera con la vehemencia hija de un amor tan firme como verdadero, es en vano disimular. Las pupilas revelan los sentimientos del alma y nos venden. ¿No es verdad, Amparo, que usted ha descubierto que yo desde Roma la amaba con todo mi corazón? ¡Oh! Esto no era indudablemente un secreto para usted.

Amparo suspiró. Sus ojos bellos, llenos de melancólica expresión, se fijaron con cierto temor en el joven, y con voz trémula y dulce, respondió:

—Sí, Ernesto, lo he comprendido, y sin embargo, he sido la causa de este viaje. Si en Roma nos hubiéramos separado, tal vez á estas horas no pensaría usted en mí.

—¡No pensar en usted! Eso es tan imposible para mí como lo hubiera sido al Tasso no pensar en Leonora, y á Rafael olvidar á la Fornarina, cuyo retrato contemplamos los dos cogidos de las manos en Roma, y cuya copia hemos admirado también en Florencia. Para ciertos hombres, el amor es un pasatiempo, una nube de verano cargada de más ó menos electricidad, pero que pasa y se desvanece pronto; para otros, el amor es la vida, es la luz, es el aire que da vigor á los pulmones, fuerza á la imaginación, alegría al alma,

porque el amor es para ellos la única luz que lo embellece todo; quitándoles ese amor, se quedan rodeados de las más profundas tinieblas, y mueren de tristeza.

Ernesto iba á continuar, cuando se oyó la voz de don Ventura, que hablaba en la antesala con el señor Rosales.

—¡Por Dios, Ernesto,—dijo Amparo con voz suplicante,—que mi padre no se aperciba de nada!

—Está bien, Amparo. No tema usted que la importune: para amar no es necesario ser correspondido. Esta noche estaré á las doce en el cenador del jardín. Esperaré hasta que amanezca; si usted viene, la bella flor de la esperanza renacerá en mi alma, perfumando mi existencia; si usted no viene, mañana, con cualquier pretexto, partiré para Roma y no volveremos á vernos más.

Amparo guardó silencio. Ernesto se puso á arreglar los dibujos, procurando disimular su emoción.

Cuando entraron el patrón y don Ventura, los dos jóvenes, ocupados en sus dibujos, no inspiraron la menor sospecha al honrado comerciante.

—Hacen ustedes bien en ir disponiéndolo todo,—dijo don Ventura.—Dentro de cuatro ó cinco días tomamos el tole hácia Francia.

—¿Conque decididamente nos marchamos, papá?—preguntó Amparo.

—Hija mía, hace cerca de tres meses que salimos de nuestra casita, y es preciso regresar á ella.

—En verdad, señor don Ventura, que este viaje tiene algo de traicionero,—repuso Ernesto esforzándose por sonreirse.—En fin, pronto nos veremos en Madrid.

—Diga usted en la mejor tierra del mundo.

—Así lo conceptúo.

—Supongo que hoy no tendremos nada que hacer,—prosiguió don Ventura.

—Esta noche, si usted quiere, iremos al teatro. Creo que se estrena una ópera en Pérgola.

—No, estoy bastante cansado, y esta noche me acostaré temprano; pero si usted quiere ir, no lo deje por nosotros.

—Me conviene quedarme en casa. Tenemos que perfeccionar algunos dibujos tomados tan á la ligera, que sólo son cuatro rayas. Nos quedaremos todos en casa.

—¡Ah! Me olvidaba decirte que he estado hablando con el vecino del cuarto principal.

—¿Con el conde de Loreto?

—Sí.

—Dicen que es un calavera que ha dado tantos disgustos á su pobre madre...—añadió Amparo.

—¡Bah! En Madrid está siempre á la orden del

día la chismografía. El conde de Loreto es un muchacho como otros muchos, que se divierten cuanto pueden, porque les tocó en suerte heredar de sus padres una gran fortuna. Figúrate que ese joven, que tiene ahora veintiocho años, reune una fortuna de quince millones. Además, dicen que es muy instruído. Nuestro patrón no se cansa de alabarle.

—¡Ya lo creo! Será un buen huésped,—repuso Amparo sonriendo.

Ernesto no tomaba parte en la conversación: le disgustaba oir elogios del conde de Loreto.

Pero dejemos correr las horas, y con la rapidez del pensamiento trasladémonos al jardín de la casa de huéspedes que ocupaban nuestros conocidos.

Los relojes de Florencia acababan de dar las doce menos cuarto cuando Ernesto saltó desde la ventana al jardín, dirigiéndose al cenador, cubierto de madreselva, lúpulo y yerba doncella.

Dentro del cenador había cuatro bancos rústicos y una mesa. Ernesto se sentó en uno de aquellos bancos, resuelto á esperar toda la noche, como se lo había ofrecido á Amparo.

La luna se hallaba al principio de su cuarto menguante, el cielo sereno, y de azul tan fuertemente marcado, que las estrellas brillaban de un modo extraordinario.

La brisa nocturna robaba la esencia olorosa de los naranjos y de las flores, y siempre pródiga, la esparcía por el ambiente como si se hubiera avergonzado de aquella usurpación.

Un reloj de torre dió doce campanadas.

Ernesto levantó la cabeza, se puso en pié y fué á colocarse en una de las entradas del cenador. El corazón le decía que Amparo acudiría á la cita.

La noche es en todos los países la protectora cariñosa de los enamorados, porque el amor, por lo regular tímido ante la luz del sol, recobra energía y valor ante esos tibios reflejos que la luna envía desde el cielo.

Ernesto, de pié junto á la entrada del cenador, con una mano puesta sobre el corazón y la otra lánguidamente caída, dirigía miradas llenas de inquietud al silencioso edificio por donde debía venir su felicidad, su dicha, el ángel de sus sueños.

Trascurrió un cuarto de hora. Amparo no acudía, y los segundos pasaban con una pesadez, con una monotonía abrumadora para Ernesto.

Por fin sus labios se entreabrieron, sin duda para dar un grito de gozo, pero se contuvo. Había visto destacarse entre las sombras de los árboles la encantadora silueta de un cuerpo para él muy querido, y pronto unos ligeros pasos se oye-

ron sobre la arena de la calle que conducía al cenador, y el ligero roce de un vestido que se acercaba.

Ernesto salió al encuentro de Amparo, porque era ella; la cogió de una mano y la condujo suavemente hasta el cenador.

La joven temblaba: estaba conmovida y pálida.

Ernesto la sentó en uno de los bancos, procurando tranquilizarla.

—Gracias, Amparo, gracias por tanta bondad. Pero recobre usted la calma: los hombres honrados que aman como yo saben respetar al objeto de su amor.

—Ernesto,—contestó la joven,—creo que he cometido una imprudencia. Yo no debí nunca acudir á esta cita.

—¿Tan poca confianza inspiro á usted?

—¡Ah, sí! Mucha, amigo mío, mucha; de lo contrario, no hubiera venido. Pero soy franca, no he podido resistir, porque las últimas palabras que usted me dirigió esta tarde parecían reconvenirme. Ya lo ve usted: aquí estoy á pesar de todo. He pasado un miedo horrible. Para salir al jardín era preciso cruzar la habitación de mi padre; temí que despertara. ¿Y sabe usted lo que he hecho? Pues bien, se lo voy á decir: he saltado por la ventana. Ni yo misma puedo explicarme

cómo he tenido resolución para tanto; ¡ya se ve! se trataba de despedirse de un amigo bueno y leal, y no tuve ánimo para faltar á la cita.

Ernesto tenía cogidas las pequeñas manos de Amparo, y las estrechaba dulcemente entre las suyas, escuchando al mismo tiempo aquella voz encantadora que tan dulcemente vibraba en su alma.

Nunca había experimentado un placer tan completo, una dicha tan inefable.

El perfume de los naranjos; el aroma de la madreselva, que como una tienda movible se extendía sobre su cabeza; la luz tibia de la luna, que penetraba en el cenador por los pequeños huecos que le ofrecían las hojas; aquella mujer, bella como el más perfecto y encantador sueño de su alma de artista, todo contribuía á que Ernesto se creyera arrebatado de la tierra por los ángeles, y trasportado á ese paraíso del amor que tanto embriaga á las pobres criaturas.

—Hay momentos de felicidad—exclamó Ernesto—que no debían terminar nunca. ¡Ah! Si al hombre le fuera dado elegir el instante de su muerte sin pasar por suicida, yo elegiría éste.

—¿Está usted loco, Ernesto?

—¡Quién sabe! Tal vez sí. El amor no es otra cosa que una locura sublime que conduce á Rafael á los piés de una tahonera, al Tasso á un

calabozo y á Ovidio á una mazmorra. La historia nos presenta tantas locuras por amor, que serían necesarios muchos volúmenes para relatarlos. Pero ¡feliz el que ama y es correspondido! ¡Dichoso el que, al dar la mitad de su alma, recibe en pago otra mitad de alma que le envía un pecho agradecido en mutua correspondencia.

Amparo suspiró en silencio. Ernesto, creyendo que este suspiro era una concesión, se llevó á los labios una mano de la joven, imprimiendo en ella un beso.

Amparo se estremeció, sin retirar la mano.

Esta condescendencia alentó al pintor.

—Vamos á separarnos, Amparo; no nos veremos durante tres meses; yo necesito oir antes una palabra que inunde de felicidad mi pecho, que deposite el perfume de la esperanza en mi corazón. ¿Me ama usted?

—Ernesto, Ernesto, creo que todo esto es una locura,—contestó con débil acento Amparo.

—No, no es ésa la contestación que necesito; es otra, ángel mío. ¿Me ama usted, sí ó no?

—Pues bien, sí. Harto podía usted imaginárselo desde la noche del Coliseo de Roma.

Ernesto no pudo contener un grito de inmensa felicidad, y rodeando con un brazo la esbelta cintura de la joven, exclamó:

—Yo juro por las cenizas de mi madre amarte

mientras viva, y conquistar un nombre tan glorioso que te sientas orgullosa llamándote mía.

Este juramento, esta exclamación, brotaron de un alma de artista llena de fe, de entusiasmo, de amor.

Amparo así lo comprendió, y agradecida á tan inmensa pasión, se hallaba en uno de esos momentos de debilidad en que la mujer no tiene fuerzas para resistir, momentos peligrosos, de los cuales suele aprovecharse el hombre para satisfacer un deseo, causando la infelicidad, la desgracia de aquella misma á quien jura un amor eterno, y por la que no dudaría en sacrificarse en el instante que la sacrifica.

Pero Amparo se repuso pronto; conoció que era una imprudencia continuar por tan resbaladiza pendiente; y aunque Ernesto le inspiraba confianza, como él mismo acababa de decir, el amor no era otra cosa que una locura sublime; por eso se puso de pié y dijo:

—Separémonos, Ernesto; estoy intranquila, y por ahora conviene que nuestro amor sea un secreto.

—¿Tan pronto?—repuso el pintor, volviendo á coger á Amparo por la cintura.—Piensa, ángel mío, que dentro de breves días vamos á separarnos.

—Mañana volveremos á vernos en este mismo

sitio, si puedo salir; pero hoy... hoy no debo permanecer aquí más tiempo.

—Pues bien, sí, separémonos; no quiero que estés intranquila; soy demasiado feliz para disgustarte; pero si te inspiro confianza, si quieres que sea ésta la noche más bella de mi vida, permíteme que selle con un beso la mutua promesa que acabamos de hacernos.

—¡Dios mío, Ernesto, por compasión! ¡Ah! ¿Por qué he venido á este sitio?

El pintor estrechó dulcemente el desfallecido cuerpo de Amparo contra el suyo. Aquellas dos cabezas jóvenes, apasionadas, se unieron; aquellas dos bocas se tocaron, y el dulce sonido de dos besos confundidos en uno, se escapó en alas de la brisa nocturna.

¡Pobre Ernesto! Él había dado toda su alma en aquel beso, mientras Amparo sólo le había hecho una limosna en pago del agradecimiento que su deferencia con ella le inspiraba.

Amparo se desprendió de los brazos de Ernesto, saliendo precipitadamente del cenador.

Ernesto se dejó caer en uno de los bancos, murmurando en voz baja:

—¡Dios mío! ¡Esta felicidad que siento es demasiado grande para que sea duradera!

CAPITULO VII.

Separación.

Al día siguiente, cuando Ernesto se presentó en la habitación de don Ventura, le dijo:

—¡Canario! ¡Qué pálido está usted! ¿Qué es eso? ¿No nos sentimos bien? ¿Prueban mal las aguas de Florencia?

—¿Pálido?—contestó Ernesto.—Pues me encuentro como todos los días; estoy perfectamente bien.

—No, no, pues está usted pálido; y si no, que lo diga Amparo.

—Yo le encuentro lo mismo, papá,—contestó la joven de un modo natural.

—De todos modos,—añadió Ernesto sonriendo,—no vale la pena de que se ocupen ustedes

tanto de mí. Pensemos en aprovechar el tiempo que nos queda.

Don Ventura, que no tenía voluntad propia, cogió su *Guía*, Ernesto y Amparo sus carteras de dibujo, y salieron de casa con la incansable curiosidad de los viajeros.

. . . .

Aquella noche asistieron al teatro *Alfieri*, donde se representaba *El padre de familia*, del célebre poeta cómico Carlos Goldoni, llamado el *Molière italiano*.

Al comenzar el primer acto se abrió el palco que enfrentaba con el de nuestros amigos, y entró un joven vestido de riguroso luto.

—¡Calla!—exclamó don Ventura.—Es nuestro vecino del piso principal, el conde de Loreto.

Amparo dirigió los ojos maquinalmente hácia el palco.

Ernesto, como siempre, al oir pronunciar aquel nombre, sintió una vaga inquietud.

El conde de Loreto tendría veintiocho años. Su estatura era más bien alta que baja; no podían verse con perfección sus facciones, pero desde lejos parecía muy pálido, muy elegante y muy bello. Era uno de esos tipos distinguidos que hacen que se fije en ellos la atención. Como el telón acababa de levantarse, el conde de Loreto

se sentó. Durante el acto estuvo oyendo con gran atención. Al terminarse salió del palco para no volver más.

A la mitad del tercero, don Ventura, que parecía gozarse hablando de su vecino, dijo:

—¡Qué hombre tan raro!

—¿Quién?—preguntó su hija.

—El conde de Loreto. Durante el segundo acto ha estado sin pestañear, oyendo con la atención de un doctrino los versos de Goldoni, y durante el tercero no vuelve á entrar en su palco, demostrando la indiferencia irritante de nuestros elegantes de Madrid en la noche de un estreno.

Amparo nada contestó. Ernesto guardó silencio.

Después de la comedia se representaba una de esas farsas en un acto de que tanto gustan los italianos, en que toma parte la figura de *Polichinela;* farsas por lo regular improvisadas por los actores que las representan.

Como don Ventura era un buen español, no sabía pasarse sin el cigarrillo de papel, y salió del palco á satisfacer el inocente vicio.

Ernesto y Amparo quedaron solos.

Durante algunos segundos guardaron silencio; ella parecía hallarse preocupada, él triste.

Por fin Ernesto rompió aquel silencio.

—¿Qué tienes, Amparo?—le preguntó.—Noto

en tus hermosos ojos una melancolía que me entristece.

—Pienso en que dentro de tres días vamos á separarnos.

—¡Ah, sí! ¡Es verdad! Pero esta noche...

—No, Ernesto, no; esta noche no bajaré al jardín; temo que mi padre se entere.

—Pues bien, no quiero ser exigente contigo; no salgas, pero al menos ábreme la ventana; que pueda yo mirarte á la luz de la luna sin testigos importunos; que pueda decirte en el silencio de la noche lo que siente mi corazón.

—Mañana, Ernesto, mañana te ofrezco abrir mi ventana para despedirme de tí; hoy me siento mal: necesito descansar.

—Pero es una crueldad robarme una noche, cuando tan pocas nos quedan.

Amparo fijó sus ojos en el pintor, y compadecida de la triste y apasionada expresión de Ernesto, dijo:

—Bien, saldré.

Ernesto hizo un movimiento como para apoderarse de una mano de Amparo; pero ésta le contuvo con una mirada, exclamando:

—¿Qué vas á hacer? ¡Qué imprudencia!

Ernesto se contuvo, y sólo entonces recordó que se hallaba en el teatro.

Durante la farsa, don Ventura se rió mucho. Al terminarse, se dirigieron á casa.

A la una de la madrugada, Ernesto se hallaba junto á la ventana de Amparo. Llamó suavemente. La ventana se abrió. Amparo había apagado la luz; se asomó á la ventana, y comenzó uno de esos diálogos dulces, apasionados, llenos de encantadoras trivialidades, que sólo tienen valor en los oídos de los enamorados.

Cuando dieron las tres, Amparo dijo:

—Separémonos ya, Ernesto.

—Bien, separémonos, pero dame antes el beso de despedida.

Amparo inclinó la cabeza, y como la noche anterior, dos bocas se juntaron, y un beso lleno de amorosa ternura interrumpió el silencio de la noche.

Ernesto y Amparo, durante aquellas dos horas de amoroso coloquio, se habían hecho mil promesas de amor y fidelidad.

—No me olvides nunca,—dijo el pintor;—piensa en mí siempre.

Amparo se quitó una hermosa cinta de gró con que sujetaba los rizos de su cabeza, y se la dió á Ernesto.

—Esta cinta será la que una nuestro corazón. Toma, consérvala siempre.

Ernesto cubrió de besos aquella cinta, que juró conservar toda su vida como un recuerdo de tan feliz noche.

Cuando Ernesto entró en su dormitorio, cogió una pluma y escribió en la cinta: «*Florencia* 2 *de Junio de* 186...»

Después se acostó, y no tardó mucho en gozar de uno de esos sueños de los cuales no quisiera uno despertar nunca.

. . . .

. . . .

Dos días después Amparo, su padre y Ernesto entraban en el salón de descanso de la estación. El tren se hallaba dispuesto á partir; faltaban algunos minutos para dar impulso á la rápida locomotora.

Ernesto se esforzaba por aparecer alegre, pero la tristeza más profunda oprimía su corazón.

Jamás le había parecido tan bella Amparo como en aquel instante; mas era preciso resignarse á la separación.

Las miradas furtivas que le dirigía la joven parecían decirle:

—Confía y espera. Pronto nos volveremos á reunir.

De pronto don Ventura dejó el saco de noche sobre uno de los divanes, y dijo:

—¡Calla! ¿No es aquél el conde de Loreto?

Ernesto y Amparo volvieron la cabeza.

Efectivamente, el conde se hallaba sentado en un sillón con un libro en la mano, y hablan-

do en voz baja con un anciano de cabellos blancos, corbata blanca y levita negra, que le escuchaba con respetuosa actitud.

El anciano era uno de esos tipos marcados del mayordomo de casa grande: rostro sano, severo y perfectamente afeitado.

El conde de Loreto parecía trasmitirle alguna orden, pues saludó al anciano, que salió del salón hácia los embarcaderos del ferrocarril.

Ernesto pudo ver entonces perfectamente á aquel joven, que parecía perseguirle como una sombra.

Era verdaderamente bello y distinguido, notándose en su pálida y simpática fisonomía un tinte de profunda melancolía que interesaba.

A juzgar por el pequeño hongo de seda inglés y el traje que llevaba, el conde iba á emprender algún viaje.

—¿Irá á París también?—se preguntó Ernesto, sintiéndose inquieto á pesar suyo ante el conde de Loreto.

La campana anunció el tercero y último toque. Los pasajeros se abalanzaron á los coches.

Don Ventura, que caminaba delante, se detuvo junto á un vagón de primera clase, y dijo:

—Aquí.

Y subió peimero para dar la mano á Amparo.

En uno de los rincones del departamento se

hallaba colocado un saco de noche; en el de enfrente, el anciano que poco antes vimos hablando con el conde de Loreto.

¿Era casual ó intencionada la elección de don Ventura? ¡Quién sabe! Tal vez el honrado y sencillo comerciante, viendo en un departamento de primera al mayordomo del conde de Loreto, eligió aquel coche con el objeto de viajar con un compatriota de sangre azul, ó tal vez no reparó hasta después en el silencioso y simpático anciano.

Pero esta elección causó un profundo disgusto á Ernesto, que por primera vez sintió en el pecho la terrible punzada de los celos.

El pintor estrechó la mano del comerciante y luego la de Amparo, enviándole toda su alma con una mirada.

—Hasta Setiembre,—dijo.

En aquel instante oyó una voz varonil, pero dulce y respetuosa, que le dijo en castellano:

—¿Me permite usted subir, caballero?

Ernesto dejó libre el paso. El conde de Loreto le saludó y subió en el coche, yendo á sentarse delante de su mayordomo.

Silbó la locomotora, y comenzaron los coches á moverse y á salir pausadamente de la estación.

Amparo y don Ventura, asomados á las ventanillas, saludaron á su buen amigo.

Un momento después el tren había desaparecido; pero Ernesto, como si se hallara enclavado en el asfalto del andén, permanecía inmóvil y preocupado.

. . . .

. . . .

Aquella misma noche Ernesto partió para Roma, llevando la duda en el alma y los celos en el corazón.

¡Pobre soñador! ¡Infeliz artista, que había trocado por un beso la felicidad, la paz de su espíritu y todos sus sueños de gloria!

CAPITULO VIII.

Camino de España.

Ernesto se encerró en su estudio. Era preciso ganar el tiempo perdido; era preciso terminar su cuadro cuanto antes y regresar á España, y sobre todo era indispensable hacer una obra maestra que cubriera á su autor de gloria, que hablara todo el mundo de ella, y que Amparo se sintiera orgullosa. Pero ¡ay! el pobre artista tenía demasiado ocupada la imaginación, el alma harto intranquila para conseguir su objeto.

Sin embargo, hizo esfuerzos heróicos, trabajaba mientras tenía luz para ello, y durante las noches, encerrado en su dormitorio, pasaba largas horas escribiendo las impresiones de su alma en medio de la soledad en que vivía.

—Mañana, cuando nos volvamos á reunir,—se decía,—yo la entregaré estas hojas de papel en que diariamente estampo mis pensamientos, y ella verá que no la he olvidado ni un solo instante, que sigo amándola más que nunca.

Ernesto había pintado un pequeño cuadro representando la escena del cenador, en el momento de dar y recibir un beso á Amparo. Los dos jóvenes, dulcemente abrazados, se hallaban iluminados por la débil luz de la luna.

El grupo era encantador; respiraba amor, ternura, poesía.

Era aquel asunto un grato recuerdo que su alma sensible trasladaba al lienzo.

En derredor del cuadro colocó la cinta de gró que le había dado Amparo.

Durante la noche, Ernesto pasaba á veces un cuarto de hora contemplando el pequeño cuadro, colocado en una de las paredes de su dormitorio.

Luego cogía la pluma y escribía. Esto le consolaba.

El pintor terminó por fin su cuadro, y convidó á almorzar á algunos amigos para que vieran su obra y le dieran parecer sobre ella.

La opinión general fué que se llevaría el primer premio.

Ernesto movió la cabeza en señal de duda.

—Creo que hubiera podido hacer más de lo

que he hecho, y dudo mucho que mi lienzo tenga el mérito que le suponéis.

Sus compañeros trataron de convencerle de que su desaliento, su falta de confianza, eran infundados.

Al día siguiente, Ernesto escribió una carta al judío Daniel.

El comerciante de cuadros, como siempre que se trataba de hacer algún negocio, se presentó con exactitud.

—Me marcho á España,—le dijo Ernesto.

—Lo cual me indica que necesitará usted dinero.

—Sí, voy á exponer mi gran cuadro; por consiguiente, elija usted lo que guste.

Daniel pasó revista á los cuadros con su calma acostumbrada, y eligió la mayor parte de los pequeños lienzos que poseía el pintor.

Después de convenidos los precios y entregado el dinero, dijo Daniel:

—¡Son ustedes los artistas tan poco afectos al dinero!... Y sin embargo, el dinero *es el alma de la vida*. ¿Conque va usted á Madrid?

—Sí señor. Mañana saldré de Roma.

—En el museo de Madrid hay cuadros de mucho mérito, como asimismo en varias iglesias; y si usted fuera un hombre formal...

Ernesto se sonrió

—Si yo no conociera lo que usted me aprecia,—repuso,—casi tendría derecho á ofenderme de sus palabras.

El señor Daniel, que nunca abandonaba la caja del rapé, tomó un polvo con gravedad, y dijo:

—En Madrid existen preciosos originales de los mejores pintores del mundo. Tenemos allí sobre todo los de la escuela española, y si usted quisiera sacarme algunas copias hechas á conciencia, yo no tendría inconveniente en tomarlas.

—Eso depende del trabajo que se me proporcione en mi patria.

—Será poco. En España no hay la costumbre de proteger las artes. La política, los toros y la Bolsa absorben la atención de los españoles. Las artes y la agricultura se hallan en un completo abandono. Para ser artista en España se necesita tener la fuerza de voluntad de Aristóteles, la paciencia de Job y el estómago privilegiado de los árabes; y para ser agricultor, la resignación de San Isidro, con la desventaja de que en tiempo del citado santo, los ángeles bajaban del cielo y se ponían á arar para que durmiera Isidro, y hoy los ángeles no aran. Pero, en fin, usted pensará lo que le convenga, y en ese caso me escribirá indicándome los tamaños y el precio que ponga á las copias.

Ernesto, comprendiendo que no faltaba razón al judío comerciante, no trató de contradecirle, porque sabido es que España, que es un país agrícola, no tiene otra protección que la Providencia. Cuando llueve mucho, le sucede como á Egipto, tiene buena cosecha. Cuando llueve poco, los pobres labradores pagan lo mismo al *protector* gobierno, que no se ocupa de ellos y se mueren de hambre; pero esto importa poco con tal de que se cobre la contribución, porque en esta desgraciada nación ha llegado á ser imposible tropezar con un gobierno *bueno* y *barato*.

Reasumiendo: Ernesto partió de Roma al día siguiente, llevando en su cuadro una esperanza de su gloria; en el beso que había abrasado su alma, una esperanza de amor.

Tres meses habían trascurrido desde aquel día en que se separó de Amparo. Durante este tiempo, ni una sola carta había recibido.

Ernesto llevaba, sin poderse explicar los motivos, la tristeza en el alma. Hay presentimientos que persiguen al hombre con la tenacidad de su misma sombra. El conde de Loreto había sido para Ernesto desde el primer día un ave de mal agüero.

Dejémosle viajar hácia España, y encontremos nuevamente á la hermosa Amparo.

El corazón de la mujer es insondable; no

puede definirse, porque es variado y caprichoso como la misma naturaleza. Por eso Amparo, que indudablemente salió de Florencia enamorada del pintor Ernesto, llegó á París pensando mucho en su compañero de viaje el joven conde de Loreto.

Veamos lo que sucedió.

CAPITULO IX.

De Florencia á París.

Fernando del Villar, conde de Loreto, después de saludar respetuosamente con un movimiento de cabeza á sus compañeros de viaje, se acomodó del mejor modo posible en su rincón, y se puso á leer. Enfrente de él, grave é inmóvil como *El banquero de cera* de Paul Feval, se hallaba el viejo mayordomo.

Don Ventura pensó que con un par de compañeros tan graves se iba á aburrir grandemente; pero quedándole el consuelo de leer hasta que se presentara mejor ocasión, sacó la *Guía* que le había regalado Ernesto.

Amparo, algo preocupada con la reciente despedida del hombre á quien creía amar, cerró lán-

guidamente los ojos y se entregó á esa dulce vida de los recuerdos en que el pasado es el presente encantador de la imaginación.

Durante una hora todo continuó del modo que acabamos de describir. Luego, como se prolongara el silencio, Amparo miraba de vez en cuándo disimuladamente al joven aristócrata, que tan embebido se hallaba en la lectura.

El conde de Loreto era uno de esos hombres á quienes no pueden mirar impunemente las mujeres, porque su rostro pálido y hermoso, la triste expresión de su semblante, convida á hacer esos temibles comentarios á que con tanta facilidad se entrega el bello sexo.

¿Por qué, siendo el joven conde de Loreto inmensamente rico y teniendo tan bella figura estaba tan triste? Eso se preguntó Amparo. Y viendo á través de aquella melancolía, impropia de la juventud, una historia interesante, tuvo empeño en saber esa historia.

Desde aquel momento la felicidad de Ernesto estaba amenazada de muerte.

Don Ventura, que había pasado la mayor parte de su juventud detrás de un mostrador, con los ojos alegres, la sonrisa en los labios, la lengua dispuesta á entablar conversacion con los parroquianos, y que luego no había escatimado las palabras en la Bolsa, se aburría soberanamente

en medio de aquel silencio enojoso y el ruído de trepidación que la máquina trasmite á los coches.

No pudiendo sufrir aquella situación por más tiempo, dejó el libro y se dispuso á hablar con su hija, pensando que tal vez por este medio lograría interesar al conde en la conversación.

—Mira, Amparo, mira qué delicioso punto de vista presenta ese pueblo colocado en la falda del cerro,—exclamó don Ventura. —¡Oh! Decididamente, Italia es un país encantador.

—¿Qué pueblo es ése?—preguntó Amparo.

—¡Diantre! Es bastante difícil decírtelo, porque me he olvidado de comprar una *Guía de los ferrocarriles*.

El conde levantó la cabeza asomándose á la portezuela, y dijo con voz armoniosa y clara:

—Ese pueblo se llama, si no me engaño, *Santa María della Spina*.

Amparo saludó con la cabeza, como dando las gracias al conde por su deferencia.

—Gracias, señor conde,—dijo don Ventura con toda la amabilidad que le fué posible.

El conde sacó un libro del saco de noche, y dándoselo á don Ventura, continuó:

—Poseo por casualidad dos *Guías generales de los ferrocarriles de Italia y Francia*. Si usted tiene la bondad de aceptar una...

—Ya lo ves, Amparo; esto es lo que se llama viajar con fortuna. En Roma encontramos al bueno de Ernesto, que fué para nosotros el mejor de los *cicerones;* y aquí, el señor conde de Loreto nos regala una *Guía* que desvanecerá durante el camino todas nuestras dudas.

Fernando se sonrió y repuso:

—El favor es tan insignificante, que no vale la pena de nombrarle; sobre todo entre compatriotas y vecinos, pues creo que hemos sido vecinos durante un mes.

—Sí, en casa del señor Rosales.

—He tenido el gusto de oir á esta señorita tocar el piano algunas noches: toca admirablemente.

—Vamos, señor conde, que usted, según dice mi hija, no toca mal el armonium.

Amparo hubiera tapado la boca á su padre. Pero ya lo hemos dicho: don Ventura tenía muchas ganas de hablar, y sobre todo de hacerse amigo del conde.

—¡Ah! ¿He molestado con mi armonium algunas noches á esta señorita?

—Al contrario, al contrario, señor conde; hemos oído á usted con mucho placer. ¡Diantre! Abríamos la ventana para oir mejor,—añadió don Ventura.

—El órgano expresivo—dijo Amparo tomando

parte en la conversación, temiendo sin duda que su padre cometiera alguna imprudencia—es uno de los instrumentos que, cuando se toca bien, expresa mejor el sentimiento de la música.

—Sí, usted lo ha dicho, señorita, cuando se toca bien,—añadió el conde, dejando asomar á sus labios una sonrisa imperceptible;—pero desgraciadamente, no me sucede eso á mí; toco por afición, y nada más. Apasionado á la música hasta la exageración, dedico á ella algunos ratos de ocio. Yo admiro á los grandes profesores; pero en mí la música, como en otros muchos, no es más que un adorno, una parte de la educación. Toco, es verdad, pero toco bastante mal, que es lo peor.

Don Ventura estaba encantado de la sencillez y naturalidad con que se expresaba el conde.

—Quisiera, sin embargo,—dijo el padre de Amparo,—saber tanto como usted.

—Sabría usted muy poco, amigo mío; sobre todo en este país de Italia que estamos atravesando, donde todo el mundo es músico.

—Señor conde, ¿me llamaría usted indiscreto si le hiciera una pregunta?—añadió don Ventura.

—Entre compatriotas que viajan juntos en un mismo coche debe reinar la mayor franqueza. Puede usted preguntarme lo que quiera.

—¿Va usted directamente á París, ó piensa usted detenerse en alguna ciudad de Italia?

—Voy á París; he recorrido tres veces toda Italia.

—Entonces, hacemos el viaje juntos.

—De lo que me doy la más cordial enhorabuena.

—París es el pueblo más distraído de Europa.

—Tiene además la ventaja de que los extranjeros en París se encuentran casi también como en su misma patria.

—El carácter parisien es el maridaje de la alegría y la amabilidad; les gusta complacer, y se desviven por conseguirlo.

—Siempre que les produzca algunas ventajas,—continuó el conde;—pero de todos modos, se pasa perfectamente una temporada en aquellos modernos *boulevares*, donde el lujo ha reunido todas sus encantadoras locuras. ¡Oh! Sólo por cenar una noche en el café *Tortoni*, almorzar en la *Maison Dorée* y pasearse una tarde por el boulevard de los Italianos, vale la pena de hacer un viaje á París.

—¿Y va usted á permanecer mucho tiempo en la capital de Francia?—preguntó don Ventura.

— Tengo graves ocupaciones,—añadió el conde sonriendo;—primero, oir á la Patti una representación de *La Sonámbula*, y luego correr una

yegua árabe en las próximas carreras de caballos. Quiero ganar el premio que ofrece la emperatriz, que consiste en una rosa de brillantes.

Amparo, que escuchaba con gusto la conversación, aunque sin tomar parte, al oir las últimas palabras del conde pensó que no sería por el valor de la rosa de diamantes por lo que deseaba ganar el premio, sino por hacer con ella un regalo á alguna persona querida.

Desde aquel momento, Fernando del Villar, conde de Loreto, era para ella un hombre que comenzaba á promover su curiosidad.

—¡Ah!—repuso don Ventura.—¿Tiene usted en París la yegua que va á correr en las carreras?

—Tengo en Madrid mis caballos, pero he mandado que trasladen á París mi invencible *Rebeca*. Espero que asistirán ustedes á las carreras.

—Tendremos en ello mucho gusto, siempre que se efectúen en el término de un mes,—dijo don Ventura,—y una gran satisfacción en que salga usted vencedor.

Cuando comienza un viaje, durante los primeros momentos, más ó menos prolongados, según el carácter de los viajeros, suele reinar el mayor silencio: cada cual piensa en qué clase de pájaro será el que se halla enfrente ó al lado suyo; pero una vez comenzada la conversación, se establece cierta confianza agradable que dura

todo el viaje, y á veces se prolonga hasta lo infinito.

Durante el viaje de nuestros conocidos reinó la mayor armonía. Amparo y el conde hablaban de música, y el mayordomo y don Ventura de números. El honrado millonario estaba contento de haber encontrado tan buenos compañeros.

Una vez en París, como don Ventura era un hombre rico que viajaba por placer y no tenía casa en la moderna Babilonia, dejó al conde de Loreto la elección de la fonda en donde debían alojarse.

Fernando optó por el hotel del *Louvre*, y en él se instalaron en dos habitaciones contiguas del piso segundo, con toda la comodidad que ofrece á los pasajeros el citado establecimiento.

El conde dispuso que se colocara un órgano expresivo en la habitación de Amparo, brindándose á darle algunas lecciones.

—Soy muy torpe,—le dijo Amparo, agradeciéndole con una mirada aquella deferencia.

—¡Bah!—contestó el conde.—Para las profesoras de piano como usted, nada tan fácil como aprender el armonium. Creo que en quince días podrá usted tocar perfectamente.

—Lo cual me costará unos ocho ó diez mil reales,—repuso don Ventura,—porque tendré que comprar un órgano á mi hija.

—Y nunca mejor ocasión que ahora que nos hallamos en París, donde tienen sus almacenes los constructores más afamados. Mañana les haremos una visita con tres mil francos en la cartera.

—Veo, señor conde, que conspira usted con Amparo contra mi bolsillo.

Al día siguiente quedó comprado el armonium, precioso instrumento de doce registros, incrustado en nácar; una verdadera obra de arte que costó á don Ventura seis mil francos, pero fué elegido por el conde, y el ex-comerciante no quiso dejar mal al joven aristócrata.

Pagó don Ventura, encargando que se lo remitieran á España, y no se volvió á hablar del asunto.

Todas las tardes el conde daba lección de armonium á Amparo. Estas lecciones al principio fueron cortas, luego se prolongaban dos horas.

Cuando cantaba la Patti asistían juntos al teatro, sólo que el conde tomaba una butaca y don Ventura un palco, pero durante los entreactos el conde visitaba al millonario.

Así trascurrieron veinte días. Amparo comenzaba á pensar mucho en el conde y poco en Ernesto.

Cuando la mujer compara, la derrota de uno de los comparados es infalible. Veamos cómo el

conde de Loreto dió el *golpe de gracia* al pintor Ernesto.

Todo estaba dispuesto para las carreras.

La emperatriz Eugenia, rodeada de las damas de su corte, debía presenciarlas.

Don Ventura había logrado á fuerza de oro alquilar una lujosa carretela. Amparo se había mandado hacer un elegante traje. La fiesta prometía ser de las más espléndidas. Toda la aristocracia de la sangre y del dinero se iba á reunir aquel día en las carreras. Amparo deseaba vivamente que su amigo el conde de Loreto se llevara el premio. Don Ventura, por su parte, decía:

—Esta es una cuestión de honra nacional.

A las doce se presentó Fernando: estaba pálido, nervioso; notábanse en su rostro marcadas muestras de disgusto.

—Ha sucedido una gran desgracia,—exclamó.

—¡Diablo! ¿Se ha muerto Rebeca?—preguntó don Ventura.

—No, no tanto,—contestó esforzándose por sonreirse el conde.

—¿Pues qué pasa?—dijo á su vez Amparo.

—Que mi jockey se ha puesto gravemente enfermo y no puede correr.

—En verdad que es un contratiempo. Pero ¿no se encontraría otro?

—¡Otro!—exclamó con asombro el conde.—¿Y

quién me responde de la habilidad, de las dotes caballísticas, de la buena fe de un jockey alquilado? Todos los *leones* de París, todos los aficionados á la equitación, que no son pocos, que frecuentan por la noche la *Maison Dorée* y por la tarde el boulevard de los Italianos, conocen á Rebeca y tienen gran interés en que quede vencida, y serían capaces de dar una buena prima al que la corriera por que la refrenara y perdiera. Además, la cosa es altamente grave para mí. Si no corre mi valiente Rebeca, pierdo la friolera de cincuenta mil francos que aposté anoche con un lord inglés que ha traído también uno de sus caballos para las carreras de hoy. La apuesta está estipulada con las siguientes condiciones: «Si por cualquier evento uno de los caballos no puede correr, se da por perdida la apuesta.» Es preciso de todo punto que Rebeca corra, y por eso vengo á decir á ustedes que no puedo acompañarles, pues voy á correrla yo.

—¿Usted?—dijeron á un tiempo el padre y la hija.

—Sí, yo. Sé que es una desventaja para mí. El jockey de mi contrario pesará escasamente tres arrobas: es un liliputiense, un hombre en miniatura, es el rey de los jockeis, mientras que yo peso mucho más. Pero no impórta: mi yegua hará un esfuerzo y ganaré.

—Permítame usted que le diga—añadió don Ventura—que se expone...

—¡Bah! Eso es lo de menos. Cuando llegue á la tercera valla, la saltaré como si tal cosa. Tengo confianza en mi yegua.

Y el conde, después de algunas contestaciones dadas á los obstáculos que le presentaban sus amigos, salió, despidiéndose de ellos.

Como puede comprenderse, el interés de Amparo creció un setenta y cinco por ciento.

CAPITULO X.

La rosa de brillantes.

Una hora después, la carretela de don Ventura se hallaba situada casi al final del paseo destinado para las carreras de caballos.

Desde aquel punto tenía la ventaja de ver perfectamente el jinete que llegara antes al término de su carrera, y hallarse cerca del palco imperial, adonde debía ir el vencedor á recoger el premio.

Amparo, de pié sobre los almohadones de la carretela, apoyada con la mano izquierda en el hombro de su padre, recorría con sus grandes gemelos el pintoresco panorama que la rodeaba.

Parecíale imposible que pudiera reunirse tanto lujo, tanta riqueza, en una capital.

Dicen los franceses que París es la capital del

mundo civilizado, y en verdad que no les falta razón para apreciarse de ese modo.

Cuando la emperatriz Eugenia subió á su palco, hizo la señal con el pañuelo para que comenzaran las carreras, y se escuchó el sonoro eco de los clarines.

Amparo sintió que le latía el corazón con violencia, dejó de mirar al palco imperial, y vió en la ancha pista por donde debían venir los jinetes al conde de Loreto.

En aquel instante hubiera dado cuanto le hubieran pedido por conceder la victoria á su compañero de viaje.

De repente se oyó un clamoreo que nacía del punto adonde se fijaban todas las miradas, y el precipitado y fuerte galope de muchos caballos llegó hasta Amparo como el sordo rumor de la tempestad que avanza con rapidez.

Comenzaron á distinguirse los jinetes; por todas partes se oían bravos y vítores y gritos de entusiasmo, mezclados con las exclamaciones de rabia.

Cuando un jinete pasaba á otro, se oía el rugido de ira que exhalaba el pecho del vencido.

Mientras tanto, aquella inmensidad de caballos, despidiendo espuma por la boca, fuego por las narices, avanzaba hácia el sitio que ocupaba Amparo con una velocidad vertiginosa.

Aquello era un huracán de carne empujado por el amor propio: parecía que iba á arrollarlo todo.

Amparo temblaba, se estremecía á pesar suyo, buscando con avidez al conde de Loreto entre aquellos casquetes de raso de distintos colores.

De pronto lanzó un grito que hizo volver la cabeza á don Ventura, que contemplaba con la boca abierta el espectáculo.

—¿Qué es eso?—le preguntó.

—¡Allí le veo! ¡allí le veo!—exclamó Amparo.—Viene delante y lleva el sombrero en una mano y el látigo en otra. ¡Oh, Dios mío! ¡Qué locura! ¡Puede estrellarse!...

En aquel momento el conde de Loreto pasó por delante de la carretela de Amparo con la rapidez de una centella. Sin embargo, la saludó con el sombrero.

Amparo se llevó la mano al pecho para contener los latidos del corazón.

Fernando llevaba lo menos cuarenta metros de delantera á todos los demás jinetes.

Cuando llegó á la última valla, Rebeca saltó con tanto desahogo como lo había hecho la primera vez. Un aplauso general resonó, dedicado al caballo y al jinete.

El conde de Loreto había ganado la rosa de brillantes y los cincuenta mil francos, y no tardó

mucho en verse rodeado de admiradores y de envidiosos.

Fernando del Villar estrechaba las manos de algunos desconocidos y saludaba á los espectadores.

El lord inglés se le acercó: montaba un hermoso caballo tordo de pura raza árabe.

—Me ha ganado usted, conde,—le dijo tendiéndole una mano.—Esta noche espero á usted á cenar en la *Maison Dorée* para pagarle lo que le debo y hacerle una proposición sobre su preciosa yegua.

En aquel momento se acercó un gentilhombre á decirle que la emperatriz Eugenia esperaba al vencedor.

El conde no se hizo repetir el aviso: dirigió su yegua hácia el sitio donde se hallaba el palco imperial. Multitud de jinetes le siguieron.

Al llegar, Fernando echó pié á tierra, y fué conducido por el gentilhombre á la presencia de la emperatriz.

—Me han dicho que eres español,—le preguntó Eugenia en castellano.

—Nací en Andalucía, señora,—contestó el conde, inclinándose respetuosamente.

—¡Ah! Somos paisanos: tanto mejor. Toma: he aquí el premio que has ganado.

La emperatriz entregó un pequeño estuche de

terciopelo. El conde dobló la rodilla para recibirle, besó la mano de Eugenia, y salió del palco.

Amparo no había perdido de vista un solo momento al conde. Cuando vió que se acercaba hácia su coche, sintió dentro de su sér una emoción desconocida como nunca había experimentado.

Fernando llegó hasta la carretela de Amparo sonriendo.

—¡Bravo! ¡Bravísimo!—exclamó don Ventura lleno de entusiasmo.—Hacía usted bien, querido conde, en tener toda su confianza en la valiente Rebeca.

—Es invencible,—dijo el conde.—Tenía la completa seguridad de que, á no sucederme una desgracia, el triunfo era mío.

Y extendiendo el brazo, alargó el estuche á Amparo, añadiendo:

—Amparo, como sé que usted pedía á Dios para que me concediera la victoria; como me consta el interés que se ha tomado, me atrevo á suplicarle acepte como un recuerdo de este día el premio que acaba de concederme la emperatriz de los franceses.

Amparo cogió con mano trémula el estuche, y antes de tener tiempo para contestar una palabra de agradecimiento por aquella fineza, el conde partió á galope en dirección á París.

Don Ventura estaba loco de alegría.

Amparo, conmovida, pálida, siguió con la vista al conde.

—¡Es todo un caballero!—exclamó el comerciante.

—Sí, papá; no puede darse mayor delicadeza.

—Pero veamos qué diablo es eso que tienes en la mano, pues parece que te quedaste hecha una estatua.

Y don Ventura, notando que su hija se ruborizaba, se sonrió maliciosamente.

Amparo abrió el estuche: contenía un alfiler de pecho de brillantes. No podía exigirse mayor gusto en una joya de aquella naturaleza.

—En verdad que es un bonito regalo,—dijo don Ventura, fijando sus ojos en el alfiler.

Amparo guardó silencio.

. . . .

Sigamos al conde de Loreto, que dejando la yegua á un criado, tomó un coche de plaza y se hizo conducir al hotel del Louvre.

—Puedes darme la enhorabuena, mi leal Francisco,—dijo el conde abrazando al viejo mayordomo.

—¿Según eso, el señor conde ha ganado el primer premio?—preguntó el mayordomo.

—No sólo el primer premio, sino la apuesta que tenía con lord Rutheny.

—En verdad que me alegro, señor conde,— añadió Francisco, sin perder ni un solo momento su peculiar gravedad.—¡Hemos gastado tanto dinero durante el viaje!...

—¡Ah! Tú siempre con los malditos números.

—Señor, el interés que me inspira la casa hace que muchas veces me tome ciertas libertades...

—Vamos, Francisco, no empieces á reconvenirte de culpas que no has cometido. Cuando murió mi padre me dijo: «No dejes nunca á Francisco; te ha visto nacer, te quiere con idolatría y es honrado y leal.» Desde entonces no he tenido motivo de arrepentirme. Ni yo mismo sé la fortuna que poseo, aunque supongo que no será grande, por lo mucho que gasto; ¡pero qué quieres!... cuando me halle aruinado, cuando me halle, como vulgarmente se dice, con el agua al cuello, entonces tomaré tu consejo y me casaré. Y á propósito: ¿qué te parece la hija de nuestro compañero de viaje?

—Es una joven apreciable y bonita.

—¿Y nada más?—preguntó el conde sonriendo.

—Y tiene doce millones de dote.

—Lo cual te tendrá preoupado. En fin, allá veremos. ¡Quién sabe si tendrás razón aconsejándome que me case! Pero dame algún dinero; voy á cenar con unos amigos á la *Maison Dorée*, y tal vez se juegue.

—Ayer entregué al señor conde tres mil francos.

—Pues bien, hoy no tengo un céntimo.

Francisco exhaló un suspiro, abrió la gaveta y dió tres billetes de mil francos á su amo, diciendo:

—¡Pues qué! ¿No pagará esta noche el inglés?

—Es probable; pero no debo acudir á la cita con la esperanza de lo que me deben.

Fernando se puso los guantes, cogió el sombrero y un ligero junco de la India, y salió del cuarto.

La *Maison Dorée* es uno de los establecimientos especiales que sólo se encuentran en París. Punto de reunión de la elegancia y loca juventud, centro de esos seres felices, siempre ocupados en no hacer nada, se come, se juega y se murmura, derramando el dinero á manos llenas.

Allí se sabe y se comenta todo; y más de una vez ha rodado la honra de las mujeres á la moda, mezclada con el Champagne y el Rhin, sobre aquellas elegantes mesas.

El conde de Loreto estaba convidado á comer con el lord que había hecho la apuesta, el cual le esperaba con esa exactitud británica.

Después de saludarle, lord Rutheny sacó la cartera y entregó fríamente los cincuenta mil francos que había perdido.

—Señor conde, antes de que comencemos á comer, y siguiendo la costumbre inglesa de no hacer nada después de levantarse de la mesa, voy á proponer á usted un negocio. ¿Quiere usted venderme á Rebeca? Daré á usted por ella igual cantidad que la que me ha hecho perder.

—Milord, quisiera conservar mi yegua.

—Entonces, no hablemos más del asunto.

Y pidió que les sirvieran la comida.

Durante ésta, lord Rutheny estuvo haciendo elogios de la yegua del conde.

—Es un precioso animal,—decía.—Si me perteneciera, en las próximas carreras anunciadas en Londres me jugaría dos ó tres mil libras esterlinas con la seguridad de ganar. ¡Lástima grande será que se desgracie un animal tan superior!

Después de la comida, lord Rutheny y el conde de Loreto entraron á tomar café.

Luego pasaron á la sala de juego, y el conde ocupó una silla junto al banquero.

Fernando jugaba fuerte, pero con poca fortuna.

Media hora le bastó para perder cuanto poseía.

Entonces se volvió hácia lord Rutheny, que se hallaba á su lado ganando más de cien mil francos, y dijo sonriéndose:

—Milord, queda cerrado el trato: Rebeca es de usted.

Lord Rutheny inclinó la cabeza en señal de aprobación, y alargó al conde cincuenta billetes de mil francos.

El conde continuó jugando con imperturbable serenidad hasta perder el último franco.

Entonces sacó con calma la petaca, y de ella un habano, y se dirigió tranquilamente al salón de los fumadores.

Allí se dejó caer en uno de los cómodos divanes, y comenzó á saborear el rico tabaco con la más perfecta calma.

Cerca del sitio en que se hallaba el conde fumaban cuatro jóvenes, conversando en voz alta.

Ninguno de ellos había reparado en Fernando.

—Desengáñate, Héctor,—decía uno de ellos;—tu caballo está muy lejos de ser lo que la yegua del español y el tordo árabe de lord Rutheny.

—Pues á pesar de tus apreciaciones,—contestó en tono descompuesto Héctor,—yo te digo que si mi jockey no hubiera sido un torpe, habría ganado el primer premio.

—¡Bah! A tí te sucede como á Marco Antonio cuando reñía sus gallos y sus codornices adiestradas con las de Octavio Augusto, que siempre perdía, y para tranquilizarse de su mala suerte buscaba un excusa. El caballo de lord Rutheny llevaba al tuyo más de veinte metros de delantera. En cuanto al del español, no se hable; ése no

era un herbívoro, era una centella: ni el mismo viento corría más que él.

—Los españoles—contestó Héctor en tono despreciativo—tienen en las venas una sangre mixta de godo y árabe, y no es extraño que sepan dar impulso á los caballos en la carrera. El conde de Loreto me parece un gitano corriendo de aquel modo.

Fernando, al oir estas palabras, se puso en pié, y pálido, con la mirada torva y el ademán amenazador, se dirigió al círculo de aquellos jóvenes que tenían en boca su nombre, y encarándose con el que acababa de hablar, le dijo:

—El conde de Loreto sabe correr como los gitanos y batirse como los caballeros.

Y diciendo esto, arrojó uno de sus guantes al rostro de Héctor, que se abalanzó descompuesto sobre su antagonista.

Fernando extendió el brazo y le rechazó con increible facilidad.

Todos les rodearon.

De parte del conde de Loreto fué un camarero á buscar á lord Rutheny.

—¿Qué ocurre?—preguntó.

—¿Quiere usted ser padrino mío?

—¡Cómo! ¿Tiene usted algún lance?

—Sí; acaba de insultarme ese caballero, y debo batirme.

—Tendrá usted la elección de armas.

—Se la cedo á mi contrario: espero á usted en el café.

Poco después, lord Rutheny se reunía con el conde de Loreto.

—Ya está todo arreglado,—dijo el inglés.—Se batirán ustedes á florete mañana á las ocho en el bosque de Bolonia.

—Perfectamente. Esperaré á usted á las seis en el hotel del Louvre.

—¿Tiene usted bastante confianza en el florete para ponerse delante de su contrario, que le elige para batirse?

—Le manejo regularmente, y tengo poco cariño á la vida; con estas dos condiciones no debe infundirnos recelo un lance. Pero usted me permitirá que me retire. Son las diez: esta noche canta la Patti, y deseo oirla, por si me mata mañana mi contrario.

Lord Rutheny condujo en su carruaje al conde al teatro de la Ópera.

Viendo á Fernando sentado en su butaca aplaudiendo con entusiasmo á la Patti, nadie hubiera creído que iba á batirse al día siguiente.

A las doce de la noche entró en su cuarto del hotel del Louvre, se sentó en una butaca, encendió un cigarro, y dirigiendo una serena mirada á Francisco, le dijo:

—Mañana á las ocho me bato.

El mayordomo retrocedió dos pasos asombrado, exclamando:

—¿Otra vez?

—Sí; es la quinta. ¡Quién sabe si será la última! Eso no está á voluntad mía; cuando menos se piensa, un insolente ó un fatuo se atraviesa en mitad de nuestro camino, nos insulta, y entonces la honra exige que uno se bata. Eso me ha sucedido á mí cinco veces. Dispón, pues, mis floretes, y acuéstate. ¡Ah! Me olvidaba. Mañana á primera hora enviarás con un criado á lord Rutheny mi yegua Rebeca; se la he vendido; y en verdad que más me disgusta eso que el desafío que tengo pendiente.

Francisco hizo un ademán como si fuera á hablar.

—No te molestes, ni me molestes con inútiles reflexiones; el lance es inevitable. Quiero dormir para hallarme ágil. Con que buenas noches; despiértame á la cinco y tres cuartos.

Y el conde comenzó á desnudarse.

Francisco salió triste y preocupado.

Algunos minutos después, el conde de Loreto dormía profundamente.

El honrado mayordomo no se acostó: le hubiera sido imposible dormir, y prefirió esperar la hora levantado.

A las cinco y media entró en el cuarto de su amo.

El anciano le estuvo contemplando durante algunos minutos. Notábase en la triste expresión de su rostro el estado de su espíritu. Temía por la vida de su amo.

Por fin dijo en voz alta:

—¡Señor, ya es la hora!

El conde abrió los ojos, bostezó, y fijando una mirada soñolienta en el mayordomo, dijo:

—No perdonaré nunca á mi antagonista este delicioso sueño que me roba. ¡Oh! ¡Qué mala costumbre! ¡Batirse por la mañana!

Fernando se vistió con esmero, como si fuera á hacer una visita de cumplido, con la única diferencia de que en vez del frac ridículo y molesto, se puso una levita negra.

—Querido Francisco,—dijo el conde dando la última mano á su corbata delante del espejo,—si me mata mi contrario, lo cual es bastante difícil, pero no imposible, tú te lo arreglarás como puedas con mis acreedores; y puesto que el resto de mi fortuna corresponde como única heredera á mi avara tía la marquesa del Ramo, te aconsejo que cojas todo lo que buenamente puedas; porque no es justo que al cabo de tantos años de buenos servicios tengas que buscar un amo nuevo, que indudablemente no te trataría como te

mereces. Ahora, ten la bondad de decir al camarero que me sirva el té. Milord no puede tardar; son ya las seis, y él es exacto hasta la exageración.

Efectivamente, lord Rutheny, acompañado de otro amigo, entró en la habitación.

—Creo, señores, que tenemos tiempo de tomar una taza de té,—dijo el conde.

Rutheny miró la esfera de su reloj.

—Sí; mis caballos nos conducirán en menos de una hora al sitio: tenemos tiempo, es decir, podemos disponer de sesenta minutos.

—Supongo que este caballero—añadió el conde indicando al compañero de lord Rutheny—será mi segundo padrino.

—El señor—contestó lord Rutheny—es mister Carlos Bobbe, mi médico y mi amigo; servirá, pues, de médico y de testigo en el lance.

—Tanto mejor. Pero aquí está el té.

El camarero se presentó con una inmensa bandeja cubierta de tazas y platos, que dejó sobre un velador.

Mister Bobbe se bebió cinco tazas de té; lord Rutheny tres y el conde una.

—Cuando ustedes gusten, señores,—dijo Fernando, viendo que los padrinos dejaban las tazas en la bandeja, como prueba de que no querían beber más cocimiento de té.

Fernando abrazó al mayordomo, cuyo rostro circunspecto y ojos enrojecidos le hicieron sonreir.

—No temas,—le dijo;—saldré bien como otras veces.

Y partió.

CAPITULO XI.

Uno más.

Cuando Francisco se quedó solo, no pudo contener las lágrimas; dejóse caer en una butaca, y lloró.

El dolor del mayordomo era tan profundo, tan verdadero, que al entrar el criado por el servicio, ni siquiera se apercibió de su presencia.

El camarero, que servía seis cuartos del corredor del segundo piso, era un muchacho tan oficioso como listo, y al ver el profundo pesar del viejo criado del conde, y que éste salía tan temprano, acompañado de dos amigos, lo sospechó todo; pero en vez de dirigir la palabra á Francisco, creyó que era más conveniente confiar sus sospechas al español que ocupaba el cuarto número 14, íntimo amigo del conde de Loreto. Así

es que se dirigió á la habitación de don Ventura y llamó.

Don Ventura no había perdido la buena costumbre de madrugar: se hallaba levantado, y se disponía á afeitarse. Abrió la puerta, creyendo que sería el conde que iría á proponerle alguna expedición para el día, y se encontró con el camarero y su eterna sonrisa.

—¿Qué ocurre?—le preguntó don Ventura.

El camarero hablaba, aunque mal, el español, pero lo suficiente para que le entendieran los huéspedes.

—Caballero,—le dijo,—yo conozco que soy un poco oficioso é importuno llamando tan temprano en la puerta de un huésped respetable...

—Bien, bien. ¿Qué ocurre?—añadió don Ventura.

—Pero sé también—continuó el camarero—que es usted íntimo amigo del señor conde de Loreto.

—Sí, hombre, sí; acaba.

—Pues bien, el señor conde debe correr algún peligro, porque le he visto salir acompañado de dos ingleses; y el mayordomo del conde, así que salió, se puso á llorar amargamente. No quisiera equivocarme, pero creo que el señor conde va á batirse.

—¡Diablo! ¿A batirse? Eso es grave.

—¡Y tanto, caballero!

—Pero ¿no sabe usted por qué?

—Sólo he visto colocar en el coche los floretes.

Don Ventura salió precipitadamente de su cuarto, y entró en el del conde.

Francisco continuaba hundido en la butaca y con el rostro oculto entre las manos.

—¿Qué diablos pasa aquí?—preguntó en alta voz don Ventura.

El mayordomo levantó la cabeza. Aquel rostro venerable se hallaba descompuesto por las lágrimas y el dolor: tenía una expresión de profunda tristeza.

—¿Es cierto lo que acaban de decirme? ¿Es cierto que Fernando ha ido á batirse?

—Desgraciadamente es cierto, señor don Ventura.

—¡Diablo de muchacho! Yo no sé por qué exponen la vida. He tenido yo cincuenta mil cuestiones, y nunca se me ha ocurrido batirme con nadie. ¿Para qué demonche se quieren los tribunales, si nos tomamos la justicia por nuestras manos? Y después de todo, la causa del lance no valdría la pena...

—No sé detalles del lance; sólo me ha dicho que iba á batirse; pero desde ahora apostaría cualquier cosa á que no lo ha provocado mi amo, porque el conde es incapaz de ofender á nadie.

¡Oh! Si le matara su contrario, sería una gran desgracia.

—¡Ya lo creo que lo sería! Y confío que no será así. ¡Diantre de muchacho!

Y como el mayordomo continuara gimiendo y suspirando, don Ventura se puso á dar paseos por la habitación.

Así trascurrió media hora. Ninguno de los dos hablaba. Don Ventura pensó que sería más conveniente esperar el resultado en su cuarto que no junto al bueno del mayordomo, cuyo dolor le afligía doblemente.

—¿Y á qué hora podremos saber cómo salió de su compromiso?—preguntó don Ventura.

—Supongo que á las nueve, poco más ó menos.

—Y son las siete. ¡Pero, hombre! ¿No podríamos dar parte á la autoridad para que evitara el lance?

—Si hiciéramos eso, no nos perdonaría nunca el señor conde.

—Dice usted bien; no hay otro remedio que esperar y conformarse con lo que suceda. ¡Diantre de muchacho! Voy á ver si mi hija se ha levantado, y ruego á usted que tan pronto como se sepa algo me mande un aviso.

La habitación de Amparo se hallaba separada de la de su padre por un débil tabique, comunicándose por una puerta de escape.

Amparo había oído algo entre sueños de lo que el camarero habia dicho á don Ventura.

Cuando éste entró se hallaba levantada.

—No me ocultes nada,—dijo;—quiero saber todo lo que pasa.

—Pues, hija, lo que pasa es poco agradable. Fernando se estará batiendo á estas horas.

Amparo se puso pálida, y como si le faltaran las fuerzas, se sentó en una silla.

—¿Qué es eso? ¿Te pones mala? ¡Sólo esto nos faltaba!

—No te asustes; no tengo nada.

—¡Nada! ¡nada! ¿Me harás creer que sin motivo se le van á uno los colores de la cara? Tú te has conmovido, y eso es natural, muy natural, sí señor; porque después de todo, el conde es un joven á quien es preciso querer en cuanto se le trata; y si tuviéramos la desgracia de perderle, si le matara su contrario...

—¡Calla, calla, papá!—exclamó Amparo estremeciéndose.—No digas eso, ni aun en broma.

—¡Sí, buena broma te dé Dios! ¡Diantre de muchacho!

Don Ventura, verdaderamente afectado, se asomaba á la puerta á cada momento.

Nunca el tiempo le había parecido más largo.

Cuando el reloj de su habitación dió las nueve, dijo:

—Ya no puede tardar.

Como si estas palabras hubieran sido un amuleto mágico, se oyeron pasos de varias personas en el corredor.

Don Ventura se asomó y no pudo contener un grito.

—¿Es él?—preguntó levantándose Amparo.

—Sí, él, él.

—¿Y cómo viene?—dijo con miedo Amparo.

—Perfectamente, andando por su pié, como si tal cosa. ¡Ah! ¡Loado sea Dios!

Y diciendo esto, salió precipitadamente del cuarto, entrando desordenadamente en el del conde.

—¡Venga un abrazo, calavera, venga un abrazo!—exclamó.

El conde se dejó abrazar.

—¿Conque se salió bien?—preguntó con infantil alegría don Ventura.—Me alegro, me alegro infinito.

El conde dirigió una mirada de reconvención al mayordomo, y dejando asomar á sus labios una amarga sonrisa, dijo:

—¡Ah! ¿Usted sabe que me he batido? Pues entonces, sólo me resta decirle que el lance fué desgraciado; ha tenido graves consecuencias.

—¡Cómo! ¿Está usted herido?—exclamó don Ventura.

—No, desgraciadamente.

—Pues no comprendo...

—Señor don Ventura, cuando por una de esas necias exigencias del decoro se baten dos hombres y uno de ellos muere en lo que llamamos campo del honor, el que le sobrevive, el que vuelve á su casa vencedor, se lleva una espina clavada en el alma, que permanece allí toda la vida. ¡Ah! Indudablemente alguna maldición se halla suspendida sobre mi cabeza. Tengo mala mano para los desafíos.

Y el conde se dejó caer en una silla, dando muestras del más profundo abatimiento.

—Conozco, señor conde, que debe ser una pena muy grande matar á un hombre,—añadió don Ventura;—pero ¡qué remedio! Cuando se tiene delante á un enemigo armado que codicia nuestra vida, tiene uno el deber de disputársela.

Lord Rutheny pronunció algunas frases para tranquilizar al conde, que parecía hallarse vivamente afectado.

—Doy á ustedes las gracias por el interés que les inspiro,—dijo Fernando;—pero al mismo tiempo, quisiera que me otorgaran el favor de dejarme solo, me hallo fatigado y deseo descansar.

Era evidente que una gran fatiga de espíritu se había apoderado del conde, y como así lo comprendieron sus amigos, le dejaron solo.

Don Ventura entró en la habitación de su hija y le contó todo lo ocurrido, que con ese natural egoísmo de la mujer se alegró en el fondo de su alma de que el conde de Loreto hubiera salido bien del lance, puesto que ella no conocía al infeliz Héctor, muerto en el desafío, y la unían con Fernando relaciones de amistad que iban tomando el carácter de una pasión verdadera.

Mientras tanto, el conde de Loreto se encerró en su cuarto, permaneciendo el resto del día sentado en la butaca. Ni él mismo pudo decirse si algún rato le venció el sueño.

Cuando la oscuridad de la noche se extendió por todos los ámbitos de la habitación, levantó la abatida frente y se dijo:

—Es una desgracia que ya no tiene remedio; tengo una mano fatal. Esta es la quinta vez que causo la muerte de un prójimo y el profundo dolor de un padre.

Y pasándose la mano por la frente, como si quisiera librarse de los tristes pensamientos que le preocupaban, se levantó y tiró del llamador de la campanilla.

Francisco el mayordomo, tan pálido, tan conmovido como su amo, entró con una luz en la mano.

—Buenas noches, señor conde,—dijo dejando la bujía sobre una mesa.

—Buenas noches, Francisco. Ya lo has visto: he matado á otro hombre.

—Y sin embargo, el señor me había dicho que no se batiría más, aunque le insultaran.

—Es cierto: había jurado no batirme, pues para que nadie dudara de que sé defender mi decoro, tenía una historia que acreditaba mi valor; pero no he podido contenerme, y ahora me arrepiento. ¡Ah! Si hubiera sido en España, no me hubiera batido.

—Ya ¿qué remedio tiene?—añadió Francisco.—Lo mejor de todo es olvidar lo pasado.

—Eso es más difícil de lo que parece. En la memoria, como en una plancha de acero, graba el buril del tiempo todos los acontecimientos de la vida. Sólo la muerte tiene el privilegio de borrarlos. Pero tú lo has dicho, Francisco: lo hecho ya no tiene remedio. Dispón el equipaje, arréglalo todo, pues mañana saldremos de París. Necesito, cuando menos, alejarme de esta tierra.

—¿Y adónde vamos, señor?

—A España.

—Está bien.

Fernando del Villar exhaló un suspiro y salió de la habitación, dirigiéndose á la de Amparo.

CAPITULO XII.

Como se pide.

El piano es un gran recurso para aquellos que lo poseen y sienten en el alma las dulces y gratas impresiones de la música, ese lenguaje universal al que rindieron tributo hasta los dioses.

Amparo se hallaba tocando el piano. Tenía en el sostenedor colocada la partitura de *La Extranjera*, pero sus dedos recorrían maquinalmente el teclado, y sus ojos se fijaban distraidamente en las notas.

La música para ella en aquel momento no era otra cosa que un ruído grato, adormecedor, como el susurro cadencioso de una fuente que convida á la meditación.

Pensaba casi nada en el piano, muy poco en

la partitura que tenía delante, y mucho en el conde de Loreto.

De Florencia á París, es decir, treinta y seis horas de ferrocarril, habían sido muy suficientes para que la linda española se enamorara.

Antes de este viaje la casualidad había colocado, aunque momentáneamente, en el palacio de Médicis á Fernando y á Amparo; luego, en París, las carreras de caballos y el desafío habían reforzado la idea fija que comenzaba á dominarla.

En el momento que nos ocupa, Amparo se hallaba sola. Don Ventura había salido, después de referirla lo que él sabía del desafío del conde.

Tocaba, pues, el piano pensando en su compañero de viaje, cuando oyó pasos detrás de ella, volvió la cabeza, y se encontró con Fernando, que la dirigió un saludo respetuoso y una sonrisa llena de tristeza.

—Buenas noches, Amparo. Tal vez vengo á molestar á usted,—dijo el conde.

—¿Molestarme?—contestó la joven dejando de tocar.—Al contrario. Ya ve usted, me hallo sola... Mi padre es un calavera; me abandona á lo mejor, y entonces el piano es mi recurso. Pero ¿qué tiene usted? Le encuentro más pálido que de costumbre, y noto una marcada expresión de tristeza en sus facciones.

—Supongo que no ignorará usted la desgracia

que me ha ocurrido hoy, y vengo á despedirme de usted.

—¡Cómo! ¿Abandona usted París?

—Mañana.

—¿Tan pronto?

—Pensaba haber permanecido aquí un par de meses; pero ahora me es imposible; necesito ver otro sol, respirar otro aire.

—¿Y adónde piensa usted dirigirse?

—A España.

—Entonces, señor conde, no tardaremos mucho en vernos por allá; porque después de todo, creo que el cielo de España es el más bello del mundo.

—Dice usted bien, Amparo; y sobre todo, cuando en el cielo de París ve la imaginación preocupada algunas manchas de sangre que turban el sosiego y roban la paz del espíritu.

—Verdaderamente, es una desgracia que las leyes del honor impongan á los hombres deberes tan desagradables. Mi padre me lo ha contado todo, y puedo asegurar á usted que tan desgraciado acontecimiento llenó de pena mi corazón.

El conde se había sentado en una silla, cerca del taburete del piano que ocupaba Amparo.

—No parece sino que me persigue algún genio fatal,—dijo el conde, como si hablara consigo mismo.—Cuando el destino me coloca delante de un hombre con el arma homicida en la mano, lo

juro por la memoria de mis padres, siempre he preferido morir á matar, y he expuesto generosamente el pecho ante el peligro, sin cuidarme gran cosa de evitarlo. Pero indudablemente una fuerza superior á mi voluntad guía mi mano, y siempre veo caer sin vida á mi contrario. Sólo la primera vez que me batí tuve deseos de salir vencedor; era casi un niño, y la vanidad, el amor propio, me cegaban. Entonces tuve la desgracia de matar á un íntimo amigo, á un compañero de colegio. ¡Pobre Arturo! Y sobre todo, ¡pobre madre aquélla, en cuyos ojos no se secaron las lágrimas hasta que el dolor la condujo al sepulcro!

El conde se detuvo. Bastaba ver su rostro, oir el timbre de su voz, para comprender el estado de su espíritu. Amparo le escuchaba interesada y sin atreverse á interrumpirle.

El conde repuso, cambiando de entonación:

—En verdad que soy un hombre ridículo. He venido á despedirme de usted, y la estoy refiriendo historias que sólo pueden abatirla; pero hay días en que se apodera de mí una tristeza tan tenaz, que no sé hablar de otra cosa que de mi vida pasada, ó lo que es lo mismo, de mis remordimientos, porque los siento, Amparo; y mi suerte es doblemente desgraciada porque no tengo una persona que, siendo depositaria de mis amarguras, me consuele con sus consejos.

—Fernando,—exclamó la joven verdaderamente conmovida, temiendo que la desesperación fuera el término de la melancolía del conde;—Fernando, si cree usted que yo puedo ser esa amiga, á pesar de mi poca experiencia de mundo, no me oculte usted nada y hónreme con su confianza.

—Usted, Amparo,—añadió el conde con vehemencia,—puede ser para mí el ángel salvador que me arranque del antro oscuro en que me revuelvo, conduciéndome al reino de la luz y de la felicidad; porque yo, errante viajero que vaga solo por el mundo, necesito un alma sensible que me comprenda, un corazón bondadoso que lata con el mío y que me compadezca. ¿De qué me sirve la juventud y la riqueza? Yo necesito amar y ser amado. El bullicio del mundo no basta á distraer la tenacidad de mi pensamiento, la soledad de mi alma. Para olvidar el pasado necesito que comience para mí una vida nueva; es indispensable regenerar mi corazón, porque usted no puede pensarse con qué tenacidad me persigue el infortunio. Un año después de mi desgraciado lance con Arturo, á quien dí la muerte, me hallaba en Italia, precisamente en Florencia, en el palacio de los Médicis, enfrente del grupo de Niove, en donde vi á usted por primera vez...

El conde se detuvo, hizo un brusco movimiento con la cabeza, y continuó:

—Sólo un niño ó un loco sería capaz de entablar semejante conversación; tal vez sea yo lo uno y lo otro. Dispense usted, Amparo, y perdóneme todas las necedades que he cometido esta noche; pero parto mañana, tal vez no volveremos á vernos nunca, porque, ya lo he dicho, desventurado viajero, recorro el mundo buscando un alma que me comprenda, que se funda en la mía y que me dé parte de su paz, de su tranquilidad, de su savia. Al ver á usted, me dije: «He aquí el ángel que codicio.» Pero me creo indigno de merecerlo; y ya que el secreto de mi corazón asomó á mis labios; puesto que aunque quisiera ocultarlo, usted habrá comprendido que la amo, sólo me resta suplicarla que no me guarde rencor por tanto atrevimiento, y que me permita antes de partir estrecharle la mano de amiga.

Si Amparo no hubiera sentido verdadera simpatía por el conde, si no se hubiera hallado dispuesta á amarle, indudablemente le hubiese parecido la declaración que acababa de hacerle tan rara como incoherente.

Mas Amparo amaba al conde, y no se engañaba al pensar que era amada por él. Por eso, aturdida, trémula, con la voz insegura y la mirada fija en el suelo, tendió una mano á Fernando y dijo:

—Pues bien, Fernando: si usted cree que de-

pende de mí su felicidad, confíe usted á mi padre cuando venga su secreto, y partamos todos juntos para España.

El conde lanzó un grito, cogió la mano que le ofrecía Amparo, y la cubrió de besos.

. . . .

Aquella misma noche el conde de Loreto pidió á don Ventura la mano de su hija.

El honrado millonario apenas pudo ocultar la alegría que semejante petición le causaba. ¡Era para él tan agradable oir llamar á Amparo señora condesa!... Debilidad por cierto muy admisible en un hombre de las condiciones de don Ventura.

A pesar de esto, no se precipitó; oyó con aparente calma la petición, y otorgó su consentimiento, salvando la opinión de su hija.

Cuando salió el conde, don Ventura entró en el gabinete de Amparo.

—Vengo á darte una noticia sorprendente, inesperada, tal vez agradable.

—¿Qué ocurre, papá?

—Que el conde se marcha á España.

—Lo sé.

—¿Cómo que lo sabes? ¿Y quién te lo ha dicho?

—Él mismo.

—Pero ¿sabes que se quiere ir mañana, si es posible?

—Sí.

—¿Y sabes que me ha pedido tu mano?

—Lo esperaba también, padre mío,—añadió sonriéndose Amparo.

—¿Luego me habéis hecho traición?

—Que tú perdonarás, pues eres muy generoso.

—¿Es posible que todos los padres sean tontos?

—Tontos á los que es preciso querer con toda el alma, con todo el corazón.

—Zalamerías y nada más. Pero sepamos qué debo contestarle.

—Contéstale que sí; es lo más lógico.

—Esto me huele á matrimonio.

—Que se celebrará en Madrid.

—Por supuesto. ¿Quién se casa en Francia teniendo su residencia en España?

—Con que ya lo sabes; cuando el conde te reclame una respuesta definitiva, dale el *como se pide*, y asunto concluído.

—Pues mira, Amparo, ahora que ya se puede decir que eres la prometida esposa del conde de Loreto, voy á confiarte una cosa. En Florencia sospeché que tú y Ernesto os amábais; pero más vale así: me había engañado, de lo que me alegro mucho; porque, hija mía, en estos tiempos es más aceptable para marido un conde rico que un artista pobre. Ernesto pinta muy bien, pero no tiene una peseta.

Amparo, al recordarle á Ernesto, se conmovió; pero la emoción fué pasajera, como el ave que cruza por encima de nuestra cabeza para no volver más.

Dos días después, un coche de primera clase conducía á España con la velocidad de la locomotora á nuestros conocidos: era el 28 de Junio.

CAPÍTULO XIII.

Los tres amigos.

Dos meses después de los últimos acontecimientos que acabamos de narrar, es decir, el día primero de Setiembre á las seis de la mañana, dos jóvenes se paseaban por el andén de la estación del Mediodía, esperando el tren-correo de Alicante.

—De seguro,—decía uno de ellos,—Ernesto trae un gran cuadro.

—Yo le he adjudicado el primer premio sin conocer el lienzo.

—Tiene un gran talento.

—Sí; pero según he podido traslucir en su última carta, está enamorado.

—El amor allana muchas veces el camino.

—Cuando no lo llena de abrojos y dificultades.

—Eso consiste en la mujer que lo inspira.

—Dices bien; ella hace del hombre un héroe ó un tonto, pero casi siempre lo segundo.

—No te concedo voto en esta materia.

—¡Cómo! ¿Me colocas fuera de las leyes del sentido común?

—Sí, porque eres un exagerado y odias al sexo débil.

—Tengo motivos para ello. He procurado estudiar la mujer, y estoy convencido de que para ellas lo más importante en el hombre es la exterioridad. Una corbata bien puesta, una brillante y ceñida bota de charol; en una palabra, un pollo almidonado y esclavo de la moda, que huela á raíz de lirio y se ponga mucha bandolina en el pelo, tiene probabilidades de ser amado; mientras un hombre de verdadero mérito, que cuide más de su inteligencia que de su traje, queda siempre derrotado en cuestiones de amor. La historia nos presenta millares de ejemplos: todos los grandes hombres que honraron el mundo no tuvieron la quinta parte de las aventuras amorosas de Lovelace, cuyo arte se reducía á poner los ojos tiernos y llevar magníficas hebillas de plata en los zapatos.

—Ovidio fué amado por una princesa.

—Que se burló de él al verle en una mazmorra.

—El Tasso fué querido de una gran dama.

—Que no le mandó ni un mal cabo de vela cuando por ella se hallaba en un calabozo escribiendo *La Jerusalén libertada*. Pero tú me sacas dos ejemplos. Mira, querido Andrés: César fué el primer hombre de su época, la gran figura de Roma, y sin embargo, su mujer Pompeya prefería al imberbe mozalbete Publio Clodio, que se vestía de mujer para poner al conquistador del mundo una corona que no era por cierto de laurel. ¡Pobre César! Como era calvo, su cabeza se hallaba siempre amenazada.

Los que así mataban el tiempo esperando el tren-correo, eran un poeta á quien conoceremos con el nombre de Marcial, y un pintor que se llamaba Andrés, ambos íntimos amigos de Ernesto, y á quienes éste había remitido un telegrama desde Alicante participándoles su llegada.

Marcial y Andrés vivían juntos en un sotabanco de la calle del Prado, tenían un criado para los dos y comían en el café Suizo.

El único patrimonio de Marcial era la pluma: la fortuna de Andrés, los pinceles. Pero como los dos amigos habían pasado ese puente fatal que se halla á la conclusión de la vida bohemia, Marcial con sus dramas y Andrés con sus cuadros ganaban lo suficiente para vivir bien y ser más de una vez la Providencia de algunos compañeros.

Pero continuemos en la estación, que tiempo llegará en que visitemos el sotabanco de la calle del Prado.

El agudo silbido de la locomotora anunció á los dos amigos que el tren entraba en las agujas; dejaron, pues, la discusión, y se dispusieron á abrazar á Ernesto.

Y efectivamente, llegó el tren, y con él Ernesto, que se arrojó en brazos de sus amigos.

—Chico, después de la alegría que me causa estrecharte contra mi pecho, comienzo por decirte que te encuentro muy desmejorado,—dijo Marcial.

—Efectivamente, estabas mejor cuando partiste de Madrid,—añadió Andrés.—Roma sigue siendo una ciudad enfermiza.

—Pues estoy bueno, completamente bueno, y con un apetito devorador,—contestó Ernesto;—pero cuando se cruza de Roma á Civita-Vecchia, de Civita-Vecchia á Marsella, de Marsella á Alicante y de Alicante á Madrid sin descansar ni una noche, y además tiene uno la debilidad de marearse en el mar, creo que no puede exigírsele á un cuerpo como el mio, delgado y enfermo de suyo, que se presente ante sus amigos con los mofletes y el abdomen de Sancho el Craso.

—Pero ¿por qué no hiciste el viaje por París?

—Tenía prisa de llegar á Madrid, y temí de-

tenerme en la capital del vecino imperio más de lo regular. Ya sabes que pronto se cierra el plazo para la presentación de cuadros; llego, pues, á tiempo. ¿Me habéis buscado una casa donde vivir?

—Tienes la nuestra. Nos hemos establecido Andrés y yo.

—¿Tengo habitación?

—Vivirás como un príncipe destronado; no te apures.

—Pues conducidme donde queráis.

—¿Y tu equipaje?

—Se reduce á una maleta, dos cajònes de cuadros, y el lienzo grande que voy á exponer, que viene arrollado á un cilindro de madera. Aquí está el talón.

—Dámelo. Pepe se encargará de todo; es un muchacho muy listo.

Los tres amigos salieron de la estación, entregaron á Pepe, que era el criado, el talón, y subieron en un coche.

Para llegar al sotabanco de los jóvenes artistas era preciso subir noventa y seis escalones; remedio más eficaz para los enfermos del pecho que la tan anunciada revalenta arábiga con sus setenta y dos mil curaciones.

Una vez vencida la dificultad de los noventa y seis escalones, el sotabanco ocupado por el pintor y el poeta era alegre como una mañana del

mes de Mayo. Allí se respiraba aire puro, desde allí parecía el cielo más azul, y la vista se gozaba contemplando las copas de los robustos árboles del Retiro y del Prado.

Andrés había hecho de la sala su estudio, y tenía esta pieza todo el desorden encantador del genio.

Marcial se había reservado el gabinete para su despacho. Quedaba además un comedor bastante grande, otra sala, dos cuartos y la cocina.

La segunda sala se hallaba dispuesta con muebles alquilados para recibir á Ernesto.

Debemos advertir que era uno de esos sotabancos *decentes* que tienen chimeneas por todas partes y que rentan á sus propietarios ocho mil reales al año.

Cuando los tres amigos se instalaron en la sala que servía de estudio á Andrés, éste dijo:

—Aquí tienes nuestro palacio, que desde hoy será tuyo también, si es que quieres vivir con nosotros.

—¡Ya lo creo! Admito una parte de vuestra casa, pues veo que tiene un gran estudio y admirables luces para trabajar.

—Lo que me prueba que vienes muy dispuesto á esgrimir los pinceles.

—Chico, ya sabes que ellos son mi único patrimonio.

—Querido Ernesto, por desgracia, en España la pintura produce poco.

—Ya lo sé; pero trabajando mucho, espero no morirme de hambre.

—¡Morirte de hambre entrando en nuestra sociedad!—exclamó Marcial.—Eso no es fácil; aquí los bienes son comunes, y de ese modo nunca nos falta nada. Además, tu cuadro será premiado; tú serás rico, yo te lo aseguro.

—No me fío mucho de promesas de poeta.

—El tiempo te convencerá de que estás en un error. Pero hablemos de otra cosa. ¿Cómo te ha ido en Roma?

—Bien, como siempre. Roma es mi patria.

—Sí, es la patria de los artistas. Con franqueza: ¿has tenido el mal gusto de enamorarte?

—Querido Marcial, el amor no es otra cosa que una contribución que todos pagamos, tarde ó temprano.

—Enhorabuena. Yo procuraré pagarla lo más tarde posible. Pero con los derechos que me concede la amistad, permíteme que continúe interrogándote.

—Pregunta todo cuanto quieras.

—¿Amas?

—Creo que sí.

—Entendámonos. ¿Cuántos grados alcanza tu amor?

—Muchos,—contestó Ernesto sonriendo.

—¿Y quién es ella?

—Si me lo permitís, guardaré el secreto.

—No tengo inconveniente; pero sin nombrarme á la prójima, creo que puedes darnos algunos pormenores.

—Eso ya es distinto.

—¿Es joven?

—Veinte años.

—¿Hermosa?

—Como el más bello sueño de un pintor.

—Me alegro, porque el arte debe ser hermano de la belleza. ¿Es rica?

—Sí, por mi desgracia.

—¡Diablo! Eso no me lo explico.

—Digo por mi desgracia, porque si fuera pobre como yo, ya sería mi esposa.

—¿Tan enamorado estás?

—¿Para qué negarlo? Yo no tengo secretos para vosotros, que sois los hermanos de mi corazón: la amo con toda el alma.

—De modo que cuando termine la Exposición regresarás á Roma.

—Es que la señora de mis pensamientos se halla en Madrid.

—¡Ah Eso es distinto; del mal en menos. Espero que nos la enseñes cuando el secreto de tu amor no lo sea.

—Os lo ofrezco tan pronto como alcance el consentimiento de su padre. Por ahora quiero pediros un pedazo de cama en donde echar mis huesos algunas horas, pues vengo molido.

—Nada más justo. Ven, te acompañaremos á la habitación que tienes preparada; pero no te permitimos dormir más que hasta las doce, porque á la una estamos citados para almorzar con unos amigos.

—Despertadme cuando gustéis.

Un cuarto de hora después Ernesto dormía, dulcemente arrullado por el aura de la gloria y el soplo del amor.

¡Pobre Ernesto! ¡Cuán lejos se hallaba de imaginar la veleidad de aquella criatura á quien había entregado el alma en un solo beso!

CAPÍTULO XIV.

Curiosidad no satisfecha.

Mientras Ernesto dormía, sus amigos colocaron convenientemente el lienzo que el pintor había traído de Roma.

—¡Magnífico!—exclamó Marcial viéndole extendido ante sus ojos.—Creo que no habrá nada mejor que esto en la Exposición.

—Es una gran obra,—añadió Andrés contemplando el cuadro con los ojos del inteligente.—Ernesto se lleva el primer premio.

—Pero ¡calla! Yo he visto esa cabeza de mujer en alguna parte,—repuso el poeta fijándose en uno de los tipos del primer término, que representaba á la reina Esther.

—Yo también,—añadió el pintor.

—Busquemos en dónde.

Y casi antes de acabar, Marcial se dió una palmada en la frente, y exclamó:

—¡Toma, ya lo creo! Esa cabeza no es otra que la de una joven encantadora que conozco, que vive en Madrid. Es la hija del millonario don Ventura de Aguilar.

—¡Ah, sí! Aquel señor que suele venir al Suizo, tan amigo de los artistas.

—El mismo.

—¿Y qué se ha hecho ese señor?

—No le he visto desde el invierno pasado. Debe estar viajando.

—Ocupación de rico durante el verano.

—¿Sabes que viendo este magnífico retrato, me asalta una sospecha?

—¿Cuál?

—Que sea la linda Amparo el amor de Ernesto.

—Creo que tienes razón en sospecharlo, puesto que no hace mucho nos ha dicho que era rica.

—Decididamente hemos descubierto la incógnita: tenemos talento.

—Siendo así, creo que Ernesto debe estrechar lo más pronto posible el nudo gordiano.

—¡Jamás! Un artista de genio, un hombre de talento, debe ser soltero toda su vida: el matrimonio es un obstáculo para la gloria.

—De todos modos, el cuadro es admirable.

—Y debemos confesar que Ernesto será una gloria nacional.

—La obra producirá un efecto grandioso; yo no esperaba menos de su autor.

—Si Ernesto encontrara un Cosme de Médicis, su fortuna estaba hecha.

—Desgraciadamente, aquellos tiempos pasaron para los pintores.

—Sí, dices bien. Daguerre ha mandado á San Bernardino á Apeles.

A las once llegaron tres amigos de Ernesto, pintores también, que estaban convidados á almorzar por Marcial y Andrés.

Ernesto seguía durmiendo, sueño que se respetó durante media hora que pasaron entretenidos en contemplar el cuadro.

Por fin se decidieron á despertar al viajero, y Ernesto dejó la cama entre los aplausos, las felicitaciones y los abrazos de sus amigos.

Todo sonreía en derredor de Ernesto, y allá en el fondo de su alma se decía:

—Hoy seré de mis amigos; mañana... ¡oh! mañana iré á verla á su palacio de Carabanchel.

Ernesto ignoraba que Amparo había muerto para él.

Los seis amigos se trasladaron al *restaurant* del Armiño, donde se había encargado el almuerzo.

Los poetas y los pintores son tan pobres de fortuna como ricos de imaginación. Cuando la venta de un cuadro ó el estreno de un drama les proporciona algún puñado de oro, lo gastan alegremente con el mismo desprendimiento que los príncipes. Al concluirse el último céntimo, se esprime la inteligencia y se crea otra obra. Así pasan la vida esos soñadores, esos hijos del genio que viven halagados por el soplo vano de la gloria y la interminable melodía de sus ilusiones.

El *restaurant* del Armiño hoy no existe; hace poco cerró sus puertas, convirtiéndose en el de *Madrid*. Pero de todos modos, vamos á ocuparnos ligeramente del primero.

El Armiño tenía en su pequeño y elegante recinto prohibida la entrada á los pobres y á los económicos. Se comía *á la carta*, y los platos eran caros, pero buenos.

Los parroquianos sabían que un ligero almuerzo les costaba un par de duros; pero sabían también que era preciso pagar, no sólo los manjares que depositaban en sus estómagos, sino las corbatas blancas de los camareros y el servicio de plata en que les presentaban las viandas.

En una gran ciudad como Madrid se tiene la mala costumbre de tirar el oro por una parte, mientras por la otra algunos desgraciados se mueren de hambre.

Marcial había encargado el almuerzo. Aquel día el estómago de sus amigos se hallaba á su disposición. Escribió en un papel los cuatro platos fuertes de que debía componerse, dejando á gusto del jefe del *restaurant* los postres y los vinos.

Los seis jóvenes, alegres y llenos de ilusiones, tenían buen apetito; comieron como el que no siente remordimientos de conciencia; se habló de pintura, de teatros y de mujeres.

Ernesto escuchaba con cierta satisfacción á sus amigos; hablaba menos que todos, sin duda porque, más que todos, tenía preocupada la imaginación.

Cuando llegó el Champagne, el vino de la alegría, del estrépito; cuando comenzaron los brindis y los epigramas picantes, Marcial se levantó con la copa en la mano, y dijo:

—Brindo por el original que sirvió de modelo á nuestro amigo para pintar la hermosa figura de Esther en el cuadro que será la admiración de Madrid.

Todos vaciaron las copas.

—¿Y si esa figura que tanto celebras fuera una creación de mi mente?—preguntó Ernesto sonriendo.

—Entonces,—contestó Marcial maliciosamente,—brindo por las bellas creaciones de tu genio;

y si alguna vez tengo el mal pensamiento de casarme, te pediré antes que me pintes una mujer á tu gusto, y juro no estrechar el sagrado lazo hasta que encuentre otra de carne y hueso igual á tu retrato. Pero ¡qué quieres! yo creo que he visto á tu Esther con traje á la moderna.

—Creo que estás en un error,—contestó Ernesto algo aturdido.

—Señores,—dijo Andrés levantándose,—yo, en nombre de la fraternal amistad que nos une, pido que se respete el silencio de nuestro amigo.

—Pues yo, por el contrario, pido que nos cuente todos sus secretos,—exclamó uno de los convidados.—Entre amigos como nosotros todo es común, hasta los secretos del corazón.

—Tiene razón éste. Ernesto no debe ser avaro de sus secretos, ya que no lo ha sido nunca de su bolsa.

—¡Que hable!

—Que nos cuente lo que ha hecho en Roma desde el día que puso los piés en la Ciudad Eterna, hasta aquel en que salió para traernos el mejor cuadro que verán los contemporáneos.

—¡Sí, que nos cuente la historia de sus amores!

—¡Basta, señores!—exclamó Ernesto extendiendo los brazos para restablecer el orden.—¿De dónde diablos sacáis que yo estoy enamorado?

—Marcial lo ha dicho.

—Eso es una calumnia.

—Te podemos probar lo contrario.

—¿De qué manera?

—¡Toma! Presentándote el original de tu Esther.

Ernesto se estremeció.

—En ese caso, sólo podría atribuirse á una casualidad,—dijo algo inquieto.

—La amistad no debe ser exigente,—dijo Andrés, que deseaba librar á su amigo de aquellos ataques.—Puesto que Ernesto calla, respetemos su silencio y tomemos café.

—Sí, sí; tomemos café,—añadió Marcial,—y con poco azúcar, para que se os despeje un poco la cabeza, disipando los vapores del vino.

—Eso es un insulto; nos llama borrachos.

—Puede que tenga razón,—dijo otro.—Después de todo, el borracho es un sér feliz.

—¿Qué sería de los hombres si no existiera el vino?

—Una sociedad de padres graves.

—Un vasto cementerio.

—¡Viva el vino!

—¡Y los hombres despreocupados, á quienes no importa un comino emborracharse!

—¡Viva Inglaterra, donde la borrachera es respetada!

—¡Y está á la orden del día!

—¡Ah! Los españoles somos unos hipócritas: criticamos á los borrachos y bebemos vino.

Desde este momento la conversación de los seis jóvenes fué tan animada, tan chispeante, que nos sería difícil trasladarla al papel.

Cuentos, anécdotas, chismografía de la capital, todo salió en derredor de aquella mesa, donde humeaba el digestivo moka y el estomacal coñac.

A las seis de la tarde abandonaron el *restaurant*, pero dirigiéronse á la Castellana. Necesitaban respirar el aire fresco del campo.

CAPITULO XV.

La carta interrumpida.

Vamos á penetrar en la hermosa quinta que don Ventura poseía en Carabanchel de Arriba; pero no en las elegantes y lujosas habitaciones, puesto que Amparo, que es á quien buscamos, se halla en un cenador situado al extremo de una recta y ancha calle formada por altos y copudos castaños de la India.

Para que el lector se entere de todo lo ocurrido desde que perdió de vista á la linda heredera de don Ventura, le bastará tomarse la molestia de leer la carta que Amparo escribe á una íntima amiga y compañera de colegio.

Leamos, pues.

«Mi querida Luisa: Desde el día de mi casamiento con el conde de Loreto, es decir, hace un

mes, ni tú sabes qué ha sido de mí, ni yo sé nada de tí. Ahora que mi esposo me deja, pues algunos negocios le detendrán todo el día en Madrid, voy á darte cuenta de mi vida.

»Te escribo oyendo el canto de los pájaros sobre mi cabeza, y aspirando el perfume del jazmín y la madreselva. Mi alma necesita esta dulce quietud que me rodea, para poderte expresar toda la inmensa felicidad que siente.

»¡Ah! Luisa, ya sé que tú amas á un hombre, y que eres igualmente amada por él. ¿Por qué no os casáis? ¿Por qué no os trasladáis al campo?

»Yo ignoraba que en el corazón de la criatura el amor infundiera una dicha tan inefable como la que experimento. Bien es verdad que Fernando, mi esposo, es el mejor de los hombres.

»¡Ah! ¡Si vieras qué fino, qué amable, qué obsequioso está siempre conmigo! Yo soy, por decirlo así, el rey absoluto de este pequeño paraíso. Mi padre se ríe de lo que él llama caprichos de niña mimada, y Fernando los aprueba inmediatamente, teniendo por lógico y natural hasta lo más extraño y escéntrico.

»Muchas veces me pregunto si esta felicidad será muy duradera. Pero ¿por qué no ha de serlo? Cuando el amor es verdadero dura tanto como la vida. ¿Qué digo? Más que la vida, pues acompaña el alma á la eternidad.

»Pero voy á hablarte de Fernando, á quien sólo conoces superficialmente. Figúrate, querida Luisa, un joven hermoso con un corazón de ángel, á quien los genios de la música y de la pintura hicieron una caricia en la cuna, puesto que Fernando es músico y pintor.

»Toca el armonium de un modo admirable, y dibuja casi tan bien como Gustavo Doré, cuyos lindos dibujos conoces.

»Añade á esto una bondad siempre dispuesta á complacerme, y podrás imaginarte quién será el hombre que me ha cabido en suerte para compañero de toda mi vida.

»Además, Fernando tiene una conversación que fascina. Cuando por las noches nos paseamos por el jardín cogidos del brazo, me deleita escuchar los planes que tiene formados para que mi felicidad sea más duradera.

»¡Si vieras qué viajes tan encantadores proyecta para la primavera inmediata!...»

Aquí llegaba la carta, cuando Amparo oyó pronunciar su nombre; levantó la cabeza, y no pudo contener un grito.

Tenia delante á su padre y á Ernesto.

Don Ventura, alegre y risueño como siempre; el pintor, pálido como un cadáver.

Amparo, al verle, dejó caer la pluma de la mano, exclamando:

—¡Ah! ¿Es usted, Ernesto?

—Sí, el mismo,—respondió don Ventura, colocando una mano familiarmente en la espalda del pintor.—Te has sorprendido, ¿no es verdad? Pues mira, á mí me ha sucedido lo mismo; y eso que yo le esperaba de un día á otro, pues á mediados de mes deben abrirse las puertas de la Exposición.

Durante este corto diálogo, Ernesto guardó silencio. Sus ojos se hallaban fijos en Amparo; sus labios entreabiertos dejaban asomar una sonrisa tan amarga como dolorosa.

Amparo, por su parte, parecía turbada, violenta. La presencia inesperada de Ernesto le había causado un efecto desagradable. En los ojos de aquel hombre hallaba la amenazadora mirada del amante ofendido.

Aquel hombre era para ella una terrible reconvención, un vivo remordimiento. Hubiera deseado hallarse á cien leguas de él.

—Sin duda hemos venido á molestar á esta señorita,—dijo Ernesto, procurando dominarse.

—Nada de eso, Ernesto: estaba escribiendo á una compañera de colegio, y tengo tiempo. Hasta la noche no sale el correo.

—Además,—añadió el bueno de don Ventura,—usted no es una visita inoportuna para nosotros, sino un buen amigo á quien tratamos con

el mayor gusto y recibimos siempre con placer. No haciéndolo así, cometeríamos una ingratitud. ¡Oh! Eso de ninguna manera. No se olvidan tan fácilmente nuestras excursiones por Roma y Florencia.

Inocentemente don Ventura hirió en lo más vivo el corazón de su hija.

—Supongo, Ernesto, que habrá usted concluído el primoroso cuadro que vimos comenzado en Roma,—preguntó Amparo.

—Sí, está concluído, y pienso pasado mañana pedir un sitio para él en la próxima Exposición.

—Donde iremos á admirarle y á enorgullecernos, pues somos amigos del pintor,—añadió don Ventura.

—¿Quién lo duda?

—Pero dime: ¿dónde está tu marido? Quisiera presentarle á Ernesto.

—Fernando se fué esta mañana á Madrid, y no volverá hasta la caída de la tarde.

—Lo siento; pero todo puede realizarse quedándose Ernesto á almorzar con nosotros.

Decididamente don Ventura se había propuesto atormentar á su hija.

Ernesto comprendió que Amparo deseaba verse libre de su presencia; pero la noticia inesperada de su casamiento le había causado tan terrible efecto, que aceptó el almuerzo con que le

brindaba don Ventura, sólo por el placer de atormentar á aquella coqueta que había jugado con su corazón hasta hacerle pedazos.

El almuerzo iba á ser igualmente terrible para los dos; pero Ernesto, devorado por los celos, por la rabia, por la desesperación, estaba dispuesto á sufrirlo todo.

Aceptado el convite, don Ventura, que no sabía estarse quieto en ninguna parte, tuvo otra oportunidad más lamentable para su hija que las anteriores.

—Pues que Ernesto es de casa y se queda á almorzar, voy á dar las órdenes correspondientes y á escribir dos cartas; podéis paseaos por el jardín; yo os vendré á buscar luego.

Y diciendo esto, se dirigió hácia la casa precipitadamente.

En aquel instante Ernesto hubiera dado á don Ventura su vida, y hasta su gloria; tenia necesidad de hablar á Amparo sin testigos, de oir una explicación de su conducta; y además, continuar el fingimiento, el disimulo, le hubiera sido imposible.

Cuando en un pecho joven y apasionado se levanta esa terrible tempestad de los celos, es difícil dominarla: llega un momento en que, olvidándose de los deberes sociales, estalla y produce el conflicto.

Ernesto, al verse solo, suspiró con fuerza.

Amparo, comprendiendo su situación y conociendo el generoso corazón de Ernesto, juntó en ademán suplicante las manos, dejó asomar á sus ojos dos claras y trasparentes lágrimas, y con voz conmovida exclamó:

—Por la memoria de su madre, por el recuerdo de aquellas noches imprudentes de Florencia, yo ruego á usted, Ernesto, que lo olvide todo y que me perdone.

El pintor fijó una mirada intensa, sombría, en aquella mujer que nunca le había parecido más bella, y dominándose, pero estremeciéndose al mismo tiempo, como si fuera á acometerle un ataque nervioso, dijo:

—Perdonar puede ser fácil: basta para ello tener un corazón grande y generoso; olvidar es imposible, señora, cuando se tiene un alma como la mía, cuando se siente en la boca el fuego de un beso que ha de causar mi desgracia y mi muerte.

Y llevándose la mano á la frente con ademán desesperado, exclamó:

—¡Pero esto debe ser un sueño! ¡Es imposible que esto sea una realidad! ¿Qué daño he causado yo á esta mujer, para que después de enseñarme el cielo, me hunda de pronto en el abismo de la desesperación?

—¡Ernesto, Ernesto, por piedad! Conozco que he sido una imprudente, que soy culpable, si usted quiere...

—Señora,—exclamó Ernesto con dignidad,—hay procederes que no podría explicar satisfactoriamente toda la elocuencia de Cicerón. Lo que usted ha hecho no puede explicarse; y si yo, viéndome burlado, tomara venganza; si yo en en este instante, que la vida me es indiferente, cometiera uno de esos crímenes á que lanza la desesperación á los hombres, sería más disculpable aún ante los mismos hombres que usted ante su conciencia.

—¡Es verdad! ¡es verdad!—murmuró Amparo, cubriéndose el rostro con las manos.—Puede usted matarme si le place.

—Nada tema usted, señora; tengo bastante valor para recibir la muerte sin defenderme. Hasta hace muy poco, la esperanza, esa bella flor de la vida que lo embellece todo, ese grato perfume del alma, acarició mi corazón; porque la luz de unos ojos que en otro tiempo se habían fijado en los míos con ternura, iluminaba todo mi sér; pero ahora, de repente me encuentro sumido en la más profunda oscuridad. Todo fué un sueño, todo una mentira; usted no me amó nunca; las noches de Florencia fueron momentos pasajeros de delirio, entretenimientos de una mujer

coqueta, limosnas concedidas á unos labios lisonjeros, falso oropel que yo tuve la necedad de tomar por oro puro; y mientras recibía un beso compuesto de un poco de aire, daba mi alma entera. ¡Ah! ¡Qué insensato fuí! ¡Oh! Si al menos hubiera usted tenido compasión de mí, si se hubiera dignado escribirme una carta diciéndome: «Ernesto, olvide usted todo lo que ha pasado entre nosotros; voy á casarme con el conde de Loreto; mi padre lo exige; es un compromiso del que no puedo evadirme...» una excusa cualquiera, una mentira al menos, porque hay mentiras que son dispensables porque producen un bien... Pero no; usted, por el contrario, ha guardado silencio, y mientras tanto yo seguía alimentando mis ilusiones; hoy llego á esta casa con el alma henchida de amor y de esperanza, y su padre de usted me dice, con la misma frialdad é indiferencia que si me hablara de uno de sus negocios: «Amparo se ha casado con el conde de Loreto.» ¿Comprende usted, señora, el efecto que me habrá producido esta noticia? Las palabras no matan, puesto que yo vivo todavía.

Amparo lloraba. Sólo entonces comprendía la gravedad de su imprudencia. El conde de Loreto la había fascinado: desde el día de las carreras de París le amaba con toda su alma; pero si antes de casarse hubiera escuchado las justas re-

convenciones que le dirigía Ernesto, no habría pronunciado el *sí* de esposa á los piés del altar.

Pero la coquetería, ese arma terrible de la mujer cuando la esgrime sobre un pecho enamorado y sensible, daba sus terribles frutos; y además, era tarde para retroceder.

Por eso Amparo no encontraba palabras con que defenderse; bien es verdad que siendo buena y amando como amaba no tenía disculpa decorosa.

En estos casos, la mujer tiene dos caminos: ó reirse del amante burlado, ó acudir á su generosidad y pedirle perdón. Amparo ni siquiera por sueños pensó en lo primero; conocía la fuerza del amor de Ernesto y la bondad de su corazón; por eso apeló al segundo recurso, y levantando la frente, presentando ante los ojos del joven pintor su rostro interesante, hermoso y pálido, y derramando lágrimas, dijo:

—Pues bien, sí, Ernesto; he sido una coqueta, una imprudente, una mujer ligera. Mi proceder no tiene disculpa; pero amo á mi marido, y preferiría cien veces la muerte á faltar á lo que mi honra y mis deberes de esposa me imponen. Si usted no es bastante generoso para perdonarme, máteme usted, porque antes que Fernando conciba la menor sospecha, antes que la más ligera nube empañe su felicidad, prefiero morir. Pero usted es bueno y se apiadará de mí.

Ernesto comenzaba á sentirse enternecido; amaba tanto á aquella mujer, que no se sentía con valor para negarle nada. Amparo se aprovechó de las ventajas que iba consiguiendo.

—Seamos, pues, amigos, como los primeros días que nos conocimos; hermanos, si usted quiere; pero perdón y olvido... no será usted tan cruel que me lo niegue.

—Amparo, usted no puede imaginarse el doloroso sacrificio que me pide; pero hace usted bien en confiar. ¡Cómo he de ser causa de la desgracia de la mujer que amo con toda mi alma! Yo perdono á usted todo el daño que me ha hecho; pero olvidar... ¡imposible! Para amar no es preciso ser correspondido. Mas ¿á qué prolongar por más tiempo una escena que me destroza el corazón? Adiós, señora; viva usted feliz, viva usted tranquila; entre los dos se ha abierto desde hoy un abismo en cuyo fondo se hallan sepultadas todas mis ilusiones, toda mi felicidad.

Y Ernesto salió del cenador como el demente que arrebatado por el vértigo de su enfermo cerebro, ni él mismo sabe adónde le conducen sus piés.

El primer movimiento de Amparo fué detenerle; pero se contuvo, calculando que iba á cometer una segunda imprudencia, y de más graves consecuencias que la primera.

Una vez sola, procuró serenarse.

—¡Pobre Ernesto!—se dijo enjugándose las lágrimas.—Jamás hubiera creído que fuera tan profundo su amor. ¡Ah! ¡Cuánta razón tendrá para odiarme! Ha sido una imprudencia.

Y acordándose de que una sola palabra de Ernesto podía turbar su felicidad, exclamó:

—¡Dios mío, haz que ese hombre no se vea asaltado nunca por la terrible pasión de la venganza!

Amparo fijó entonces los ojos en la carta que escribía tan alegre pocos momentos antes á su amiga, y no teniendo valor ni tranquilidad en aquel momento para concluirla, la guardó en la cartera de su escritorio de viaje.

Cuando volvió su padre, Amparo estaba casi tranquila, ó al menos supo fingirlo bastante bien para que no sospechara nada de la escena que había tenido lugar en aquel sitio.

—¿Dónde está Ernesto?—preguntó don Ventura.

Rápidamente imaginó Amparo una excusa que motivara la precipitada fuga del pintor.

—Ernesto—dijo—se acaba de marchar.

—Pero ¿volverá á almorzar?

—No: me ha dicho que le dispenses, pues había olvidado que tenía una cita importante en Madrid á las dos de la tarde.

—¡Bah! Todos los hombres de genio tienen la cabeza á pájaros. Pero en fin, ¡qué remedio! almorzaremos solos.

Y ofreciendo el brazo á su hija, se dirigieron ambos hácia la casa.

CAPITULO XVI.

Proposiciones.

Ernesto llegó á su casa y se dejó caer desesperadamente en la cama; sentía una fatiga de muerte, unos deseos de llorar irresistibles, un calor inmenso en las sienes, y un frío glacial en el corazón.

Hundió la cabeza en las almohadas y lloró.

A las cinco de la tarde Marcial y Andrés fueron á buscarle para ir á comer, y al verle pálido, con el rostro descompuesto y los ojos enrojecidos, le preguntaron sobresaltados:

—¿Estás enfermo? ¿Qué tienes? ¿Qué te pasa?

—Nada, amigos míos, nada; quiero estar solo. Dejadme; esta tarde no tengo ganas de comer.

—Pues eso es que te encuentras malo, y en ese caso no te abandonamos.

—¡Ah! ¡Por Dios, no me obliguéis á levantarme! Un poco de descanso me sentará bien. Vuelvo á repetiros que no tengo nada: marchaos tranquilos; yo os lo ruego.

Después de media hora de inútiles preguntas, Marcial y Andrés salieron apesadumbrados de la habitación de Ernesto.

—Indudablemente le pasa algo,—dijo el poeta.

—¿Qué diablos le sucederá?—añadió Andrés.

—Me parece que danza en este misterio el original de la hermosa Esther de su cuadro.

—Pienso lo mismo.

—¿No dijo esta mañana que iba á Carabanchel?

—Sí.

—En Carabanchel tiene una casa de campo don Ventura.

—¿Qué le habrá sucedido?

—¡Quién sabe! Tal vez algún desengaño.

—De todos modos, procuraremos averiguarlo; pero es una desgracia tener un corazón impresionable como el de Ernesto: le va á dar muchos disgustos.

Marcial y Andrés se retiraron aquella noche más temprano que de costumbre.

Ernesto permanecía echado: en la habitación no había luz. Marcial se acercó á la cama con un fósforo encendido en la mano, para ver si su amigo dormía.

El joven pintor tenía los ojos abiertos.

El poeta encendió la bujía que se hallaba en la mesa de noche, cogió una silla y se sentó junto á la cabecera de la cama de su amigo.

—Mira, Ernesto, — le dijo: —el disimulo sólo tiene cabida entre personas que no se aprecian. En vano será que procures ocultarme lo que te pasa. Tú sufres, tú tienes una de esas inmensas penas que oprimen el corazón. Basta ver tu semblante para adivinarlo. Ya comprenderás que queriéndote yo como á un hermano, no he de retirarme tranquilo porque me digas: «No tengo nada». Confia, pues, en mi amistad; deposita en mí todas tus amarguras. ¿Quién sabe si podré servirte de algún consuelo?

Ernesto estrechó cariñosamente la mano de su amigo, y repuso:

—Sé lo que me quieres, sé de lo que es capaz tu generoso corazón. Somos amigos desde hace mucho tiempo, y nunca he tenido ni el más leve motivo para dudar de tu amistad. En nombre, pues, de esa amistad que nos profesamos, te ruego que respetes mi silencio y que me dejes solo.

—Está bien; obedeceré tus súplicas; pero no olvides ni un solo instante que me hallo dispuesto á hacer el sacrificio de mi vida, si con ella puedo ahorrarte algún disgusto.

Marcial salió de la habitación de su amigo á tiempo que iba á entrar Andrés.

—¿Dónde vas?—le dijo.

—A ver á Ernesto.

—Déjale, está durmiendo; lo que le conviene es descansar.

Al día siguiente Ernesto se levantó, al parecer más tranquilo, y los tres amigos se desayunaron con una taza de té cada uno y unas cuantas galletas inglesas.

Ni Andrés ni Marcial volvieron á preguntarle la causa de su tristeza; pero ellos se hallaban tristes y disgustados también.

Aquel mismo día quedó colocado el cuadro de Ernesto en la Exposición. Por la noche se reunió con sus amigos en el café. Todos respetaron la taciturnidad del joven pintor, porque todos le querían y se compadecían de su incomprensible tristeza.

Así trascurrieron quince días. La Exposición de pinturas abrió sus puertas al público, y el cuadro de Ernesto arrancó un grito de admiración á los espectadores.

La figura de Esther era una obra tan acabada como la Concepción de Murillo. Siempre tenía el cuadro un grupo de admiradores, que le contemplaba con verdadero éxtasis.

Una mañana Ernesto acababa de levantarse,

cuando José el criado entró á decirle que un caballero deseaba verle.

Este caballero no era otro que Fernando del Villar, conde de Loreto.

Ernesto procuró fingir una serenidad que no sentía, ofreció una silla al conde, y le preguntó tranquilamente qué era lo que deseaba.

—He visto y admirado el precioso cuadro—dijo el conde—que tiene usted en la Exposición de Pinturas. Es una verdadera obra maestra. Tengo la seguridad de que se llevará el primer premio, y vengo á ver si usted quiere vendérmelo.

—Caballero,—contestó Ernesto,—creo que usted concede á mi cuadro más mérito del que tiene; pero de todos modos, no quisiera desprenderme de él hasta tanto que vea lo que resuelve el Jurado.

—Desde ahora puede usted suponer—repuso el conde—que el Jurado adjudicará á usted el primer premio, y bajo esa base compro el cuadro como una obra maestra; es decir, que usted puede pedirme todo cuanto quiera, sin temor de que me parezca exagerado el precio. Afortunadamente soy rico, y sé apreciar el valor de las joyas como el lienzo de Esther.

—Tengo también que advertir á usted, señor conde, que un corresponsal de la casa de Rotschild me ha hecho proposiciones para comprarme el cuadro.

—Rotschild es bastante más rico que yo,—dijo el conde dejando asomar una sonrisa;—pero yo tengo más derecho que él al lienzo que nos ocupa.

—¡Ah! ¿Usted tiene más derecho?—exclamó Ernesto comprendiendo adónde iba á conducir la conversación el conde y deseándolo al mismo tiempo vivamente.

—Sí, pues usted no ignora que la cabeza de la figura de Esther tiene un gran parecido, el parecido de un retrato perfecto, con una mujer á quien yo tengo en mucho, y cuyo buen nombre me importa más que la vida.

—No seré yo el que contradiga la opinión de usted, señor conde; pero si es retrato, será pura casualidad, pues está pintado de imaginación.

—Creo, caballero,—añadió el conde manifestando su impaciencia,—que en estas cosas lo mejor es hablar con entera franqueza.

—Nada me complace tanto.

—Así pues, comenzaré por decirle lo que usted no ignora, y es que la cabeza de Esther no es otra cosa que el retrato de mi esposa, á quien usted conoció en Roma y en Florencia.

—Pues bien, caballero, aunque así sea, aunque yo haya visto y tratado en Roma y Florencia á la señora que hoy es su esposa, aunque mi imaginación haya sido bastante feliz para retener sus facciones y trasladarlas al lienzo, todo ello no

pasa de ser una libertad que me he tomado; y si ofende á usted esa libertad, la cuestión, entre personas bien nacidas, tiene una solución que usted no ignora.

Ernesto había pronunciado las últimas palabras con la altivez del que provoca un lance. El conde las oyó con calma, y sin demostrar la más leve agitación.

Cuando el pintor concluyó, el conde hizo un movimiento de ojos y de rostro, manifestando el disgusto que le causaba semejante provocación.

—Joven,—dijo pausadamente,—ante todo, le prevengo que no he venido aquí en són de guerra, y creo por lo tanto fuera de lugar la solución que usted me propone. ¿Qué conseguiríamos batiéndonos? Precisamente lo contrario de lo que yo deseo y lo que usted deseará mañana. Yo podría probarle, sin que le quedara ningún género de duda, que no soy un cobarde, que he sabido batirme más de una vez.

Ernesto se sonrió.

—Perdono á usted esta nueva provocación,—añadió el conde,—y le vuelvo á rogar, no sólo que me venda el cuadro, sino que extienda la noticia de que yo se lo encargué en Roma, suplicándole que éste fuera el retrato de Amparo.

—¡Jamás!

El conde se estremeció, aumentó de un modo

notable su palidez, sus ojos brillaron momentáneamente de un modo siniestro, y haciendo un esfuerzo violento para dominarse, continuó sin levantar la voz y con humilde entonación:

—Creo, amigo mío, que padece usted un error si piensa que yo he venido aquí con exigencias; lejos de mi ánimo toda idea de amenaza; sólo suplico. Si usted se niega á venderme el cuadro, si usted quiere evitar á mi esposa graves disgustos, creo que por fin accederá á poner un comunicado en los periódicos que explique satisfactoria y decentemente para todos el parecido que tiene la figura de Esther con Amparo.

Y el conde, levantándose, añadió:

—Medítelo usted bien, Ernesto, y piense las graves consecuencias que á todos puede traernos su negativa. Yo espero hasta mañana su contestación en mi casa. Esa tarjeta dará á usted razón de mi domicilio en Madrid.

Y dejando sobre una mesa la tarjeta, saludó y salió de la habitación.

Ernesto permaneció sentado, con la mirada provocativa, sin dignarse contestar al saludo que el conde le dirigió al salir.

CAPITULO XVII.

Confianza.

Cuando el conde entró en el coche que le esperaba á la puerta, dió la orden de que le condujeran á su casa, y se dejó caer en el asiento rugiendo de coraje.

—¡Ah!—exclamó hablando consigo mismo.—Ese insensato habrá creído que tengo miedo. ¡Y no ha conocido el horrible tormento que me causaba contenerme! ¿Tendré que matar á otro hombre? No, no, y mil veces no; antes dejaré que me abofetee, antes me levantaré yo mismo la tapa de los sesos.

Cuando el conde llegó á su casa, situada en la calle del Barquillo, entró en el cuarto-tocador de Amparo, que le esperaba inquieta y conmovida.

—Tu amigo Ernesto—dijo el conde sentán-

dose en un sofá — es menos generoso de lo que suponías; ni quiere venderme el cuadro, ni poner el comunicado que explique decentemente la natural curiosidad de todos los que te conocen.

—Pero él no ha tenido ningún derecho para hacer lo que hizo, para poner mi rostro en un cuadro que pudiera comprometerme, — exclamó Amparo tartamudeando.

El conde se sonrió, y haciendo un movimiento de hombros, añadió:

—¡Oh! Tú no puedes pensarte lo que me hizo sufrir ese hombre. Durante la entrevista que tuvimos, le hablé con dulzura, con humildad, le rogué que me vendiera el cuadro, le supliqué, y creyéndose sin duda que mis palabras eran dictadas por el miedo, que yo era un cobarde, tuvo el atrevimiento de decirme que si no quedaba satisfecho de su negativa, el asunto se arreglaba de otro modo entre hombres. ¡Desgraciado! He necesitado todo el valor, toda la fuerza de voluntad del hombre que no quiere batirse después de haber muerto á cinco hombres, para no abofetearle en su misma casa. Pero ¡quién sabe si ese insensato me hará faltar á mi juramento y tendré que matarle!

—¡No, no, Fernando! ¡Yo no quiero que te batas! Yo no quiero que te expongas! ¡Tu vida me pertenece!

—Pero y si ese hombre, después de haber dado pábulo á la maledicencia con su inoportuno cuadro, me insultara en la calle, en un teatro, en un paseo, ¿qué otro camino me quedaría sino batirme?

—Considera que un desafío no haría más que aumentar esa maledicencia que nos asusta, esa murmuración que tememos.

—Sí, lo conozco, pero no veo otro camino.

—Dime, Fernando: ¿tienes confianza en mí?

—Si no la tuviera, ¿estaría como estoy en tu habitación?

—Gracias, esposo mío.

—Pero ¿á qué viene esa pregunta?

—Porque yo conozco el bello y noble carácter de Ernesto.

—¡Ah! ¿Vas á hacerme algún elogio de sus prendas morales?

—No: voy á tranquilizarte. Escucha. Una casualidad hizo que yo conociera en Roma á Ernesto. Luego nos acompañó á Florencia. Joven bondadoso é ilustrado, nos llevó por todas partes, y no tardé mucho en advertir que yo no le era indiferente. Ya sabes, Fernando, que no tengo secretos para tí, porque tuyo es mi corazón y mi vida, porque te amo con toda mi alma.

—Sí, sí, no tengo de ello ninguna duda, y comprendo además todo lo que puede ocurrir entre una mujer joven y hermosa como tú y un

hombre como Ernesto que viajan juntos. Te amó, te hizo una declaración que tú no rechazaste, bien por coquetería, bien por caridad. Eso es natural en las mujeres: no lo acrimino; pero suele á veces traer malas consecuencias. Ahora, por ejemplo: Ernesto, al volver á España, te encuentra casada, y se cree con derecho para ocasionar tu desgracia y la mía. ¡Oh! No hay duda que ese muchacho tiene un alma bella, un corazón generoso.

—Dices bien, es una desgracia; yo tomé aquellos paseos por Florencia por un pasatiempo, por una distracción: me aburría. Ernesto, por el contrario, creyó que yo le amaba como pudo amar Eloísa á Abelardo... Siento en el alma esta funesta equivocación; pero autorízame para que mi padre compre el cuadro, y yo buscaré el modo, sin faltar á mi deber, de arreglar este asunto satisfactoriamente, porque nada me interesa tanto como tu felicidad, Fernando mío.

—Comprende, Amparo, que lo que me propones es bastante arriesgado. Ernesto, para acceder á tus peticiones, puede ser exigente.

—En ese caso, te diré: «Fernando, tuya soy; tu amor es mi vida. Mata á ese hombre, que me ha creído capaz de faltar á mi esposo.»

El conde lanzó un grito, y abrazó con entusiasmo á su esposa.

—¡Ah!—dijo Amparo.—Este abrazo me prueba que te inspiro confianza, que accedes á mis súplicas.

—Haz lo que gustes; pero ten entendido que si antes de veinticuatro horas ese hombre no explica en los periódicos, de un modo satisfactorio para mí, el parecido de la condesa de Loreto con la Esther de su cuadro, no me queda otro remedio que matarle.

Y el conde de Loreto, saludando á su esposa, salió de la habitación.

Amparo quedóse por un momento abrumada bajo el peso de la amenaza que acababa de dirigirle su esposo.

Por primera vez comprendió adónde podía conducirle la imprudencia de sus coqueterías de Florencia.

Rápidamente cruzó por su imaginación el recuerdo de aquellas noches pasadas con Ernesto en el jardín de la casa del señor Rosales.

—Es preciso á todo trance evitar que se batan. Un desafío entre mi esposo y Ernesto produciría un escándalo, y la maledicencia, dudando de mi honradez, podría cebarse en la honra del conde de Loreto. Si esto sucediera, toda la felicidad de que ahora disfruto se derrumbaría. No, no; yo veré á Ernesto, yo le suplicaré, si es necesario.

Amparo se detuvo, como si hubiera cometido alguna imprudencia.

—Pero si yo le pido una cita,—continuó,—aunque ésta sea con la noble intención de evitar una desgracia; si se sabe que la esposa del conde de Loreto y el autor del cuadro de Esther se han visto sin testigos, entonces...

Amparo se cubrió el rostro con las manos, prorrumpiendo en un amargo lloro, porque comprendía que todos los caminos estaban para ella sembrados de dificultades.

En aquel momento entró don Ventura.

—¿Qué es eso? ¿Qué tienes? ¿Por qué lloras? Acabo de encontrar á tu marido, que me ha saludado con una frialdad algo impertinente. Me voy convenciendo de que los aristócratas, cuando se casan con la hija de un plebeyo, aunque éste sea el más honrado y el más rico del mundo, siempre creen que le hacen un favor; y en verdad que esto me disgusta, y como continúe así, me separo de vosotros, aunque el no verte amargue mi vejez y acorte los días que me quedan de vida.

Don Ventura hablaba de prisa, disimulando mal el disgusto que sentía y las lágrimas que comenzaban á asomar á sus ojos.

—¡Ay, padre de mi alma! Creo que nos amenaza una gran desgracia.

Este grito, que brotaba del alma de Amparo, hizo palidecer á su padre.

—¡Una desgracia!—exclamó.—¿Y qué desgracia es ésa?

—Ernesto ha cometido una imprudencia al tomar mi cabeza por modelo para su cuadro.

—¿Y es eso todo?—preguntó don Ventura, que no encontraba motivo para sobresaltarse de aquel modo.—Si el cuadro os disgusta, si no queréis que continúe expuesto, se le compra á su autor, y asunto concluído.

—Es que no quiere venderle.

—¡Toma! Porque no se lo pagaréis bien.

—No, padre mío, no. Ernesto no lo venderá aunque se le dé un millón.

—¿Estás loca? ¿sabes tú ni sabe Ernesto lo que es un millón? No hay cuadro en el mundo que valga esa cantidad.

—Usted no conoce á Ernesto.

—Pero entendámonos: ¿qué es lo que queréis? ¿Que se quite el cuadro?

—No solamente que se quite de la Exposición, sino que se publique en los periódicos un comunicado, firmado por Ernesto, diciendo que el cuadro es del conde de Loreto, el cual tuvo el capricho de que Esther fuera el retrato de su esposa.

—Pues bien, se ve á Ernesto, y todo se arreglára.

—Pero Ernesto se niega.

—¡Cómo! ¿Y por qué se niega?

Amparo comprendió que era preciso revelárselo todo á su padre, porque sólo él podía sacarla del conflicto en que se hallaba; y cogiéndole cariñosamente las manos y mirándole con dulce expresión, dijo:

—Porque Ernesto me ama; porque está celoso; porque al llegar á España y encontrarme casada han huído todas las esperanzas de su generoso corazón, y temo que cometa alguna locura.

—¡Diantre! ¡diantre! Eso ya es muy distinto. ¿Y sabe tu marido que Ernesto te ama?

—Lo sospecha, y ha jurado batirse con él, si antes de veinticuatro horas no queda satisfactoriamente arreglada la cuestión del cuadro.

Don Ventura exhaló un profundo suspiro.

Comenzaba á ver la cuestión bajo su verdadero punto de vista, y temía que tuviera un desenlace fatal.

—Ya ve usted, padre mío, que mi sobresalto y mi temor es fundado. Si Fernando y Ernesto se baten, si uno de los dos deja de existir...

—Todo menos eso. Es preciso arreglar este negocio. Yo veré á Ernesto.

—Se negará; estoy segura. Creo que será más conveniente que yo le hable, pero no en su casa; es preciso que usted le cite.

—No tengo inconveniente. Tú me dirás adónde.

Amparo reflexionó un momento.

—Usted ocupa el piso bajo de esta casa; pues bien, escríbale una carta suplicándole que venga aquí, pero no á la habitación del conde de Loreto, sino á la de usted.

Don Ventura se sentó junto á una mesa, cogió la pluma y dijo:

—Dicta tú la carta.

Amparo reflexionó otro momento. Luego añadió:

«Señor don Ernesto Alvarez. Mi buen amigo: Ruego á usted que tan pronto como reciba ésta tenga la bondad de venir á verme á mi casa, pues deseo hablarle de un asunto de la mayor importancia.

»Creo inútil advertir á usted que vivo en el piso bajo, donde le espero, confiando en que se apresurará á complacer á un amigo que tanto le quiere.

»Suyo siempre,—*Ventura de Aguilar.*»

Cerrada la carta, la remitió con un criado inmediatamente.

Luego, don Ventura y Amparo bajaron al piso bajo.

—Ahora, padre mío,—dijo Amparo,—sólo le ruego que cuando Ernesto venga me deje usted

sola con él; pero necesito que usted, detrás de esas cortinas, sea testigo de nuestra entrevista.

—Haré lo que quieras, pues estas cuestiones me aturden soberanamente.

—Yo necesito, si mañana intenta cebarse en mí la maledicencia, que al menos mi padre sepa que no soy de esas mujeres que faltan á su deber con facilidad.

Una hora después, Ernesto era introducido en el gabinete donde se hallaba Amparo.

Don Ventura se ocultó precipitadamente en la alcoba.

CAPITULO XVIII.

La ola de sangre.

Ernesto, de pié, con el sombrero en la mano, pálido, y sorprendido de encontrarse allí á Amparo, no se atrevía á dar un paso.

Amparo, que hacía grandes esfuerzos para dominar la emoción que experimentaba, se sonrió y extendió una mano.

—¿Qué es eso, amigo mío? ¿Tan enojado está usted conmigo que no quiere estrechar mi mano?

—Señora condesa, en verdad que no esperaba encontrar á usted aquí,—tartamudeó Ernesto.

—Porque á sospecharlo, no hubiera usted venido, ¿nó es eso? Ahora veo que he hecho bien en que mi padre escribiera la carta. Pero yo le suplico que se siente aquí, á mi lado; tengo que hablarle de un asunto del cual depende la tran-

quilidad de mi alma, y usted, que siempre fué tan buen amigo mío, creo que no dejará de serlo en esta ocasión.

Ernesto fué á sentarse en el mismo sofá que ocupaba Amparo; pero se sentía conmovido, agitado, y casi sin fuerzas para fijar sus miradas en el hermoso rostro de la condesa de Loreto.

—Conozco, Ernesto, que no me asiste ningún derecho para pedirle ni el favor más insignificante; comprendo asimismo que debe usted estar resentido conmigo. Sería inútil reconvenirme: me confieso culpable; he sido, si usted quiere, una coqueta; he pagado ese tributo á la vanidad, del que se ven libres pocas mujeres; por eso voy á hablar, no al hombre en cuyo brazo me apoyé para visitar el Coliseo de Roma, y cuyas palabras cariñosas resonaron en mis oídos como una embriagadora música durante las noches de Florencia, sino al caballero, al joven generoso y desinteresado, en cuyo noble corazón sólo tienen cabida las pasiones bellas; á usted, en fin, Ernesto, á usted, á quien no quiero ocultarle la situación en que me hallo; á usted, de quien depende la paz de mi hogar, la tranquilidad de mi espíritu.

Amparo se detuvo, se llevó una de sus lindas manos á los ojos, y se enjugó las lágrimas que durante sus anteriores palabras habían asomado á sus pupilas.

—No espere usted, señora condesa, que mis labios pronuncien ni una sola palabra de reconvención,—dijo Ernesto.—Desde el momento en que llegué á Madrid, cuando supe que usted pertenecía á otro, que era la esposa del conde de Loreto, sentí tan violenta sacudida en el corazón, tan intenso dolor en mi alma, que sólo entonces pude apreciar la fuerza de la pasión que encerraba mi pecho. Yo no soy de aquellos hombres que se resignan á perder en un momento las esperanzas que han acariciado durante mucho tiempo. Será esto una desgracia, lo conozco, pues no deben tomarse en serio las cuestiones de la vida.

Ernesto se pasó la mano por la frente, hizo un esfuerzo para serenarse, y continuó:

—¡Soy un necio! Estoy hablando de mí á la señora condesa, en vez de preguntar qué es lo que desea, y apresurarme á complacerla. Pido á usted perdón por mis anteriores razonamientos, y espero que me mande en todo aquello que le plazca.

—No, Ernesto, no; conozco todo el daño que mi coquetería le ha causado, y por consiguiente no pueden serme indiferentes sus sufrimientos. Lo que yo quiero, lo que le suplico, es que me perdone y que no me guarde rencor; lo que yo le ruego es que acceda á lo que esta mañana fué á pedirle mi esposo, porque sólo así podrá mi alma

vivir tranquila y restablecerse la paz en esta casa.

—¿Y ha pensado usted bien lo que me pide, señora?

—Sí; sé que es para usted un gran sacrificio. Si usted fuera otra clase de hombre, nunca me hubiera determinado á pedirle tan inmenso favor; pero de usted lo espero todo, todo, Ernesto, porque si es preciso me arrojaré á sus piés hasta conseguirlo, porque usted no querrá que en mis ojos no se sequen nunca las lágrimas, ni que me vea despreciada por la maledicencia y rechazada por mi esposo, á quien tanto amo; porque si usted no cede, sucederá indudablemente una desgracia.

Ernesto fijó en Amparo una mirada intensa, profunda, como si pretendiera leer en el fondo de su alma, y luego añadió:

—El señor conde de Loreto es un hombre valiente, un tirador diestro que ha probado su habilidad y su valor en más de una ocasión. Sé que si me niego terminantemente á lo que desea nos batiremos, y no siendo yo un espadachín, llevará él la mejor parte en el lance. Tampoco me esforzaré mucho para probar á usted, señora, que la idea de un duelo á muerte me preocupa poco. La vida sólo es preciosa para los que son felices, y usted ha matado toda mi felicidad. Además, hace

algún tiempo que no disfruto de mucha salud; por consiguiente, me ocupo poco de mi individuo. Sólo siento que en Madrid se me tenga por un cobarde; es una nota que no merezco; por eso me negué á los deseos del señor conde de Loreto.

—¿Y quién se atrevería á llamar á usted cobarde?—exclamó Amparo.—Para que tan afrentosa apreciación mereciera de sus amigos, sería preciso que precediera antes una historia que no existe. Usted acaba de llegar de Roma con el cuadro de Esther; en Roma estuve yo este verano, y en Roma estuvo mi esposo. Nada tan fácil y tan interesante para la sublime obra que usted ha colocado en uno de los salones de la Exposición de pinturas, como fingir una de esas anécdotas que forman luego en la posteridad parte de la historia de un cuadro. Por ejemplo: usted necesitaba un modelo para Esther; me encuentra á mí con el conde, prometido esposo mío entonces y amigo de usted, y hallando en mis facciones todo lo que había soñado para la figura de Esther, le pide usted autorización á Fernando para tomarme por modelo. El conde accede con una condición: la de comprar el cuadro por el precio que usted le quiera valuar; y efectivamente, se hace el trato por veinticinco mil duros. Todo esto es lo más natural del mundo. Nadie,

después de leer en los periódicos la historia del parecido de Esther con la condesa de Loreto, firmada por usted, será capaz de decir que semejante aclaración está escrita por la mano del miedo.

—Efectivamente, señora,—repuso Ernesto;—de ese modo en mi historia habría un episodio fabuloso, el de vender un cuadro en este siglo de la fotografía por la fabulosa cantidad de medio millón, y tengo la seguridad de que tan ventajosa venta causaría la envidia de más de cuatro. Conozco también que ignorando todo el mundo que yo conocí en Roma y acompañé á Florencia á Amparo de Aguilar, nadie sospechará la verdadera historia del parecido de mi Esther con la hoy condesa de Loreto; pero á mí me basta con que usted lo sepa y con que no lo ignore el señor conde. Además, creo que usted no pretenderá hacerme el agravio de creerme interesado. Mi cuadro no vale veinticinco mil duros. Así pues, no puedo acceder á sus deseos.

—¡Dios mío!—exclamó Amparo juntando las manos y derramando abundantes lágrimas.—Yo creía que este hombre me amaba y veo que me he engañado.

Ernesto se puso pálido hasta quedarse lívido, sus ojos brillaron de un modo terrible, cogió bruscamente una de las manos de Amparo, y dijo:

—Señora, mi amor hácia usted es tan inmenso, que no encontraría palabras con que expresarlo.

Y colocándose una mano sobre el corazón, continuó:

—Aquí, desde el momento en que perdí la esperanza de realizar mis hermosos sueños, siento agitarse una tempestad infernal que estallará muy pronto, rompiendo en pedazos mi pecho. ¡Oh! ¡Insensato del hombre que no sabe hacerse superior á las pasiones que le dominan! Yo no había amado nunca más que á mi madre y á la gloria. La que me dió el sér dejó de existir. Quedé huérfano, y la gloria desde ese día fué mi madre, mi amada, mi vida; pero un día el destino ó la fatalidad colocó á usted delante de mí, y la amé con toda mi alma. Este amor tuvo por entonces su correspondencia, sellada con un beso que aún abrasa mis labios, que aún quema mi alma, y luego...

Ernesto soltó una carcajada histérica, añadiendo:

—Pero ¿para qué recordar lo que usted ha olvidado? ¿Qué es lo que usted quiere, señora? Hice á usted el sacrificio de mi felicidad, tal vez el de mi vida: haré á usted el de mi honra, estoy dispuesto á todo. El cuadro es de usted, señora; yo escribiré el comunicado, yo entregaré al conde de

Loreto la orden para que lo recoja cuando termine la Exposición. Luego, si ustedes quieren, pueden quemar el lienzo, pues ése es el fin que le tengo destinado.

Ernesto se puso en pié, haciendo un esfuerzo supremo, como si sus últimas palabras hubieran agotado sus fuerzas, y se dirigió hácia la puerta.

Amparo le miraba absorta, conmovida, sin valor para detenerle; le vió partir, pero aquel hombre se tambaleaba como un beodo.

Apenas había salido del gabinete, se oyó en la antesala un ruído como el que produce un cuerpo al caer desplomado. Amparo lanzó un grito, y don Ventura salió de la alcoba.

—¡Es un muchacho que no tiene precio!—dijo el comerciante.

—¡Padre mío, corra usted! A Ernesto debe haberle sucedido algo.

Don Ventura se lanzó detrás de Ernesto, y efectivamente, le encontró tendido á lo largo en medio de la antesala.

Lanzó un grito y pidió socorro. Ernesto estaba desmayado, y con el rostro y el pecho manchados de sangre.

Cuando acudió Amparo, creyó al pronto que Ernesto se había suicidado; pero cuando los criados le levantaron para conducirle á la cama de don Ventura, cuando llegó el médico, se supo la

verdad: Ernesto había tenido un espantoso vómito de sangre que le había privado del conocimiento.

Una hora después, cuando volvió en sí, cuando abrió los ojos, el conde de Loreto, Amparo, don Ventura y el médico se hallaban alrededor de la cama de Ernesto.

El pintor estaba extremadamente pálido, pero con esa palidez mate, melancólica, de los enfermos del pecho; dirigió una mirada vaga y fatigosa en derredor suyo, y dijo con voz débil:

—¡Cuánto siento, señores, este contratiempo! Me sentí malo de repente, como si se hubiera roto algo dentro de mi pecho, quise evitar á la señora condesa un disgusto, y me retiré de prisa: pero al llegar á la antesala perdí el conocimiento. Espero que ustedes me perdonarán el susto que les he causado.

—Lo más importante, amigo mío,—repuso el conde,—es la salud de usted; y quisiera me concediera el favor de permanecer en mi casa hasta que se halle completamente restablecido.

Había tanta dulzura, tan marcado interés en aquella voz, que Ernesto, fijando una mirada llena de agradecimiento en el conde, contestó:

—Un enfermo de mis condiciones, señor conde, es demasiado molesto; yo agradezco con toda el alma la oferta, pero no debo admitirla; y les rue-

go que tan pronto como al médico le parezca que me hallo en disposición de trasladarme á mi casa, me concedan su permiso.

—No será eso hoy ni mañana,—respondió el médico;—por consiguiente, creo que no debemos ocuparnos de otra cosa que de fortalecer la naturaleza de nuestro enfermo.

—No se hable más de este asunto,—añadió don Ventura.—Ernesto estará mejor cuidado aquí que en su casa. Yo, en nombre de la amistad, le prohibo que se mueva de esta cama. Cuando se encuentre restablecido, cuando se sienta fuerte, hará de su cuerpo lo que guste: hoy mando yo.

Ernesto hizo un movimiento de ojos, indicando que se resignaba. Además, se sentía tan débil, que le hubiera sido de todo punto imposible tenerse en pié.

Quedó resuelto, pues, que permaneciera en la habitación de don Ventura.

Cuando salió el médico, Amparo le detuvo para preguntarle por el enfermo.

—Su mal es grave,—dijo el facultativo.—Tarde ó temprano le conducirá á la muerte: ese joven debe haber sufrido mucho.

Amparo se retiró á su cuarto, se encerró y rompió á llorar.

El remordimiento comenzaba á oprimir su espíritu.

CAPITULO XIX.

Pagar la hospitalidad.

Don Ventura hizo colocar una cama en la misma alcoba que ocupaba Ernesto.

—Yo seré su enfermero,—dijo.—Amparo y el conde me ayudarán en esta tarea. Ánimo, pues, querido Ernesto, y no piense usted en otra cosa que en restablecerse.

Desde aquel instante el pintor encontró una familia cariñosa, solícita, que le prodigó toda clase de auxilios. Ni él mismo podía explicarse lo que pasaba alrededor suyo.

Muchas veces Amparo por su propia mano le daba los medicamentos, limpiándole el copioso sudor que con frecuencia inundaba su frente; y esto lo hacía estando delante su esposo el conde

de Loreto, y con la amorosa solicitud de una hermana.

En cuanto á don Ventura, el segundo día comenzó á hablarle de *tú* con la ternura y el interés de un padre.

Así trascurrieron cinco días. Ernesto hablaba poco, no tanto porque el médico se lo había prohibido, cuanto porque se había encerrado en el silencio que produce la duda.

Su amor hácia Amparo era inmenso. El conde indudablemente conocía este amor, y sin embargo, fino y obsequioso, toleraba que su mujer pasase horas enteras sentada á la cabecera de la cama.

En vano Ernesto se preguntaba á sí mismo por qué aquella familia se mostraba tan fina, tan obsequiosa con él; su corazón generoso rechazaba toda idea bastarda. El conde le parecía un hombre digno y honrado, Amparo una hermana, don Ventura un padre, y hasta el médico era para él un buen amigo.

Desde que había recobrado el conocimiento, durante los días que se hallaba en aquella casa, nadie le había vuelto á hablar del asunto del cuadro. Ernesto, sintiéndose más aliviado, aprovechó un momento en que se hallaba solo, pues deseaba demostrar á aquella familia su agradecimiento.

Se levantó de la cama, llegó con algún trabajo hasta una mesa en donde había recado de escribir, y se puso á redactar un comunicado.

Después de una hora quedó terminado.

Entonces volvió á la cama, tiró del cordón de la campanilla, entró un criado y le dijo:

—Tenga usted la bondad de pasar un recado á don Ventura; necesito verle.

El criado obedeció, y pocos momentos después entraba don Ventura, con su eterna sonrisa en los labios.

—¡Perfectamente!—dijo.—Veo ese semblante más animado, y eso me gusta. Pero sepamos qué me quiere mi enfermo.

—Que lea usted eso, que mande sacar algunas copias, y que lo remita á los periódicos que guste.

Y Ernesto entregó las cuartillas de papel que poco antes había escrito. Don Ventura las leyó para sí. Cuando terminó la lectura se arrojó en los brazos de Ernesto, exclamando con acento conmovido:

—¡Gracias, amigo mío, gracias! Estas líneas devolverán la paz á un matrimonio y la tranquilidad á un padre; eres el hombre más generoso del mundo.

Don Ventura tenía los ojos llenos de lágrimas.

Ernesto se sintió conmovido ante el profundo sentimiento de aquel anciano.

—Después de todo,—dijo el pintor, fingiendo gran naturalidad,—esa aclaración, que cortará la cabeza á la maledicencia, vale bien poco, y no veo motivo para que usted me lo agradezca. Dentro de breves días me hallaré completamente restablecido, y saldré de Madrid; ni el señor conde ni la señora condesa me volverán á ver más. Tengo un plan de vida que creo que ha de serme provechoso. En cuanto á nuestras excursiones artísticas por Roma y Florencia, sólo se reduce á creerlas un hermoso sueño, hijo de una imaginación viva é impresionable; y como los sueños se olvidan, procuraré olvidarlas también.

—¡Oh! Tú no dices lo que sientes, Ernesto; sufres, y procuras ocultarlo.

—¿Y quién no sufre en este valle de lágrimas y penalidades? ¿Existe por ventura algún hombre verdaderamente feliz? Creo que no. La vida no es otra cosa que un castigo que Dios impone á la criatura por el primer pecado; resignémonos, pues, á pagar ese tributo al Hacedor.

—Pero eso no me tranquiliza del todo. Tú dices en tu comunicado que el cuadro es de la propiedad del conde de Loreto, que él lo compró en Roma, encargando que Esther fuera el retrato de su futura esposa, y eso no es cierto.

—Amigo mío, algunas veces la mentira tiene algo de santa, es indispensable.

—Sin embargo, el cuadro no lo ha comprado el conde.

—Yo se lo regalo.

—Eso no puede ser; tú eres pobre, y nosotros no podemos consentir...

—¡Bah! El cuadro, en el caso que lo premie el gobierno y lo compre, dará cuando más cinco ó seis mil duros por él. Con esa cantidad no es rico un hombre como yo.

—Pero nosotros podemos dar por el cuadro veinte mil duros.

—Eso sería robar el dinero, y no creo que usted me haga el agravio de creerme interesado.

—De sobra sé que todos los hombres de genio desprecian el dinero.

—Pues entonces, admitan ustedes á mi pobre Esther salvando á los hijos de Israel en pago de la cariñosa hospitalidad que me han concedido, y no se hable más del asunto. Pero no perdamos el tiempo; es preciso que salga mañana en algunos periódicos mi comunicado.

Don Ventura no pudo convencer á Ernesto á que aceptara una cantidad por el cuadro.

—Para todos,—añadió el pintor,—el cuadro lo habrá comprado el conde de Loreto por la cantidad que guste decir, y yo no le desmentiré; para nosotros, el cuadro será un regalo que yo habré hecho al esposo de Amparo de Aguilar.

Al día siguiente, al levantarse, Amparo vió varios periódicos sobre un pequeño velador de palo de rosa.

—¿Qué es eso?—preguntó á la doncella.—¿Creen que me voy á dedicar á la política?

—Lo ignoro, señorita; pero su papá de usted me ha mandado que los ponga ahí, diciéndome: «Cuando la señora condesa se levante, le dices de mi parte que lea un comunicado que traen los papeles públicos.»

Amparo sospechó lo que significaba el comunicado, cogió un periódico, y leyó en voz baja lo que sigue:

«Señor director de...—Muy señor mío y de toda mi consideración: Espero de su amabilidad dará cabida en el ilustrado periódico que tan dignamente dirige á las adjuntas líneas, pues importa á los señores condes de Loreto y al que suscribe el presente desvanecer ciertas equívocas apreciaciones que una parte del público que visita la Exposición de Pinturas ha hecho sobre mi cuadro de Esther.

»Hace algunos meses me hallaba en Roma pintando el cuadro de Esther, cuando tuve la honra de que me visitara don Fernando del Villar, conde de Loreto, con su futura esposa entonces, hoy condesa de Loreto.

»Verdadero entusiasta por la pintura el conde

de Loreto, protector decidido de los artistas, me propuso comprarme el cuadro por una cantidad harto excesiva, atendido el poco ó ningún mérito de mi lienzo; acepté el trato, y quedó desde entonces el cuadro de Esther propiedad del conde de Loreto.

»Desde aquel día, el conde vino á visitarme todas las mañanas, pasando algunas horas en mi estudio viéndome pintar.

»Un día, casi terminada mi obra, me ocupaba en retocar la figura de Esther, cuando el conde me dijo:

—Amigo mío, tengo un capricho de hombre rico que desearía satisfacer. Si usted no tiene en ello ningún reparo, quisiera que la cabeza de la reina Esther fuera un verdadero retrato de la joven que será en breve mi esposa. ¿Tiene usted inconveniente en ello?

—Ninguno, señor conde,—le respondí.—Ni yo he conocido á la célebre judía de la tribu de Benjamín, á la bondadosa sobrina de Mardoqueo, ni he visto nunca ningún retrato suyo; pero desde ahora apuesto cualquier cosa á que la mujer del rey Assuero no fué más bella que la joven que dentro de poco será condesa de Loreto.

»Pocos días después, la cabeza de Esther era un retrato bastante parecido de la señora doña Amparo de Aguilar, condesa de Loreto.

»He aquí, señor director, explicada la semejanza que con la esposa del conde de Loreto tiene la figura principal de mi cuadro.

»Ruego á usted dispense esta molestia que le causo, pues á ello me obliga la rectitud de mi carácter y el agradecimiento, y doy á usted anticipadamente las gracias por su amabilidad.

»Su seguro servidor Q. B. S. M.,—*Ernesto Alvarez.*»

Apenas había terminado Amparo la lectura del comunicado, cuando oyó la voz de su marido, que le pidió permiso para entrar. Avanzó hácia la puerta con un periódico en la mano.

—Adelante, Fernando. Tú no necesitas permiso para entrar en mi habitación,—le dijo.

El conde se acercó á su esposa, y después de darle un cariñoso beso en la mejilla y dirigirla una sonrisa amorosa, repuso:

—Buenos días, querida Amparo, buenos días. Veo que tú, como yo, nos hemos desayunado con la lectura del comunicado del buen Ernesto.

—Sí; mi padre me ha mandado esos periódicos.

—También me los mandó á mí, y vengo á preguntarte si sabes qué ha pasado entre don Ventura y nuestro enfermo.

—Lo ignoro.

—De todos modos, la conducta de ese muchacho no puede ser más noble. Ya ves, nos regala

el cuadro, pues tú sabes que yo no lo he comprado.

—Sí, es un rasgo bastante generoso tratándose de un hombre que no tiene otro patrimonio que sus pinceles.

—Pero nosotros no debemos admitir ese regalo.

—Ó al menos, recompensarlo con otro.

—Dices bien; en este asunto conviene obrar con cierta delicadeza. Yo veré á Ernesto; y puesto que venía á leerte este escrito, y tú ya lo has leído, te dejo. Supongo que almorzaremos juntos.

—Sí, Fernando mío; aquí te espero para que me des cuenta de todo lo que resolváis.

Fernando volvió á besar á su esposa, y salió.

Amparo, al verse sola, dejóse caer en una butaca y se puso á leer por segunda vez el periódico.

—¡Ah!—exclamó exhalando un suspiro que brotaba de lo más profundo de su alma.—¡Ernesto vale cien veces más que yo! ¡He causado su desgracia! ¡El corazón me dice que seré causa también de su muerte! ¡Dios me perdone el daño que he hecho á ese hombre!

Y se cubrió el rostro con las manos, dando rienda suelta á las lágrimas.

CAPITULO XX.

Abnegación.

Cuando el conde de Loreto entró en la habitación de Ernesto, éste acababa de vestirse.

Pálido, demacrado como un cadáver, el semblante del pintor tenía impresas las profundas huellas de la enfermedad que minaba su pecho.

El conde se asombró de verle levantado. Ernesto, sonriendo, pero vacilante, le salió al encuentro.

—¿Le ha dado á usted permiso el médico para levantarse?—le preguntó el conde.

—¡Bah! Los médicos no saben nada. Siguiendo sus consejos, hubiera permanecido un mes aún en cama; pero pienso restablecerme de otro modo, sin el auxilio de la medicina.

—Ernesto,—añadió el conde con cariñoso acen-

to,—ignoro qué plan es el que se propone emplear para restablecerse, pero desapruebo el que haya usted abandonado la cama.

—Mi plan es muy sencillo, señor conde: se reduce á vivir en el monte, á respirar el aire puro y libre del campo, lejos del estruendo de las ciudades, del bullicio de los hombres; plan el más conveniente para los enfermos del pecho. En otro tiempo fuí un furibundo aficionado á la caza. Cuando el gobierno me pensionó, cuando salí para Roma, regalé mis perros y mis escopetas, abandonando mi afición favorita. Dentro de algunos días saldré pertrechado para los montes de Toledo, donde conozco á un cazador de oficio, viviré con él, cazando unas veces, pintando otras, y ¡quién sabe si la vida semisalvaje que voy á emprender devolverá la salud á mi cuerpo!

El pintor procuraba disimular la fatiga que la conversación le causaba.

El conde, que lo conocía, dijo con sentida entonación:

—Ernesto, ¿se ofenderá usted conmigo si le hablo con la franqueza de un hermano?

—Al contrario, señor conde, me creeré muy honrado.

—Pues bien, ¿usted cree que ese viaje, esa vida semisalvaje, como acaba de decir, le sea tan provechosa como asegura?

—Sin entender una palabra de medicina, se comprende que la vida del campo es provechosa á los enfermos del pecho.

—Sin embargo, la vida del cazador es agitada, y necesita de cuerpos robustos y fuertes.

—¡Quién sabe si el mío se fortalecerá!

—Mucho lo dudo.

—Demos tiempo al tiempo.

—Pero aunque así sea, usted no es rico, Ernesto, y necesita trabajar para vivir.

—¡Necesita tan poco un cazador de oficio!—contestó Ernesto sonriéndose.—Además, yo pintaré pequeños cuadros, que dándolos baratos, no ha de faltarme quien los compre; por ejemplo, asuntos de cacería, paisajes tomados del natural. ¡Oh! Confío que no ha de faltarme nada.

—Veo á usted resuelto á emprender esa nueva vida, y no me opongo; pero quiero proponerle un negocio.

—¿Cuál?

—Usted necesita un editor ó un tratante en cuadros que le compre los que pinte.

—¿Quién lo duda?

—Pues bien, yo se los compro á usted. Así como así, no abundan mucho los buenos cuadros por las paredes de mi casa; y además espero que me permita le pague el que se halla en la Expo sición de Bellas Artes.

—En cuanto á ése, supongo que habrá usted leído el comunicado; y como en él digo que le cobré en Roma antes de concluirlo...

—Pero eso no es verdad.

—¿Qué importa? El cuadro es de usted, señor conde, y no hablemos más de semejante asunto. En cuanto á la venta de los que pinte nuevamente, eso ya es distinto, y no tengo inconveniente en que usted me los compre.

—Fijemos entonces el precio desde ahora, teniendo presente que admito todos los que usted quiera mandarme.

—Mucho ofrecer es eso.

—Los compro todos. Ponga usted mismo el precio.

—Lo pondré cuando los vaya mandando, á no ser que usted me indique desde ahora los asuntos y el tamaño.

—Eso lo dejo á la elección de usted.

—Entonces, queda usted nombrado desde hoy mi editor.

—Y usted mi pintor de cámara. Pero vuelvo á repetirlo: creo que es una locura abandonar los recursos de la capital cuando la salud no está bastante restablecida.

—Por el contrario, señor conde, creo que me conviene precipitar mi partida.

Fernando se encogió de hombros, conociendo

que Ernesto estaba firmemente resuelto á salir de Madrid.

—No insisto más, aunque siento en el alma que nos abandone usted tan pronto, porque amigos tan generosos, tan nobles como usted, es siempre sensible separarse de ellos.

—Señor conde, antes de separarnos voy á tomarme la libertad de hablar á usted con la ruda franqueza de un hombre que siempre se ha regido por los impulsos de su corazón. Yo he odiado á usted de muerte durante algún tiempo. Entonces no conocía al conde de Loreto más que de nombre; hoy ya es distinto: he tenido ocasión de tratarle, de apreciarle en lo que vale, y mi alma, siempre generosa, se arrepiente de haber abrigado, aunque por poco tiempo, pasiones bastardas. El comunicado que he remitido á los periódicos no es otra cosa que un descargo de mi conciencia. Necesito, pues, partir y olvidar. Usted sabe lo que he amado á Amparo, tal vez no ignora lo que la amo todavía: ella no es culpable de este amor que me devora el corazón. Me trató como á un buen amigo, y nada más; sé que son ustedes felices, que se aman con entrañable ternura. Una imprudencia mía ha estado á pique de derribar toda esa felicidad, que no tiene precio entre dos esposos; he reparado la imprudencia y se ha tranquilizado un tanto mi conciencia. El pasado será

un sueño para mí, el presente la soledad de los montes, hasta el día que Dios quiera borrar mi nombre del gran libro de los vivos.

Calló Ernesto. El conde de Loreto fijó en el joven pintor una mirada profunda, que demostraba la admiración que sentía oyéndole expresarse con tan noble franqueza, creyendo inverosímil que en la corrompida sociedad pudiera un hombre encontrarse con un rival tan generoso.

—Parta usted, Ernesto,—repuso el conde después de una pausa;—parta, pero no olvide nunca que tiene en todas las ocasiones de la vida un hermano en Fernando del Villar.

—Gracias, señor conde; no olvidaré el ofrecimiento. Ahora, espero que usted me disculpe con la señora condesa, pues no puedo despedirme de ella, y que mande que me conduzca á mi casa uno de sus carruajes.

—¡Cómo! ¡Partir sin estrechar la mano de mi esposa, sin decirle adiós! Eso no, Ernesto. ¿Cree usted, por ventura, que yo soy uno de esos maridos celosos y ridículos que desconfían de la mujer á quien dieron el nombre? ¿Me cree usted capaz de inferirle la ofensa de dudar de usted, el hombre más generoso, más razonable que conozco, el mejor de mis amigos? No. Amparo vendrá á despedirse de usted; yo le ruego que no abandone esta casa sin que así no suceda.

—No insisto más. Ya que usted lo desea, me despediré de la señora condesa.

—Entonces, yo mismo iré á avisarla.

El conde salió, murmurando en voz baja:

—Este hombre me ha vencido á fuerza de generosidad.

. . . .

. . . .

La condesa acababa de peinarse: estaba sencillamente vestida con una bata blanca.

Al ver entrar á su marido, exclamó:

—¿Tú aquí otra vez?

—Sí, Amparo; vengo á anunciarte que Ernesto nos abandona.

—¡Eso es imposible! Se halla, según el médico, bastante enfermo.

—Eso mismo le he dicho yo; pero insiste en que quiere restablecerse en el campo, y está resuelto á abandonar hoy mismo nuestra casa. Yo le he rogado que no lo hiciera sin despedirse antes de tí y de tu padre; es preciso que don Ventura, que tiene más confianza con él, le convenza para que reciba el valor del cuadro que tan generosamente nos quiere regalar.

—Será inútil; no recibirá nada.

—Sin embargo, deseo que tu padre insista por última vez. No puedes imaginarte lo que me interesa ese joven, pobre como Diógenes y genero-

so como Lúculo. Habladle, habladle sin pérdida de tiempo; yo, mientras tanto, voy al almacén de Manuel Arenas á hacer algunas compras.

Fernando tiró del llamador de la campanilla, y dijo á un criado:

—Avise usted á don Ernesto que la condesa desea verle.

Y luego, abrazando á Amparo, continuó:

—Adiós, amiga mía; procura convencer á ese testarudo. Pronto vuelvo, y te enseñaré todo lo que voy á comprar. Es un regalo para Ernesto. Es necesario pertrecharle como á un príncipe que piensa pasar una larga temporada en el monte dedicándose á la caza.

CAPITULO XXI.

Cómo el pintor abandonó el bullicio de la gran ciudad.

Amparo, después de salir el conde, se quedó inmóvil, preocupada. Iba á despedirse de Ernesto, tal vez para no verle más; iba á tener una entrevista sin testigos con el hombre á quien tan desgraciado había hecho, y esta entrevista era proporcionada, solicitada por su esposo.

Por un momento temió Amparo que aquello fuera un lazo que le tendiera; pero pronto desechó semejante idea, conociendo la nobleza con que habían obrado Ernesto y el conde de Loreto.

—No, no; Fernando no puede estar celoso; tiene en mí una confianza completa, sabe que le amo con toda mi alma,—se dijo Amparo hablando consigo misma.—Sin embargo, quiere que me despida de Ernesto, á quien tan desgraciado ha

hecho una ligereza, hija de la coquetería. Yo debo obedecerle, aunque me sea dolorosa esta entrevista.

Y como en aquel momento volviera el criado á anunciar que el señorito Ernesto esperaba á la condesa, Amparo se encaminó á la habitación del pintor.

Ernesto, al ver entrar á Amparo, se puso de pié, pero le fué preciso apoyarse en el respaldo de una silla.

La condesa no pudo menos de conmoverse viendo la extrema palidez de su antiguo amante.

—¿Es cierto, Ernesto, lo que acaba de decirme mi esposo? ¿Piensa usted abandonarnos?...

—Señora condesa,—contestó el pintor con una calma que hacía daño á Amparo,—me encuentro bastante bien, y he resuelto restablecerme en el campo. Dentro de poco las brisas otoñales anunciarán el invierno, y creo que me conviene antes fortalecerme.

—Si es tan firme su resolución, no debemos oponernos mi esposo ni yo; pero crea usted, Ernesto, que ambos sentimos en el alma el que usted abandone tan pronto esta casa, que puede contar como suya,

Ernesto se sonrió amargamente, hizo un movimiento de indiferencia con los hombros, y añadió:

—Hay seres, señora, para quienes el mundo es un desierto, un campo de triste soledad. Solos en la tierra, viven sin una afección que les consuele, sin un pecho cariñoso en donde poder reclinar la frente en las horas de amargura. Para estos seres, la sociedad de los hombres está demás, porque desconociendo el engaño y la mentira, son siempre engañados; yo tal vez pertenezco á esa familia desgraciada de huérfanos de las grandes ciudades. Por eso estoy resuelto á no pisar nunca sus calles; por eso voy á encerrarme como un salvaje en los montes de Toledo, á esperar en medio de aquellos agrestes barrancos el último instante de mi vida, que afortunadamente no se hará aguardar mucho.

Amparo inclinó tristemente la cabeza sobre el pecho. Las palabras de aquel hombre eran una terrible reconvención, un castigo de su coquetería.

—¿Por qué no me aborrece usted, Ernesto?—tartamudeó Amparo.—¿Por qué no me desprecia?

—Señora, mi alma no puede ni aborrecer ni despreciar ni olvidar. Las noches de Florencia, las veladas de Roma, imprimieron en ella una huella demasiado profunda.

La condesa comprendió que la conversación iba tomando un giro inconveniente.

—Pues bien, Ernesto,—dijo;—yo ruego á us-

ted en nombre de la amistad borre de su memoria aquellas veladas.

—¡Imposible! Es un recuerdo que forma parte de mi vida; es, por decirlo así, mi segunda naturaleza. Cuando lance el último suspiro, cuando deje de existir, entonces se extinguirá en mi pecho.

—Pero ¿se siente usted tan enfermo, Ernesto?—preguntó Amparo, que aturdida ante las sentidas reconvenciones del pintor no sabía qué decirle.

—¡Quién sabe si seré uno de tantos ridículos aprensivos que á fuerza de pensar en la muerte se salen con la suya!

Y sonriéndose de un modo triste, continuó:

—El saludable aire de las montañas tal vez me restablezca.

Y tirando del cordón de la campanilla, dijo á un criado:

—Diga usted al señor don Ventura que voy á partir inmediatamente, que le espero para despedirme de él.

Amparo, ante aquella resolución inesperada que ponía fin á la entrevista de un modo brusco, se llevó las manos al rostro para ocultar las lágrimas que le fué imposible contener.

—Puede usted despreciarme, si así le place,—dijo la condesa;—lo merezco, porque no hay palabras con que disculpar mi conducta.

Y salió precipitadamente de la habitación.

—¡Ah!—exclamó Ernesto viéndola salir.—¡Si yo pudiera olvidar á esa mujer!...

Y se dejó caer en una butaca, como si le abandonaran las fuerzas para mantenerse en pié.

En vano don Ventura procuró persuadir á Ernesto de que la vida del cazador montañés, cuando se carece de salud, es una temeridad. El pintor estaba resuelto, y salió de casa del conde.

Cuando llegó á la suya de la calle del Prado, cuando sus amigos Andrés y Marcial le vieron entrar pálido como un cadáver y débil como un convaleciente, después de ocho días de ausencia, no pudieron contener un grito de asombro.

Ernesto les explicó la ausencia, y les participó asimismo el plan de curación que se había propuesto seguir.

Aquella misma noche escribió una carta á Mauricio, cazador de oficio, que vivía en los montes de Toledo.

Tres días después, Mauricio contestó á Ernesto, ofreciéndole su casa y participándole que se había casado, y que, por consiguiente, podía estar con alguna comodidad.

Ernesto había sido cazador en otro tiempo, antes de salir pensionado para Roma. Desde aquella época conocía á Mauricio, con quien había efectuado algunas cacerías.

Resuelto á emprender el viaje, comenzó por disponerlo todo, es decir, puso en un cajón algunos lienzos, el caballete, la caja de colores y los pinceles; en otro colocó un centenar de libros de estudio y de recreo.

Sólo le faltaba pertrecharse como cazador, cuando una mañana que se disponía á salir para comprar todos los objetos de caza, vió entrar en su habitación al mayordomo del conde de Loreto, seguido de dos mozos de cordel que traían dos cajones y dos hermosos perros ingleses, un Sether y un Puonter.

El mayordomo avanzó con su gravedad acostumbrada, y entregando una carta á Ernesto, dijo:

—Mi amo el señor conde de Loreto me envía á entregar á usted esta carta, estos perros y estos cajones, encargándome suplique á usted en su nombre le dispense si no viene él en persona, pues se lo prohibe una grave ocupación.

A una señal del mayordomo dejaron los dos cajones en el suelo los mozos de cordel, y ataron los perros, que iban atraillados, al pié de una mesa.

—Supongo que no tendrá usted nada que mandarme,—añadió el mayordomo, viendo que Ernesto guardaba silencio.

—Diga usted al señor conde que agradezco en el alma el regalo que se digna hacerme, y que yo le veré ó escribiré antes de partir.

El mayordomo saludó y salió, seguido de los mozos de cordel.

Entonces Ernesto hizo una caricia á los perros, que se le acercaron meneando la cola, y exclamó:

—He aquí mis dos nuevos amigos. ¡Oh! ¡Estos sí que no me venderán!

Y sentándose en una silla, abrió la carta del conde y se puso á leer lo que sigue:

«Ernesto, mi buen amigo: Usted me ha dejado con su cuadro de Esther un recuerdo que conservaré mientras viva; permítame le remita, como un recuerdo también, mis dos mejores perros y algunas armas y objetos que pueden serle de mucha utilidad en el campo.

»Carlos I de Inglaterra regaló á Rubens en pleno Parlamento la espada que llevaba ceñida á la cintura, un diamante que llevaba en el dedo y una banda de brillantes que cruzaba su pecho. Todo esto fué en pago del magnífico retrato de aquel monarca que más tarde tan malos ratos causó á Luis XVI. Permita usted, pues, que yo, sin ser *rey*, me tome la libertad de regalarle algunos pertrechos de cazador, de poco precio, y no olvide que espero con ánsia noticias de su salud y algún cuadro de los que me tiene ofrecidos.

»Mi esposa y mi padre político saludan á us-

ted y desean verle pronto en Madrid, completamente curado de su dolencia.

»Suyo siempre,—*Fernando del Villar.*»

Ernesto leyó dos veces la carta, y exhalando un suspiro, murmuró en voz baja:

—Por fin será preciso que sea amigo de un hombre tan digno como el conde de Loreto. ¡Cómo ha de ser! Yo hubiera preferido batirme con él; pero esto es imposible.

Ernesto se puso á abrir los cajones, encontrando en ellos todo cuanto puede necesitar en el campo un cazador de gusto y de dinero.

Sólo la mano de una persona inteligente hubiera sido capaz de reunir todos aquellos objetos.

Ernesto encontró dos escopetas, una de Scott de dos cañones, del sistema Lefaucheux; otra de Greener, rifle, para tirar con bala; un magnífico y abundante botiquín, un catre de campaña, una maleta de cuero de Rusia con quinientos cartuchos de perdigones, y otra con doscientos de bala; un traje completo de piel de gamuza, botas de caoutchouc, cuchillos de monte, un revólver de Flobert de doce tiros, con muelles de oro; un estuche con todas las piezas de plata, dos mantas inglesas y veinte artículos distintos, todos á cual más útil.

Indudablemente el conde de Loreto había gastado más de cinco mil duros en el regalo.

Ernesto lo contempló todo con profunda melancolía.

—Es preciso aceptarlo,—se dijo.—Yo hubiera ido á Toledo con un equipaje más modesto. En fin, tanto mejor para el bueno de Mauricio, que si se porta bien, será mi heredero el día que me muera.

Como se ve, Ernesto no apartaba de su mente ni un solo instante la idea de la muerte.

Aquella misma noche, el pintor escribió la siguiente carta á Fernando del Villar:

«Señor conde: La oportunidad produce siempre buen efecto en el ánimo impresionable de la criatura. Yo me disponía á salir de mi casa con el objeto de comprar algunos pertrechos de caza, cuando vi entrar á su criado con lo que usted ha tenido á bien enviarme.

»Sin tener yo nada del célebre Pedro Pablo Rubens, no agradeceré menos los regalos que usted me hace, que agradeció el pintor flamenco á Carlos I los donativos que le hizo.

»Gracias, pues, señor conde, por su delicado recuerdo. Mañana parto; tal vez no volveremos á vernos, á pesar de los buenos deseos que ustedes tienen por mi restablecimiento. Hay enfermedades en las que cada hora que trascurre se lleva una parte de existencia: son incurables; la que yo padezco es de esas que se llaman de muerte.

»No me hacen decir esto ni el miedo ni la aprensión; sé el mal que me aqueja, y sólo me formaré ilusiones cuando esté tocando los helados dedos á la muerte. Dios ha querido que los enfermos del pecho sueñen con la vida en los últimos momentos.

»Adiós, señor conde. Antes de mucho remitiré á usted con persona de mi confianza el primer cuadro que pinte, y así lo iré haciendo sucesivamente; pero no tema usted: la colección no será muy grande.

»Salude usted á la señora condesa y á don Ventura, y no olvide á este pobre desterrado voluntario, que prefiere la soledad del campo al ruído y bullicio de los hombres.

»Suyo siempre,—*Ernesto Alvarez.*»

Al día siguiente, Ernesto, después de hacer varias compras, entre las que se hallaba un traje para la mujer de Mauricio, se despidió de sus amigos y se embarcó en un coche de primera del tren de Toledo.

Ernesto tenía por única fortuna, al partir de Madrid, diez mil reales que le habían producido los objetos y lienzos de su propiedad.

Además de los quinientos duros y los regalos del conde de Loreto, se llevó un gran cajón con botellas de Champagne, ron, coñac, aguardiente y buen café.

—Este cajón será mi quitapesares,—dijo Ernesto sonriendo á sus amigos.—El ron concilia el sueño, y el Champagne alegra los pensamientos.

. . . .

. . . .

Mauricio le esperaba en Toledo.

Se cargó en varias caballerías el equipaje de Ernesto, y partieron para los montes, donde tenía su morada el cazador.

CAPITULO XXII.

La vida de los recuerdos.

La mujer de Mauricio no conocía á Ernesto; pero viéndole llegar con su marido y cuatro caballerías cargadas de cajones y de maletas, se dijo:

—Creo que entra un príncipe por las puertas de mi casa.

Y efectivamente, el pintor fué para el honrado matrimonio tanto como un príncipe, á juzgar por la esplendidez con que pagaba los servicios que recibía.

Petra estaba loca de contento, viendo sobre una silla el regalo que le traía el señorito Ernesto, que se reducía á un vestido de lana, un pañuelo de crespón y unos pendientes de oro y coral.

Mauricio examinaba á su vez con satisfacción

una escopeta de dos cañones de pistón, fabricada en Bélgica, y un fuerte cuchillo de monte.

—Mauricio,—dijo Ernesto después de entregar los regalos,—yo estoy bastante malo, y vengo á pasar contigo una larga temporada. Sé que vives de la caza. Te nombro mi cazador, y te señalo un duro diario: aquí tienes dos meses adelantados.

Ernesto puso sobre la mesa sesenta duros.

Mauricio y Petra miraron el dinero, sin comprender aún ni una palabra de todo aquello.

—La caza que matemos, exceptuando algunas piezas que nos condimentará Petra, eres libre de venderla y guardarte el dinero. Yo comeré con vosotros: nada de cumplidos; el modesto cocido, y alguna que otra vez una perdiz encebollada ó un conejo á la vinagreta, que tanto me gusta, y por mi plato te señalo doce reales diarios. El café y el vino corren de mi cuenta. Por el pronto, te entrego ese cajón, donde vienen algunas botellas. Necesito que me cedas la sala, pues algunos ratos pienso pintar. También será preciso que hagas de vez en cuándo algún viaje á Madrid á llevar los cuadros que pinte y á comprar lo que nos haga falta para pasarlo lo menos mal en este desierto. En fin, querido Mauricio, sé que voy á darte muchas incomodidades, que vas á tenerme muchas consideraciones, pero yo procuraré recompensarte lo mejor que pueda.

—Señorito, lo que usted me ofrece es demasiado,—exclamó el guarda,—puesto que puedo vender una parte de la caza que matemos, y usted tira tan bien ó mejor que yo.

—Pero estoy malo, y no tengo hoy las infatigables piernas de otros tiempos; así es que muchas veces no mataremos por faltarme á mí *piés*.

Durante el día, Ernesto, Mauricio y Petra se ocuparon en arreglar la habitación que había de ocupar el primero, quedando pronto convertida la modesta sala del guarda en un estudio de pintor.

—Ahora, amigos míos, sólo me resta advertiros una cosa,—dijo el joven.—Estoy enfermo, y como todos los enfermos, tengo mis rarezas. Cuando me veais encerrado en mi cuarto, cuando después de llamarme dos veces para comer no salga, comed vosotros sin ocuparos de mí.

Mauricio y Petra habían observado que el señorito Ernesto estaba muy pálido y demacrado, y que tenía una tosecilla tan seca y tan tenaz, que nada bueno esperaban de la salud del huésped.

Cuando Mauricio y su mujer se retiraban á su dormitorio, ella dijo:

—Creo que ese señorito vivirá poco.

—Lo mismo digo yo.

—¿Sabes, Mauricio, que se me figura que debe haber en todo esto algún misterio?

—¡Bah! Las mujeres siempre andáis con historias; aquí no hay más misterio sino que el señorito Ernesto está enfermo y viene á restablecerse.

—De todos modos, bien venido sea, pues nos ha entrado con él la fortuna.

Mauricio no respondió. Como su mujer, había sospechado que algún pesar afligía á su huésped; pero más prudente que Petra, se dijo para sí:

—Demos tiempo al tiempo para saber la verdad. En fin, sea lo que sea, el señorito Ernesto es bueno como el pan, y estoy contento de verle en mi casa.

. . . .

. . . .

Ernesto se hallaba encerrado en su habitación. Serían las once de la noche. La luna penetraba por el hueco de las dos ventanas que tenía abiertas. La brisa nocturna llevaba hasta él, envueltos en sus invisibles pliegues, los perfumes de las silvestres plantas de los montes.

A los piés de la cama, sobre dos zaleas de carnero, dormían los dos perros, á quienes había bautizado Ernesto con los nombres de *Roma* y *Florencia.*

El pintor, sentado junto á una mesa, tenía delante una botella de coñac y una copa.

No alumbraba la habitación otra luz que la del astro de la noche.

De vez en cuándo Ernesto bebía un sorbo d coñac, y se llevaba la mano al pecho, respirando con fatiga.

—¡Ah! Sí, sí,—decíase hablando consigo mismo.—La soledad religiosa del monte es lo que me conviene; porque lejos de la inoportuna charlatanería de los hombres, podré dedicar á ella todos los momentos de mi vida. Yo quisiera arrancar de mi alma el recuerdo de aquellas noches de Florencia, y arrancar de mis labios el beso de fuego que quema mi corazón. ¡Imposible! La amo cada día más, pero no codicio su desgracia. ¡Que sea feliz, ya que yo no puedo serlo!

Ernesto bebió de un solo trago lo que quedaba en la copa, y la llenó de nuevo.

—La embriaguez me ha repugnado siempre,—continuó,—pero será mi recurso para olvidar. ¡Qué feliz es el hombre que olvida!

Y Ernesto apuró la segunda copa, haciendo un gesto de repugnancia; mas dominándose á sí mismo, la llenó por tercera vez, apurándola rápidamente.

—Me abrasa la garganta,—murmuró;—pero es preciso que yo duerma, que yo olvide.

Y levantándose, sacó una botella de Champagne del armario en donde se hallaban colocadas, hizo saltar el tapón y bebió con avaricia, diciendo:

—¡Este es el gran vino! ¡Venid, sueños de color de rosa! ¡Venid, aunque seais una mentira, una ilusión, humo vano que desvanece el soplo terrible de la realidad!

Y después de apurar la botella, se dejó caer en la cama, donde no tardó mucho en dormirse, porque estaba completamente embriagado.

. . . .

. . . .

Mauricio y Petra se levantaron con el sol, y con gran asombro vieron, al pasar por la habitación de Ernesto, que se hallaban abiertas las ventanas.

—¿Habrá salido tan temprano?—dijo Mauricio.

Y entró en la sala.

Ernesto dormía. Mauricio cerró la ventana, y salió de puntillas por no despertarle; pero toda la precaución fué inútil, pues Ernesto abrió los ojos y le vió.

—¡Ah! ¿Eres tú?—le dijo.—Buenos días, Mauricio. ¡Qué bien he dormido!

Mauricio observó que su huésped no se había desnudado, y que sobre la mesa se hallaban dos botellas, y manchas, al parecer, de vino.

—¿Sabes, Mauricio, que tengo ganas de probar mis perros?

—Saldremos á dar una vuelta, si usted gusta.

—Espero que me tendrás consideración.

—Andaremos lo que usted quiera.

—Entónces, vamos.

Y Ernesto se puso la canana, cogió una escopeta y llamó á los perros.

A unos quinientos pasos de la casa, Roma y Florencia levantaron los hocicos y movieron con más viveza que lo regular las colas.

—Parece que los perros se alegran,—dijo Ernesto.

—Tienen rastro caliente y no es extraño. Ya sabe usted que el terreno en que nos encontramos es abundante en caza: yo creo que algun día voy á encontrar las perdices dentro de mi casa.

Los perros se quedaron de muestra: Roma con medio cuerpo vuelto hácia el matorral, Florencia á lo largo y con una pata trasera levantada, porque Roma había tropezado con la pieza de sorpresa, y Florencia con el rastro verdadero.

Una banda de pollos de perdiz arrancó con estrépito del medio del matorral al dar la embestida los perros.

Mauricio apuntó á la más grande, que derribó al primer tiro, matando con el segundo un pollo. Ernesto iba tan descuidado, que no tuvo tiempo de hacer fuego.

Desde el rey al matutero, desde el cazador de escopeta al pacienzudo lacero, todos cuantos abandonan las comodidades de su hogar dedicán-

dose á la afición de la caza, son enemigos irreconciliables de la perdiz; por eso la naturaleza la ha dotado de una vista que aventaja á la del lince, de un oído que supera al de la liebre, y de un instinto de conservación tan grande que no hay animal que la aventaje.

Si la perdiz fuera tan dormilona como el lirón y tan indolente como la codorniz, hubiera desaparecido del reino animal antes de inventarse la pólvora.

El lirón tiene, sin embargo, tanto ingenio como sueño; dígalo, si no, la trampa maravillosamente construída por él para coger al incauto pajarillo que va á posarse sobre ella, gozoso de haber encontrado un nido donde depositar sus huevos.

Pero dejemos esta digresión. Si algún día nuestras ocupaciones nos lo permiten, escribiremos un libro para los cazadores que contenga la parte agradable y ridícula de la caza, consignando en él el fruto de muchos años de experiencia pasados en la agresta y grata soledad de los montes.

Volaron las perdices, sorprendidas en su dulce solaz á la sombra de un chaparro, y como el violento y rápido vuelo de la perdiz enardece y pone nervioso al cazador de pura sangre, Mauricio exclamó:

—¿Vamos á ellas, señorito?

—Sí, sí, vamos, ya que yo me he quedado sin descargar la escopeta.

Mauricio olvidó en aquel momento que llevaba por compañero á un enfermo débil y delicado, y tomó á buen paso, ó por mejor decir, al trote, el repecho de un barranco.

Ernesto hizo esfuerzos para seguirle, pero á la mitad de la distancia de la loma se le escapó la escopeta de la mano, extendió los brazos y cayó desplomado. Se había desmayado.

Mauricio se detuvo asustado, cogió en brazos á su huésped y echó á correr hácia la casa, que no estaba lejos. Petra, al verle entrar llevando acuestas á Ernesto, no pudo contener un grito.

Mauricio continuó su camino, y dejó en su cama á Ernesto, que poco después abrió los ojos, enviando una sonrisa de agradecimiento al cazador.

—¡Diantre! ¡Qué susto me ha dado usted, señorito! Yo creía que se despeñaba usted en el barranco.

—Ya lo ves, Mauricio: no sirvo para nada, ni aun para cazar en mano á las perdices. Pero ya me iré reponiendo. Mientras así no suceda, me dedicaré á cazar á espera. Ahora, tranquilízate y déjame descansar un poco; hoy en vez de cazar pintaré: es preciso matar el tiempo.

Una hora después Ernesto, más aliviado, tomaba un poco de alimento y ponía un lienzo en el caballete.

Pensó algunos minutos qué asunto haría primero, y acabó por decidirse, bosquejando la escena que poco antes había tenido lugar en el barranco.

CAPITULO XXIII.

Donde el autor habla de caza, para que digan los lectores: «¡Ya pareció aquello!»

Durante ocho días, Ernesto no volvió á coger la escopeta. Por las mañanas pintaba, por las tardes, seguido de sus perros, se dirigía á una eminencia próxima á la casa, se sentaba en la roca más alta, y como si gozara disfrutando del golpe de vista que aquel punto ofrecía, pasaba largas horas inmóvil como una estatua.

Algunas veces, ya entrada la noche, Mauricio iba en su busca, y ambos regresaban á la casa.

Al noveno día, Ernesto llamó á Mauricio.

—Deseo que vayas á Madrid — le dijo —á entregar este cuadro á la persona que te designaré; pero necesito antes que matemos un jabalí, que quiero regalar á la misma persona.

—Para eso será preciso que nos quedemos una

noche de espera, y como el señorito se halla tan débil...

—No te inquiete mi debilidad; nos quedaremos: necesito el jabalí.

—Puedo matarle yo solo, si usted gusta.

—No, no; quiero acompañarte. ¿Cuándo será eso?

—Esta misma noche; sé dónde va á bañarse una piara de ellos, y es infalible que se mate alguno.

—Con uno basta.

—Pues se matará.

—Entonces, disponlo todo para esta noche.

—Debo advertir á usted que la *espera* se halla tres cuartos de hora distante de aquí.

—No importa, iremos despacio. Saldremos temprano.

—Bien, bien.

Mauricio salió de la habitación de Ernesto meneando la cabeza en señal de disgusto, llegó á la cocina, donde estaba su mujer, y le dijo:

—Petra, esta noche el señorito quiere que vayamos á espera de jabalíes: tiene deseos de matar uno; de consiguiente, cenaremos una hora antes de ponerse el sol. Tal vez no volvamos en toda la noche.

—¡Pero eso es una locura! El señorito no está para pasar al relente tantas horas.

—Ya lo conozco; pero se empeña en que ha de acompañarme...

—Pues no es á propósito para restablecerse el método de vida que lleva.

Mauricio se encogió de hombros, y sentándose en un banco, se puso á liar un cigarro.

—La luna está en menguante. Para matar una ó dos reses es preciso ir á los charcales del barranco de la Culebra, pues allí van de noche á beber agua y á hocicar en el barro. El terreno no es muy cómodo. Dios quiera que el señorito pueda llegar con felicidad.

—¿Se lo has advertido? ¿Por qué no monta tu caballo?

—Sí, mujer, sí; pero dice que quiere ir, y cuando lo dice no hay otro remedio, es preciso darle gusto.

Petra se acercó á su esposo, y bajando la voz, añadió:

—Dime, Mauricio: ¿tú conocías antes al señorito Ernesto?

—Sí; he cazado con él muchas veces, y siempre ha sido lo más bueno y lo más generoso del mundo.

—¿Y tenía el vicio que tiene ahora?

—No, Petra; antes no probaba los licores; bebía vino, pero muy poco. Hoy, ya lo sabes, casi todas las noches...

Mauricio se detuvo, dirigió una mirada hácia la puerta, y luego continuó:

—Ayer le reprendí amistosamente, diciéndole que no podía serle provechoso beber tanto ron, y él, colocando una de sus manos en mi espalda, y sonriéndose con expresión bondadosa, me respondió:

—Querido Mauricio, hay dolores tan terribles, penas tan profundas, que para olvidarlas algunas horas es preciso embriagarse. Mi mal no tiene cura; deja, pues, que beba, que olvide, que duerma.

—¡Cuando yo digo que aquí hay algún misterio!...—dijo Petra.

—Creo que tienes razón; aquí debe haber misterio.

—¿Sabes lo que pienso? Que todo esto debe ser cosa de mujeres.

—¿Y por qué crees que será cuestión de faldas?

—Verás. El otro día entré en la habitación del señorito á limpiar, como de costumbre, y me encontré debajo de la almohada una cinta de seda y un pedazo de lienzo, donde había pintada una cabecita de mujer extremadamente hermosa. No había hecho yo mas que mirar ligeramente los objetos y volverlos á dejar en el sitio donde los encontré, cuando vi entrar precipitadamente al señorito, dirigirse á la alcoba, cogerlos y salir del

mismo modo, mirándome con fijeza, como si quisiera preguntarme si los había visto. Yo me hice la desentendida, y continué limpiando.

—¡Qué curiosas sois las mujeres!

—Te juro que sólo la casualidad...

—En fin, sea lo que sea, puesto que él nada nos dice, nosotros nada debemos preguntarle.

Como se ve, la conducta de Ernesto promovía viva curiosidad en el honrado matrimonio.

A la caída de la tarde Ernesto y Mauricio se levantaron de la mesa.

—¿Llevamos á Roma y á Florencia?—preguntó el pintor.

—Creo conveniente dejarlos en casa,—contestó Mauricio;—no están acostumbrados á la espera, y podrían estropearnos la caza. Llevaré yo mi podenco para que rastree la pieza, caso de quedar herida. *Currito* (éste era el nombre del podenco de Mauricio) se echa á mis piés y no se mueve.

—Vamos cuando gustes.

Mauricio cargó con escrupuloso cuidado la escopeta, y se guardó un frasco con ron en el bolsillo. Ernesto cogió su rifle y salieron.

El sol comenzaba á ocultarse.

—Caminaremos despacio,—dijo Mauricio.—Desde aquí á los charcales habrá escasamente tres cuartos de hora. He reconocido esta mañana

el terreno, y calculo por las huellas que acuden á bañarse una jabalina con siete ú ocho *escuderos*, y dos jabalíes que no bajan de diez años de edad. Los machos vendrán solos, antes ó después que la hembra. Creo que nos divertiremos; pero es preciso tener mucha paciencia, porque aunque todas las reses se disponen á abandonar sus camas casi á una misma hora, unas se hallan más lejos que otras del barranco ó abrevadero, y llegan por consiguiente más tarde. Tenga usted cuidado de hacer fuego á la res antes de que entre en el agua. Si cae muerta, permanecerá usted quieto, porque cuando el abrevadero es querencioso, á los pocos minutos suele presentarse otra, y así sucesivamente se pueden disparar algunos tiros durante la noche. El sitio donde vamos es bueno, y estaremos perfectamente colocados.

Ernesto oía con gusto las lecciones quo le daba aquel hombre inteligente.

Mauricio, que como todo cazador práctico tenía una vista privilegiada, se detuvo, se inclinó para reconocer el suelo, y dijo:

—¡Hola! Por aquí ha pasado un ciervo de *diez candiles nuevos;* aquí están las huellas recientes: la cortadura de la yerba es fresca. La hembra caminaba más á la derecha: por aquí pasó.

—Pero ¿cómo diablos conoces si es hembra ó macho?—preguntó Ernesto, admirándole la seguridad con que hablaba Mauricio.

—Eso es muy sencillo. Un montero práctico no se equivoca nunca. El ciervo tiene el paso más largo que la cierva, y deja mejor hecha la huella; camina con más regularidad, y coloca precisamente el pié de detrás sobre la huella del delantero. La cierva tiene el pié mal hecho; sus pasos son más cortos, y por consiguiente, con las patas traseras no llega nunca á las huellas de las delanteras. En cuanto al conocimiento de la edad por las pisadas, es cuestión de gran práctica. Cuando se sigue el rastro por las huellas, el montero debe conocer si el ciervo que persigue es *estaquero*, es decir, que comienzan á salirle los cuernos, pues tiene un año cumplido; *enodio*, de tres ó cuatro años, ó de *diez candiles nuevos*, que entró en los seis años, ó *ciervo viejo*, que son los de diez años en adelante. A éstos se les conoce fácilmente: tienen los piés delanteros más desarrollados que los traseros.

Después de estas explicaciones que dejaron satisfecho á Ernesto, temió no poderlas poner en práctica sin cometer grandes errores.

De vez en cuándo el cazador de oficio dirigía una mirada furtiva á su compañero, cuya palidez y fatigosa respiracion le inquietaban.

A la mitad de una ladera que debían traspo-ner para llegar á los charcales, situados en un barranco, Mauricio se detuvo y dijo con marcado interés:

—Señorito, veo que usted se fatiga mucho. ¿Quiere usted apoyarse en mi brazo?

—No hay necesidad; pero iremos un poco más despacio, si te parece.

—Como usted guste.

Cuando llegaron á la cima, Ernesto tuvo necesidad de sentarse, y colocando los codos sobre las rodillas, dejó caer la frente en las palmas de las manos.

El cazador nada dijo; de pié, inmóvil, se quedó contemplándole con tristeza.

Mauricio no tenía palabras, pero le sobraba corazón para compadecerse de su huésped, á quien creía gravemente enfermo.

—Podemos continuar,—dijo Ernesto levantándose.

—Ahora el camino es más fácil,—repuso Mauricio.—Los charcales están en ese barranco; antes de un cuarto de hora nos hallaremos cómodamente sentados en nuestros puestos.

Mauricio siguió por una vereda practicada entre la maleza. Ernesto caminaba detrás.

De vez en cuándo el cazador volvía la cabeza para ver si le seguía su compañero.

Cuando llegaron á los charcales quedaban muy pocos instantes de día. Las majestuosas sombras de la noche avanzaban con rapidez, pero la luna iba pronto á hacerlas menos oscuras, pues el disco de su frente asomaba por el horizonte.

—Creo que será conveniente que nos quedemos los dos en un mismo puesto; de ese modo, cuando usted se canse regresaremos á casa,—dijo Mauricio.

—Pero mataremos menos piezas.

—¡Quién sabe! Pueden entrar más de una juntas, y en ese caso elegiremos cada cual la suya.

Mauricio tenía varios tollos hechos alrededor de los charcales; eligió el que le pareció mejor por las huellas recientes de los jabalíes, puso el capote de monte doblado para que Ernesto estuviese con más comodidad, y esperaron perfectamente colocados.

La noche es más grande, más bella, más imponente en medio del Océano ó en un fragoso monte que en las calles de Madrid. En las grandes ciudades se ve por todas partes la mano del hombre, pero en el mar ó en la montaña se ve á Dios.

Ernesto y Mauricio guardaban el más profundo silencio. El pintor se entretenía contemplando

el magnífico astro de la noche, que trepaba majestuosamente por el cielo, llenando el espacio de poética y melancólica luz, que cayendo como lluvia de perlas sobre las copas de los matorrales y las silenciosas aguas del charco, daba una entonación encantadora al paisaje.

Ernesto, como pintor, pensaba sacar un estudio de aquel sitio y hacer luego un cuadro; pero al mismo tiempo pensaba en la esposa del hombre que se había obligado á comprarle todo cuanto pintara durante su permanencia en los montes de Toledo.

La presencia de la luna, el imperceptible movimiento de las copas de las encinas, el silencio de la noche que le rodeaba, le hicieron recordar á Florencia. Cerró los ojos para soñar despierto, y sus labios se entreabrieron en dulce éxtaxis, como si fuera á dar y recibir un apasionado beso de amor.

En aquel momento nada existía para él de lo presente. Su vida era un recuerdo; su alma enamorada le presentaba con todos los colores de la verdad las amantes escenas perdidas para siempre, causa de su desgracia, motivo quizás de su muerte.

Si hubiera entrado en los charcales una manada de cincuenta reses, Ernesto no la hubiera oído; pero afortunadamente, se hallaba á su lado

Mauricio, el cazador de oficio, que sin tener la imaginación preocupada en otra cosa que en lo que allí le había conducido, estaba con la mirada fija, el oído atento y la escopeta colocada en la tronera, dispuesta á despedir la muerte; y como el cazador de pura sangre, cuando se halla de espera, tiene el oído y la vista casi tan perspicaz como la perdiz, por eso sin duda Ernesto sintió que su compañero le tocaba suavemente el brazo.

Ernesto abrió los ojos.

—Despierte usted, señorito; ya los oigo venir.

—No duermo,—contestó el pintor en el mismo tono bajo;—pero yo no oigo nada.

—Pues se acercan, no le quepa á usted duda; están aún bastante lejos, y son hembras: se conocen por la algazara que traen. Los machos caminan más silenciosamente.

Ernesto aplicó el oído, y después de un segundo de inmóvilidad, meneó la cabeza diciendo:

—Pues no oigo nada.

—¿Sí? Pues paciencia, que no tardará usted mucho en taparse los oídos, porque la música de las jabalinas, cuando andan en manada, no es por cierto de lo más agradable. ¡Como que vienen dándose mordiscos y gruñidos las condenadas! Entrarán por aquel claro que tenemos enfrente. Antes de meterse en el baño, al que son muy aficionadas, se detendrán para conocer el terreno.

Entonces debe usted hacer fuego, apuntando á la que se coloque á la izquierda de usted, y sea la más grande; yo me quedaré con la de la derecha, á ver si podemos disparar á un tiempo para quedarnos con dos.

Y Mauricio, colocando la punta de su pié izquierdo sobre el de Ernesto, repuso:

—Cuando yo oprima el pié de usted con el mío, dé *gusto al dedo* y haga fuego. Ahora silencio, pues ya no están lejos.

Dos minutos después, Ernesto oyó perfectamente los gruñidos y algazara que le había anunciado Mauricio.

Esperaron, pues, el momento oportuno, que no debía tardar mucho.

Por el sitio que había indicado Mauricio se presentó de repente una jabalina inmensamente grande, seguida de seis jabatillos, cuya desigualdad de tamaño indicaba ser de dos crías distintas.

Ernesto hubiera podido hacer fuego: la jabalina se hallaba como cinco pasos separada de sus hijos, un poco escorzada y levantando la cabeza en dirección á los charcales.

El pintor volvió la vista para mirar á su compañero; pero éste le indicó con un movimiento de ojos que esperara. Y efectivamente, como á cuarenta varas del sitio que ocupaba la hembra, há-

cia donde ella tenía puesto el hocico, se abrió una maraña y apareció un jabalí casi de doble tamaño que la hembra.

La luna era tan clara, que los cazadores veían perfectamente las piezas.

Ernesto sintió que Mauricio le oprimía el pié, y como tenía perfectamente encarada á la hembra, disparó.

Las dos detonaciones formaron un solo eco en el barranco.

La bala de Mauricio fué tan perfectamente dirigida al codillo, que el jabalí dió un salto, cayendo sin vida después de lanzar un gruñido de rabia. La hembra que había apuntado Ernesto recibió la herida en la cabeza; dió dos vueltas, quiso lanzarse á la carrera, y fué á caer jadeante á la orilla del charcal; hizo un esfuerzo supremo, se levantó de nuevo, y se metió en el agua para volver á caer, revolcándose con las ánsias de la muerte en el fango y lanzando gruñidos desesperados, que poco á poco fueron debilitándose.

En cuanto á los jabatos, habían desaparecido como por encanto.

Mauricio sentía los latidos del corazón de Ernesto, cuyo ruído y precipitación le asustó.

—¿Se pone usted malo?—le preguntó.

—No, no; es el placer que experimento en este instante. ¡Oh! Si volviera á renacer en mí la pa-

sión de la caza, quizá olvidaría una historia que me asesina, que será la causa de mi muerte.

El pintor había revelado en un arranque de entusiasmo á Mauricio la causa de su melancolía, el origen de su enfermedad.

—¿Y qué hacemos ahora?—preguntó Ernesto.

—Ante todo, castrar al macho para que se desangre y pierda la carne el sabor bravío.

Mauricio se incorporó, sacó el ancho cuchillo de monte de la vaina y salió del tollo, dirigiéndose hácia el sitio donde estaba el jabalí muerto.

Ernesto le siguió también, mirando con particular interés todas las operaciones que practicó Mauricio con las reses muertas.

El cazador, después de abrir el vientre desde el orificio al pecho y sacar los bandullos, puso las reses boca abajo para que se desangrasen y quedasen limpias, se lavó las manos y el cuchillo en el agua del charco, y dijo:

—Ahora usted dirá si damos por terminada la cacería ó continuamos de espera, aunque opino por lo primero, pues sería preciso aguardar lo menos dos horas hasta la llegada de otro jabalí.

—Vamos, pues, á casa. Pero ¿y las reses?

—Esas se quedan ahí. Vendré yo luego por ellas con mi caballo.

—Entonces, dame un trago de ron, y en marcha. He pasado un buen rato.

Ernesto bebió, dando el frasco á Mauricio; luego se dirigieron hácia la casa, adonde llegó el pintor bastante fatigado.

CAPITULO XXIV.

Una posdata y una sortija.

Ernesto se dejó caer en la cama, y como siempre, su pensamiento se ocupó de Amparo.

—Mañana—se dijo hablando consigo mismo—ella oirá pronunciar mi nombre, y en el fondo de su alma renacerá el recuerdo de las noches de Florencia. Sus labios, rojos como la flor del granado, recordarán también el beso fatal que me ha hecho el más desgraciado de los hombres, y por la mente del conde de Loreto cruzará débil, pero amenazador, el fantasma de una duda, la sombra de una sospecha.

Ernesto tenía siempre en la mesa de noche una botella de ron; extendió el brazo, cogió la botella y bebió un sorbo.

—¡Cerca de un mes sin verla,—continuó,—y

sin embargo, la ausencia no enfría el fuego devorador de esta pasión que me abrasa! El conde de Loreto tiene más derecho que yo para ser amado, pero indudablemente no la ama tanto. ¿Y qué importa esto á las mujeres? El conde es rico, noble, y la vanidad es el demonio tentador del bello sexo. Si el amor es fuego del alma que presta calor á las ideas de los hombres de genio, yo haré grandes cuadros.

Y Ernesto soltó una carcajada, volvió á coger la botella, y casi la apuró de un trago.

En su rostro, en su mirada, asomaron los síntomas de la embriaguez producida por el alcohol.

Su lengua, torpe y balbuciente, comenzó á hablar en voz alta.

—La luz de sus bellos ojos es el único reflejo que ilumina las profundas tinieblas de mi alma, la que acompaña la fría soledad de mi corazón; las seis letras de su nombre, las notas más armoniosas que resuenan en el fondo de mi pecho. ¡Insensato! Tu vida no es otra cosa que un sueño, que se desvanece ante el soplo de la realidad. Tú recibiste tres besos durante tres noches de luna; aquellos besos encerraban el veneno de tu sangre. Tu vida no es vida; tu amor es sólo un recuerdo. ¿Dónde está la muerte? ¿Por qué tarda? ¿Por qué no llega, cuando la estoy esperando con los brazos abiertos?

Ernesto cerró los ojos. Sus labios se entreabrieron para dar paso á un suspiro, y se quedó dormido pensando en Amparo.

. . . .

. . . .

Mauricio entró en la habitación de su huésped á las cinco de la mañana.

Ernesto se incorporó.

—¿Está todo dispuesto para partir?—preguntó.

—Sí señor; tengo la res grande, el macho, colocado convenientemente en el caballo. Le he quitado las asaduras, y llegará á Madrid perfectamente. De la hembra, según ha dispuesto el señorito, he separado la cabeza y el solomillo; lo demás se quedará en casa.

—Espera un momento,—repuso Ernesto levantándose.

Y cogiendo una carta que había sobre la mesa y una cuartilla de papel, continuó:

—Entregarás esta carta, el jabalí grande y estos dos lienzos al señor conde de Loreto, calle del Barquillo, número..., y comprarás todo lo que va apuntado en esta lista.

Ernesto abrió un cajón de la cómoda, sacó diez monedas de cinco duros y se las entregó á Mauricio.

Luego escribió rápidamente en una hoja de papel:

«Mis buenos y queridos amigos Marcial y Andrés: Os remito una cabeza de jabalí y un trozo de solomillo para que os lo condimenten en el *restaurant* del *Armiño* y almorcéis con los amigos, brindando por este cazador *salvaje* que no se olvida de vosotros.

»Siempre vuestro,—*Ernesto.*»

—La cabeza y el solomillo de la hembra lo entregarás adonde dice el sobre de esta carta, calle del Prado. Anda con Dios y ven mañana si te es posible.

Mauricio salió, despidióse de su mujer, y se encaminó á Toledo, desde donde debía tomar el tren de Madrid.

Ernesto cogió la escopeta, llamó á sus perros Roma y Florencia, y salió también en busca de las perdices, advirtiendo á Petra que volvería á almorzar antes de las doce.

. . . .

El conde de Loreto, Amparo y don Ventura estaban almorzando, cuando entró un criado á decirles que se hallaba en el portal un hombre con todas las trazas de un montañés, y que traía una carta, un jabalí muerto y unos cuadros.

—¡Ah!—exclamó el conde.—Ernesto me ha cumplido su palabra. Di á ese hombre que suba, y subid vosotros la res para que la veamos.

Dos criados cargaron con el jabalí, que fué colocado sobre una mesa del comedor.

—¡Soberbio animal!—exclamó Fernando.—Por lo oscuro de sus cerdas, por sus colmillos retorcidos, debe ser viejo.

—Cumplió los ocho años antes de morir,—contestó Mauricio.—Vale bien la onza de plomo que le causó la muerte.

—Segun veo,—repuso el conde,—Ernesto se divierte en los montes.

—Lo que es divertirse,—contestó ingenuamente el cazador,—todo menos eso; el pobre está bastante enfermo, duerme poco, y no tiene casi apetito. Sólo el café y el ron puede decirse que le alimentan. Yo creo que no se hará viejo.

Todos escuchaban con interés las palabras de Mauricio.

—Me han dicho que me trae usted una carta y unos cuadros,—preguntó Fernando.

—La carta está aquí: los cuadros los dejé en la antesala.

El conde leyó en voz alta lo que sigue:

«Señor conde de Loreto, mi distinguido amigo: Ignoro aún si es provechosa á mi cuerpo esta soledad en que vivo hace veinte días, pero conozco que lo es á mi espíritu.

»Desde las cumbres de estas montañas no se ven los hombres, no se encuentran la animación

ni el bullicio de las grandes ciudades, pero el aire es más puro, el horizonte más limpio, el ambiente más perfumado, y se respira con más libertad.

»De todos modos, yo espero sin sobresalto que se resuelva el problema de mi enfermedad, sin ocuparme mucho de si será ó no ventajoso su desenlace.

»Con el dador de ésta, cazador infatigable y amigo leal, en cuya casa vivo en medio de estos barrancos solitarios, remito á usted el primer jabalí que he muerto, y dos pequeños cuadros representando cacerías, género á que pienso dedicarme mientras tenga fuerzas para sostener el pincel.

»No digo á usted nada del precio de los bocetos que le remito, porque de eso hablaremos cuando usted tenga una docena en su poder. Además, aunque pobre, hoy no necesito dinero: ya avisaré cuando eso suceda. Sea usted mientras tanto mi banquero.

»Para probar á ustedes que no les olvido, desearía me concediera usted el permiso para hacer tres retratos de memoria, aunque se admire al verlos mi leal amigo don Ventura.

»Póngame usted á los piés de la señora condesa, dé de mi parte un abrazo á su padre político, y no olvide que en este desierto está esperan-

do ocasión de servirle y demostrarle su aprecio su seguro servidor Q. B. S. M., —*Ernesto Alvarez.*»

Amparo había oído la carta sin despegar los labios, pero agradeciendo en el fondo de su alma la delicadeza con que estaba escrita.

Sólo le llamó la atención la autorización que pedía para pintar los tres retratos, entre los cuales debía hallarse el suyo.

—¿Cuándo piensa usted regresar á Toledo?—preguntó el conde al cazador.

—Quisiera irme esta noche en el tren de las siete y cuarenta. Mis ocupaciones en Madrid, después de salir de esta casa, se reducen á hacer algunas compras que me ha encargado el señorito Ernesto, y á entregar una cabeza de jabalí y un solomillo á unos señores de la calle del Prado.

—¿Tiene usted inconveniente en decirme qué objetos son esos que le ha encargado Ernesto?

—No señor; aquí está la lista.

Y Mauricio la entregó al conde, que después de leerla, repuso:

—Amigo mío, tengo en casa todo lo que Ernesto desea: no hay, pues, necesidad de que compre usted nada. Ahora almorzará usted mientras yo escribo una carta, luego irá á llevar la cabeza de jabalí á esos señores, y media hora antes de la salida del tren tendrá usted en la estación,

facturado para Toledo, todo lo que pide Ernesto.

Mauricio, con natural sencillez, iba á entregar al conde el dinero que le había dado Ernesto.

—No, ese dinero se lo devuelve usted al que se le dió, y además me hará usted el favor de aceptar esta onza para que compre algunas friolerillas á su mujer.

Mauricio intentó rechazar la onza, pero el conde le obligó á aceptarla.

Luego fué conducido á otra habitación, en donde le sirvieron el almuerzo.

El conde escribió mientras tanto la siguiente carta:

«Amigo Ernesto: Los cuadros son bellísimos, y el jabalí soberbio. Cuando los hombres tienen talento, lo hacen todo bien. Gracias por su buena memoria, gracias porque no nos ha olvidado, á pesar del daño que le hemos hecho.

»Me pide usted permiso para hacer tres retratos; yo se lo doy gustoso, como igualmente las personas que tan perfecta como admirablemente se van á ver trasladadas al lienzo.

»Yo quisiera pasar con usted una temporada para que cazáramos juntos, y por ver si le convenía á que abandonara esa vida solitaria, sobre todo durante los cuatro meses de riguroso invierno.

»Allá veremos si lo consigo: por mi parte, no he de ceder hasta que así suceda.

»Estoy esperando los doce cuadros que me anuncia en la suya, lo cual me prueba que se siente animado para el trabajo.

»Adiós, amigo mío; no olvide usted á los que bien le quieren y le desean todo género de prosperidades.

»Suyo siempre,—*Fernando del Villar.*»

El conde leyó la carta á su esposa, y dijo:

—Ahora, querida, pon cuatro líneas á tu antiguo amigo; tal vez eso le haga bien.

Amparo miró á su esposo, temiendo que aquel deseo envolviera una intención poco grata.

El conde se sonrió, porque había comprendido la duda de su mujer. Así es que rodeando la esbelta cintura de Amparo, y dándole un beso apasionado en la frente, añadió:

—Leo en tus ojos, querida mía, la desconfianza, y lo siento, porque eso me indica que me amas mucho, pero que me conoces poco. Escribe á Ernesto; yo te lo suplico. Cuatro frases tuyas le harán mucho bien; el pobre te ama con toda su alma. Bastante desgraciado le hemos hecho. No seamos egoistas hasta el punto de ser malvados gozándonos en su agonía, en su dolor, que sólo tendrá un término: la muerte. Escríbele, pues, lo que quieras, querida Amparo.

Y el conde, sonriéndose con bondad y dando un segundo beso á su esposa, continuó:

—Yo no leeré lo que escribas. Adiós. Cuando acabes, cierra la carta y entrégasela tú misma á ese hombre.

Y el conde salió.

Amparo se quedó con la carta en la mano, y como si se hallara enclavada en el pavimento.

Aquella confianza que acababa de demostrarle su marido, ¿era verdadera, ó era un lazo?

Amparo no podía creer lo segundo de un hombre tan noble, tan generoso como Fernando.

El conde de Loreto no era un hombre vulgar. Amaba á su esposa, la había perdonado el rasgo de coquetería que cometió con Ernesto antes de conocerle á él, se imaginaba los dolores, los sufrimientos del pintor, á quien quería de veras, y por eso había dicho á su esposa que le escribiera.

Amparo se sentó, cogió la pluma, y durante quince minutos no supo cómo empezar.

De pronto tuvo una idea. Sus ojos brillaron, su semblante se reanimó: diríase como que temía estamparla en el papel; pero haciendo un esfuerzo, escribió con mano insegura:

«Ernesto, amigo mío: Ya que mi esposo concede á usted el permiso para hacer los tres retratos, y creyendo que entre ellos se hallará el mío, le ruego, suplicándole al mismo tiempo que per-

done este capricho de mujer, que no olvide el traje que yo llevaba en Roma cuando vino á presentarme aquel trozo de lienzo donde había bosquejado otro retrato mío, que aún conservo sobre la chimenea de mi gabinete.

»Cuídese usted mucho, pues los que bien le queremos deseamos verle restablecido lo más pronto posible: Su amiga,—*Amparo.*»

La condesa cerró la carta y salió á la habitación donde se hallaba Mauricio, que ya había acabado de almorzar.

—Entregará usted esta carta al señorito Ernesto en sus propias manos,—le dijo.

—Está bien, señora condesa,—contestó Mauricio.

Amparo iba á salir, y se detuvo.

—¿Es usted casado?—preguntó al cazador.

—Sí señora.

—Pues bien, hágame usted el favor de dar á su mujer esta sortija de mi parte, y decirle que cuide mucho al señorito Ernesto.

Y Amparo, como si se avergonzase de aquel arranque, se quitó la sortija que llevaba en un dedo, la entregó á Mauricio, y salió de la habitación, diciendo para sí:

—Él comprenderá que no me es indiferente su amargura, y que su muerte ha de costarme más de una lágrima.

Mauricio se quedó un momento inmóvil; pensaba si aquella señorita tan hermosa tendría mucho que ver con los padecimientos de su huésped.

. . . .

. . . .

A la hora indicada por el conde, Mauricio se hallaba en la estación, donde un criado le entregó un talón del ferrocarril.

—¿Qué es esto?—preguntó.

—De parte de mi amo el conde de Loreto. Con este talón se le entregarán á usted en Toledo, pues se han facturado en gran velocidad, dos butacas y un cajón grande. En él va todo lo que pide el señorito Ernesto.

Mauricio guardó el talón en su cartera y entró en el andén, colocándose en un vagón de tercera clase.

Durante el viaje, el cazador miró muchas veces la sortija, y pensaba en la hermosa señora que se la había dado, diciéndose para sí:

—Creo que voy descubriendo algo del secreto de mi señorito.

CAPITULO XXV.

Donde Mauricio regresa de la corte.

Cuando Ernesto salía solo de caza, se alejaba poco de la modesta morada de Mauricio.

Muchas veces colgaba la escopeta de una encina, y trepando con fatiga á lo más alto del cerro, se sentaba en la última roca, quedándose largas horas contemplando melancólicamente el fragoso paisaje; otras, sin arredrarle el peligro, descendía á lo más profundo de los barrancos agarrándose á las matas, gozándose también en aquellas silenciosas soledades, donde la menor aspiración de los labios halla un eco en la concavidad de las rocas, como si rechazara el sonido de la voz humana.

Entonces olvidaba sus perros, su escopeta y

la caza, y el recuerdo indeleble de Florencia llenaba por completo su imaginación.

Su amor hácia Amparo era tan firme, tan verdadero, tan grande, que llenando todo su sér, había formado en él una segunda naturaleza tan poderosa, que le era imposible desprenderse de ella sin perder la vida.

Conocía, sin embargo, toda la demencia de su pasión, y la aceptaba como se acepta una de esas enfermedades que no se buscan y que causan la muerte.

Si Ernesto hubiera tropezado con una Eloísa, la tierra para los dos amantes habría sido un paraíso; pero encontró una coqueta, y la convirtió en pantanoso charco, que envenenó su sangre al aspirar los maléficos miasmas que despedía.

Su mal era irremediable. El amor tiene á veces su dosis de veneno que causa la muerte.

Sin embargo, el corazón de Ernesto era tan grande, tan noble, tan generoso, que no odiaba á la misma que era su tormento; por el contrario, la amaba más de día en día.

Tal vez, como á toda criatura, un resto de esperanza quedaba en su alma, y de esta esperanza emanaba la dulce compasión que sentía por Amparo.

Por otra parte, el conde de Loreto era un hombre digno de ser amado. ¡Cuán doloroso hu-

biera sido para Ernesto verse postergado por un hombre indigno, por un sér despreciable, como acontece tantas veces en la vida! ¡Cuántos ejemplos pueden citarse de livianas mujeres que mancillaron la honra de hombres ilustres en los brazos de amantes despreciables!

Ernesto reconocía en el conde grandes dotes personales, y esto le hacía menos culpable la conducta de Amparo. Conocía asimismo que si el conde hubiera tenido menos talento y menos mundo, tomando los antecedentes de Roma y Florencia y el parecido de Esther con su esposa por un grave motivo de ofensa, el asunto habría cambiado de carácter.

Tal vez un duelo, y por consiguiente el escándalo que sigue á los casos de esta naturaleza, hubiera allanado á Ernesto las dificultades para llegar hasta Amparo, para ser tal vez amado por ella con la vertiginosa pasión del adulterio.

Pero la conducta prudente, digna y sabia del conde había evitado todos los peligros que amenazaban al marido, á la mujer y al amante, cortando de un solo golpe la cabeza á la repugnante maledicencia, que ya comenzaba á levantarse, sonriéndose de un modo satánico.

Por esto Amparo y Ernesto admiraban la conducta del conde de Loreto; y éste, por su parte, podía dormir tranquilo, con la seguridad de

que su esposa no le había de faltar. Y en cuanto á Ernesto, sabía que de rival intransigente le hallaba convertido en amigo leal.

Amparo, sin embargo, solía pasar desvelada algunas noches. Amaba con delirio á su esposo; pero convencida de que ella era la enfermedad de Ernesto, temía que llegara el instante en que una carta le notificase su muerte; es decir, en su pecho había penetrado el remordimiento, que quita el sueño, que entristece el alma, que coloca una nube en el corazón.

. . . .

Mauricio llegó al monte al amanecer del día siguiente. Petra acababa de levantarse; le oyó silbar, y corrió á abrir la puerta.

El cazador no venía solo: le acompañaba un hombre con tres caballerías menores cargadas con los objetos que el conde remitía á Ernesto.

—¡Calla! ¿Es todo eso para nosotros?—preguntó Petra, después de abrazar á su marido.

—Es para el señorito Ernesto, que se lo regala un amigo suyo de Madrid; pero también traigo un regalito para tí.

—Eso ya lo esperaba, porque los buenos esposos no se olvidan de sus mujeres cuando van á una gran ciudad.

El hombre comenzó á descargar las butacas y las cajas, dejándolo todo junto á la puerta.

Mauricio, mientras tanto, introdujo el índice y el pulgar de la mano derecha en el bolsillo del chaleco, sacó la onza que le había dado el conde, y dijo en voz baja:

—Toma: esto me ha regalado de propina el señorito á quien he llevado el jabalí grande y los cuadros; es para que te compres lo que más falta te haga.

—¡Ah! ¡Una onza! Me alegro que no la hayas cambiado, porque la mujer que es hacendosa y piensa en mañana, cuando cae en sus manos una medalla de éstas, la guarda, como un remedio contra las necesidades de la vida.

—¿Y el señorito?—preguntó Mauricio.

—Duerme todavía.

—¿Salió de caza ayer?

—Sí, un rato por la mañana; vino muy fatigado y apenas comió. El pobre está cada día más triste. Anoche entré á última hora, por ver si se le ofrecía algo, y le encontré con los ojos hinchados, enrojecidos, como si hubiera llorado. Muy grande debe ser la pena que le aflige.

Mauricio guardó silencio; y como el hombre había descargado ya todos los objetos, le pagó su trabajo, diciendo:

—Petra, da á este buen amigo algo que almorzar y que beber.

Mauricio entró en su casa, dirigiéndose á la

habitación de Ernesto, y como reinaba el mayor silencio, pensó que si no respondía llamando quedo, sería mejor dejarle dormir.

Llamó, pues, á la puerta suavemente; pero la voz de su huésped respondió:

—¿Quién?

—Soy yo, señorito.

—¡Ah! Mauricio, espera, voy á abrirte.

Ernesto, cuidando poco de su individuo, se bajó de la cama, abrió la puerta y volvió á acostarse.

—Bien venido seas, Mauricio; no te esperaba tan pronto. Abre la ventana y dame cuenta de tu expedición.

—El conde de Loreto es un señorito muy campechano,—repuso Mauricio.—Después de recibirme con mucho agrado y darme de almorzar como á un príncipe, me regaló una onza de oro.

Mauricio continuó refiriendo todo lo que le había pasado en casa del conde, acabando de este modo:

—En cuanto á la condesa, me entregó esta carta para usted, y preguntándome si era casado, me dijo: «Pues dé usted á su mujer de mi parte esta sortija, y cuiden ustedes mucho al señorito Ernesto.»

El pintor se sintió conmovido hasta el fondo de su alma. Mauricio se apercibió del efecto que

sus últimas palabras habían causado, y sacando la carta y la sortija, se las entregó á su huésped.

—Pero esta sortija es para tu mujer,—exclamó Ernesto, fijando una mirada penetrante en el anillo.

Mauricio se sonrió, y dijo:

—¡Bah! Esa es una joya demasiado delicada para una pobre mujer que está todo el día con el estropajo en la mano. Puede usted guardársela. Además, Petra no sabe nada de esto, y ojos que no ven, corazón que no siente.

Ernesto no pudo contener su alegría y se arrojó en los brazos de Mauricio, cuya conducta delicada le causó profunda admiración.

—¡Ah! Me olvidaba,—añadió Mauricio.—También me han dado los amigos de la calle del Prado una carta para usted.

Y entregando la carta, salió de la habitación con el objeto de dejar solo á su huésped, cuyo secreto comenzaba á descubrir.

Ernesto, al verse solo, besó repetidas veces la sortija, apretándola luego con delirio contra su pecho.

Leyó la carta del conde que ya conocen nuestros lectores, con la posdata de la condesa, la guardó con la sortija en un cajón de la cómoda, y procurando serenarse, se dijo:

—Ella no me ha olvidado: esto siempre es un

consuelo para mi corazón. Veamos lo que me dicen Marcial y Andrés, mis buenos amigos.

Ernesto leyó lo que sigue:

«Ilustre Robinsón de los montes de Toledo: Hemos recibido *tu cabeza* y *tu solomillo*, y mañana se brindará á tu salud en el *restaurant del Armiño*.

»No debe extrañarte que te tengamos por un animal feroz, pues otro nombre no merece el que deja las delicias de Madrid por los salvajes y feraces barrancos de los montes de Toledo.

»A otra cosa. Todas las probabilidades son de que te llevarás el primer premio con tu célebre cuadro de Esther. En ese caso, iremos á entregarte la medalla de oro, y á beber contigo una docena de botellas de Champagne.

»Procura, sin embargo, restablecerte pronto y venir, pues nosotros preferimos comer sentados alrededor de una mesa pisando alfombras y recibiendo el calor de las chimeneas y las luces de gas, á comer en el campo sobre el duro suelo, acariciados por las hormigas y otros seres molestos.

»Te queremos como siempre y te admiramos como nunca.

»Tuyos,—*Marcial y Andrés*.»

Ernesto se sonrió tristemente cuando terminó la lectura de la carta.

—¡Ah!—exclamó.—¡Qué feliz es el mortal que encuentra una mujer que le ama y dos amigos leales y cariñosos! Pero la felicidad no es completa nunca para el hombre. Yo he encontrado lo segundo. ¿Dónde hallaré lo primero?

Y dejando caer la cabeza sobre el pecho melancólicamente, se quedó inmóvil como una estatua.

CAPITULO XXVI.

Donde una zorra estuvo á punto de causar la muerte á un pintor.

Si nos entretuviéramos detallando día por día la vida del pintor Ernesto desde que llegó á casa de Mauricio hasta que dejó de existir, haríamos un libro interminable. Procuraremos, pues, ir tocando solo aquellos puntos que creamos más interesantes.

Ernesto, como hemos dicho, se fatigaba mucho subiendo cuestas, y el cazadero que había elegido no era de los más cómodos.

Un enfermo del pecho puede cazar sin peligro en el soto del Cristo de Rivas, conocido con el nombre de *El Grillo*, y en alguno que otro cuyo terreno plano y suave no fatiga los pulmones; pero los montes de Toledo, los de Almenara en Robledo de Chavela, los cerros de Gózquez y los

pedregosos barrancos del Maestrazgo, no tienen nada de higiénicos para un cazador que goza de poca salud.

Podrá matarse mucha caza, respirarse aires puros, pero son fatigosos hasta dejarlo de sobra. Ernesto, pues, había elegido mal punto para restablecerse; pero como la existencia le importaba poco, era el más á propósito para acabar de destruir sus heridos pulmones.

Ernesto se cuidaba poco. Cuando sentía la mente preñada de tristes ideas, cogía la escopeta, llamaba á los perros y salía. Si tropezaba con un bando de perdices, las seguía hasta que, cansado por la fatiga, se dejaba caer en el suelo, permaneciendo á veces más de una hora sufriendo angustias de muerte.

Muchas veces le sorprendió la noche en los barrancos, y Mauricio, sobresaltado, salía en su busca; entonces el honrado cazador tenía que traer acuestas á su huésped hasta la casa.

Petra y Mauricio se lamentaban en voz baja de la tenacidad del señorito Ernesto, que no quería que se llamara al médico del cercano pueblo.

—Está visto,—decía Mauricio.—La pena que le aflige es tal, que lo que quiere es acabar pronto con la vida, y el día menos pensado nos le encontramos muerto en el monte.

Además, Ernesto, cuya debilidad era extrema,

iba perdiendo de día en día las fuerzas y el apetito, y tenía caprichos temerarios que hacían estremecer á Mauricio.

Una mañana del mes de Marzo (había helado mucho la noche anterior, y el sol, que comenzaba á elevarse por el horizonte, convertía el hielo en blando y resbaladizo rocío que hacía difícil el tránsito por las laderas de los barrancos) Mauricio y Ernesto se hallaban en la cumbre de un cerro, cuando de pronto apareció una zorra en una cuesta cercana. Ernesto disparó sobre ella, y el arisco animal lanzó un gruñido.

El tiro había herido á la zorra en las patas traseras; pero con ese instinto de conservación se arrastró hasta el borde de un barranco, dejándose caer por la pendiente.

Ernesto corrió hasta colocarse en el mismo borde del precipicio.

Mauricio le gritó:

—¡Cuidado, cuidado, señorito! Por ahí no hay paso.

Ernesto dirigió una mirada hácia el abismo, vió á la zorra, que hacía esfuerzos desesperados por llegar á un agujero, donde por fin se metió.

—Indudablemente tiene ahí la madriguera y sus hijos. Si pudiéramos bajar...—dijo Mauricio.

—¿Y por qué no?—contestó Ernesto, avanzando con impavidez hácia la abertura del abismo.

—El terreno está resbaladizo; es una temeridad descender por este despeñadero. Uu paso en vago, un vahido, precipitaria á usted á quinientas varas de profundidad, sobre un lecho de pedernales que jamás ha hollado el pié del hombre.

Ernesto se inclinó, y agarrándose á una mata que crecía en el mismo borde del abismo, comenzó á descender, buscando apoyo para los piés en los picos salientes de las rocas y los arbustos que crecían entre las grietas.

Mauricio palideció segunda vez, comprendiendo el peligro inminente que corría su huésped; pero Ernesto, deteniéndose en su descenso y levantando la cabeza, dijo sonriéndose:

—Nada temas, mi buen Mauricio; nadie se muere hasta que Dios quiere; y si sucediera que faltándome uno de los apoyos que busco con calma me precipitara en el abismo, te prevengo que en mi cartera hallarás un testamento que te libra de toda responsabilidad.

Y continuó descendiendo.

Mauricio sujetaba con trabajo los perros, mirando con espanto á Ernesto.

No le faltaba valor al cazador para bajar por aquel difícil y arriesgado camino; pero esto hubiera sido una imprudencia, pues bajando detrás, aumentaba el peligro del joven pintor de un modo grave.

Mauricio era un buen cristiano, creía en los destinos de la Providencia, y calculando que de aquel peligro sólo Dios podía salvar á Ernesto, le encomendó con fervor al Altísimo.

El descenso de Ernesto hasta llegar al grupo de rocas donde se había refugiado la zorra herida, duró cuatro minutos.

El pintor dirigió una mirada serena hácia el abismo, murmurando en voz baja:

—Es más profunda la soledad de mi alma.

Mauricio cerró los ojos veinte veces, creyendo que su amo iba á despeñarse cuando al colocar el pié ó la mano en alguna mata cedía ésta.

Por fin Ernesto llegó á una especie de plataforma. Allí estaba seguro, pero era sumamente difícil subir, pues para ello se necesitaba bastante fuerza en las muñecas.

De repente Mauricio, que se disponía á bajar, observó que se doblaban las rodillas de Ernesto, y que caía desplomado sobre la roca que le sostenía, dando con la cabeza en un chaparro, que providencialmente le salvó de un golpe de muerte.

Mauricio lanzó un grito desgarrador. Al pronto creyó que su huésped rodaría por la pendiente, y entonces era indudable que su cuerpo, hecho mil pedazos, no pararía hasta llegar al fondo del abismo. Con gran sorpresa suya, vió que el mis-

mo chaparro que crecía en la grieta de las rocas detuvo el cuerpo de la mortal caída; pero observó también que el cuerpo estaba inmóvil y como muerto, y que de la boca salían algunos esputos de sangre.

Mauricio, dejándose llevar de su generoso corazón, confiado en sus hercúleas fuerzas, descendió rápidamente hasta llegar adonde estaba Ernesto, completamente desmayado.

Durante diez minutos hizo todos los esfuerzos imaginables para devolverle el conocimiento; aplicó la botella del ron á la nariz, y roció la cara con agua que llevaba en otra. Nada: Ernesto parecía un cadáver.

Entonces, despreciando el inmenso peligro que le cercaba, se quitó la faja, ató con ella á Ernesto, sujetándoselo á la cintura, y con la desesperación del náufrago comenzó á trepar por la ladera, llevando suspendido de las caderas el desvanecido cuerpo de su huésped, que oscilaba sobre el abismo como el péndulo de un reloj.

Si la buena Petra hubiese asomado en aquel instante y visto el peligro que corría su marido, se hubiera muerto de miedo. Dios, indudablemente, que ve y premia las buenas obras, dió fuerzas en aquella ocasión á Mauricio para llegar á la cumbre, salvando á su huésped y salvándose él mismo.

Cuando se vió fuera del abismo, lanzó uno de esos suspiros que dilatan el pecho, y cayendo de rodillas junto al exánime cuerpo de su compañero, dió las gracias á la Providencia, que les había salvado de tan inminente peligro.

El pintor seguía sin recobrar el conocimiento.

Entonces Mauricio se colgó las escopetas de los hombros, alzó en sus robustos brazos á Ernesto, y se encaminó precipitadamente á la casa, que no estaba lejos de aquel sitio.

Petra, al verle entrar pálido, cubierta la frente de sudor, la respiración fatigosa y llevando á Ernesto desmayado en brazos, cuyo rostro se hallaba manchado de sangre, lanzó un grito de espanto, y exclamó:

—¿Qué es eso, Mauricio?... ¿Qué es lo qué ha pasado? ¿Por desgracia se ha muerto el señorito Ernesto?

—No, no está muerto,—contestó Mauricio,—está solamente dasmayado. No te asustes; ayúdame á colocarle en su cama.

Un cuarto de hora después Ernesto abrió los ojos, dirigió una mirada vaga en derredor suyo, y viendo á su lado á Mauricio y á Petra, extendió las manos para estrechar las de sus leales patrones, y dijo con débil acento:

—Gracias, amigos míos; os debo la vida, y os lo agradezco con toda mi alma, porque no quiero

morirme hasta que concluya los tres retratos que he ofrecido al conde de Loreto.

—¡Canastos, señorito!—repuso el cazador.—En verdad que el peligro ha sido grande. ¡Qué maldita zorra!

Ernesto no contestó, pero cogiendo la mano de Mauricio, la estrechó contra su pecho con fraternal cariño.

CAPITULO XXVII.

El ángel de la muerte.

Durante quince días Ernesto apenas salió de casa; pintaba por la mañana y por la tarde. Sólo algunos cortos momentos dejaba su tarea, para dar un paseo por delante de la casa.

Viendo pintar á aquel joven, pálido, calenturiento, con los ojos hundidos y la respiración fatigosa, diríase que tenía ese afán del hombre de genio que presiente la muerte y quiere concluir la obra que debe inmortalizarle.

Se hallaban terminados el retrato del conde de Loreto y el de don Ventura, y tenía entre manos el de Amparo.

Algunas veces llamaba á Mauricio y le preguntaba:

—Tú los conoces. ¿Se parecen?

—¡Oh! ¡Ya lo creo, señorito! Son ellos mismos.

Ernesto daba un cigarro á Mauricio, encendía él otro, á pesar de la tos que le causaba el humo, y continuaba pintando.

En la habitación del pintor, gracias á los regalos del conde de Loreto, se encontraban todas las comodidades apetecidas. Cuatro pieles de león alfombraban el suelo; dos elegantes y cómodas butacas de terciopelo verde recibían en sus brazos á Ernesto cuando se sentía fatigado.

Muchas veces decía el pintor, sentado junto á la chimenea y tomando una rica taza de café:

—Esto no es vivir en el monte: esto es tener un oasis en medio del desierto.

Una mañana recibió una carta de sus amigos Marcial y Andrés, diciéndole que le habían adjudicado el primer premio, y que iban á llevarle la medalla: que mandara un hombre á la estación de Toledo para que les acompañara al monte.

Ernesto llamó á Mauricio y le dijo:

—Mañana deben llegar á Toledo unos amigos de Madrid que van á pasar un par de días conmigo. Es preciso que les esperes en la estación, que busques las caballerías que te hagan falta, y que los conduzcas aquí. También sería conveniente que trajeses algo de la ciudad, si le hace falta á tu mujer.

Ernesto guardó los retratos para que no los

vieran sus amigos. Era avaro de su secreto; no quería que le profanara la publicidad.

Marcial y Andrés no eran cazadores; pero la afición de la caza es innata en todos los hombres, sin duda porque los conejos no llevan revólver para defenderse, ni las perdices disparan dardos contra sus perseguidores.

Dicen que la caza es imagen de la guerra, sin duda porque se quema pólvora y se derrama sangre; pero yo creo que de la guerra á la caza hay mucha diferencia, y á buen seguro que no vendería el gobierno de Madrid todos los años treinta y seis mil licencias para cazar, si el cazador corriera tanto peligro como el soldado delante del enemigo.

Pero que á todos les gusta disparar contra los cobardes conejos, las inofensivas perdices y las perezosas liebres, es tan cierto que apenas se encontrará un ciudadano que, hallándose en un monte poblado de caza, y teniendo á su disposición una escopeta, no intente derramar sangre, aunque no sea más que por bautizarse con la cruz de San Eustaquio sobre la frente, y decir: «Yo he dado en la carne.»

Llegaron los amigos de Ernesto, y después de los abrazos y las exclamaciones ante el salvaje y feraz panorama que tenían delante, se habló del cuadro de Esther, se almorzó, se tomó café, se

bebieron tres botellas de Champagne, y se pensó en cazar, puesto que había escopetas y caza.

Mauricio dispuso unos ojeos, y si bien los cazadores no estuvieron muy felices, en cambio vieron con abundancia correr por el suelo la caza de pelo y volar por los aires la de pluma.

Por la noche Petra sirvió una comida, si no muy variada, perfectamente aderezada y abundante.

La juventud tiene buen estómago. Comieron mucho y bebieron más. Se habló del regreso á Madrid de Ernesto, y éste les dijo:

—No pienso por ahora abandonar estos montes, me hallo aquí perfectamente. Me he convencido de que la soledad del campo, el saludable ambiente de estos cerros, son para mí mucho más provechosos que la vida agitada de las grandes ciudades.

Todas las reflexiones de Marcial, todos los consejos de Andrés, no lograron convencer á Ernesto. Sus amigos se persuadieron de que por entonces era inútil hablar de semejante asunto.

Tres días permanecieron en el monte los amigos del pintor. Llegó la hora de la partida. Marcial tenía en ensayo una comedia, y no podía retardar su vuelta á Madrid. Se despidieron, ofreciendo hacerle otra visita para el mes de Mayo, si es que no había abandonado por entonces los montes.

Ernesto, desde la cumbre de un cerro, les vió alejarse montados en sus modestas cabalgaduras y cantando el coro de brujas de *Macbeth*.

—Ellos son felices,—se dijo con triste entonación,—porque en sus pechos vive la alegría de la juventud, la esperanza de la gloria. Id en paz, hermanos míos, á quienes no volveré á ver más, como no exista algo más allá de la vida oculto á la mirada del hombre detrás de ese cielo azul que se extiende sobre mi cabeza.

Ernesto se sentó. Una revuelta del camino había ocultado á sus amigos, á quienes, como acababa de decir, no volvería á ver más.

Durante una hora permaneció inmóvil, como la misma roca que le servía de base.

Luego se levantó, y pausada y tristemente se dirigió á la casa, sacó el retrato de Amparo, lo colocó en el caballete y se puso á pintar.

. . . .

Cuando algún conocido de Mauricio iba á los montes á cazar, Ernesto se encerraba en su habitación, y pocas veces salía. Pintaba, leía y bebía ron.

Se hallaba bastante enfermo, pero seguía rechazando los consejos de sus amigos y los auxilios de la ciencia.

Durante los meses de la primavera pareció

fortalecerse un tanto. Pasó el estío algo aliviado; trabajaba poco, y aunque dos veces había mandado á Mauricio á Madrid á llevar cuadros y caza al conde, quedaban en su poder los retratos completamente concluídos, diciendo:

—Esto será mi despedida, mi testamento.

Llegó el mes de Octubre, y Ernesto, con los primeros fríos, sufrió una recaída y perdió por completo la gana de comer; apenas se levantaba de la butaca, y esto para meterse en cama.

Mauricio y Petra tenían con frecuencia largos ratos de conversación con él para convencerle de que se llamara á un médico.

—Es inútil, amigos míos,—les decía;—tal vez dentro de poco me haga más falta un sacerdote.

Una noche Ernesto se puso tan malo, que Mauricio, sin consultar á nadie, montó á caballo, se fué al pueblo de Orgaz y trajo un médico.

Ernesto, al verle entrar, al conocer á lo que venía, se encogió de hombros, dirigió una mirada de gratitud á Mauricio, y dijo:

—Todo está demás. Creo que mañana lo que debe venir es un sacerdote.

El médico vió que efectivamente la enfermedad de Ernesto era incurable; recetó por recetar, y dijo que se le llamara si ocurría algo de nuevo.

Al salir, dijo á Petra:

—Dense ustedes prisa en llamar al cura: este hombre apenas tiene tres días de vida.

Petra lloró, y contó á su marido lo que le había dicho el médico.

El honrado matrimonio estaba vivamente afectado.

Cuando aquella noche entró Mauricio con la luz, Ernesto se hallaba sentado sn una butaca, cerca de una mesa.

Ardía una buena lumbre en la chimenea, pues aunque el frío no era mucho, Ernesto se quejaba de que sentía helados todos sus miembros; era la muerte, que avanzaba á paso de gigante para apoderarse del corazón, para extinguir la vida de aquel cuerpo y separar un alma de la materia.

—Mauricio, deja la luz, acerca esa butaca, y siéntate á mi lado,—le dijo el pintor;—tenemos que hablar, y hay muy poco tiempo que perder.

Mauricio obedeció sin decir una palabra. Sólo de vez en cuándo miraba furtivamente el cadavérico semblante de su huésped, pensando que había visto muertos con mucha mejor cara.

—Todo en este mundo tiene su término, amigo mío,—añadía Ernesto con voz débil y pausada.—El día nace y muere, como la planta y el

hombre. La vida, como el canto del pájaro, como la hoja de los árboles, está sujeta á la voluntad del Hacedor. Rebelarse contra ese fallo infinito es una locura, una temeridad ó una cobardía. Nadie se salva de la muerte por decir con toda la fuerza de la desesperación: «No quiero morir». Así pues, es preciso resignarse. Todo el saber, toda la ciencia, toda la grandeza del hombre, no es suficiente para alargar un solo segundo la existencia. Alejandro como César, Aristóteles como Cicerón, murieron cuando sonó su hora, á pesar de ser quienes fueron. La mía se acerca, y es preciso disponerlo todo para el último viaje.

Ernesto se detuvo, respiró, llevóse la mano al pecho y fijó sus ojos en Mauricio, cuyo semblante compungido manifestaba la honda pena de su alma, porque las palabras sentenciosas y tristes de su huésped, á quien quería como á un padre, le afligían sobremanera.

—Quiero, pues, mi buen Mauricio, enterarte de lo que debes hacer al día siguiente de mi muerte, que no está lejos. Por eso te he suplicado que te sentaras, que me dedicaras la velada. Os he dado muchas incomodidades, tanto á tí como á tu mujer; habéis sido buenos amigos conmigo, os debo muchos favores, y es por consiguiente en mí un deber no olvidaros en la hora de mi muer-

te. Quisiera ser rico como un nabab para dejaros toda mi fortuna, pues ya sabes que no tengo parientes directos; mas soy bastante pobre, y haré todo cuanto pueda para recompensaros en parte los beneficios que he recibido de vosotros.

—Pero, señorito, nosotros somos los que debemos estar agradecidos á usted,—exclamó Mauricio,—porque desde que tuvimos la fortuna de verle entrar por la puerta de casa, han sido mucho mayores las recompensas que hemos recibido que los insignificantes servicios que hemos prestado. Por consiguiente, no hay que hablar de eso.

—El interés, el cariño que me demostráis á mí, pobre enfermo, no puedo pagarlo nunca bastante. Pero dejemos esa cuestión, y escucha.

Ernesto hizo una pausa, cogió un rollo de papeles y una carta, y dijo:

—Cuando yo muera, después de dar sepultura á mi cuerpo te trasladarás á Madrid, donde es preciso que desempeñes dos comisiones de la mayor importancia. Esta carta á mis amigos de la calle del Prado, y los tres retratos y esta otra carta al señor conde de Loreto. Indudablemente todos, al saber que he dejado de existir, querrán adquirir detalles de mi muerte; diles lo que veas, la verdad. Y ahora sólo me resta decirte, como lo verás escrito y firmado en esta hoja de papel, que te lego en herencia, como libre dueño que soy de

hacerlo, todo cuanto me pertenece; es decir, que todo esto que nos rodea, incluso el poco dinero que hallarás en el primer cajón de la cómoda, es tuyo y de tu mujer.

Mauricio, que hacía un rato estaba luchando por contener las lágrimas, se llevó las manos á los ojos para taparse la cara, pues no pudo resistir por más tiempo el deseo de llorar.

—Vaya, no te aflijas; dame un abrazo y retírate á descansar. Sólo te ruego que mañana temprano me traigas un sacerdote, pues bueno es pensar en Dios algunos minutos antes de morir, cuando ha estado uno tantos años ocupándose sólo de los pigmeos de la tierra.

Mauricio deseaba á la verdad salir de aquella habitación para llorar á sus anchas; entró en la cocina haciendo pucheros, refirió á Petra todo lo que había pasado, y acabaron por prorrumpir en amargo lloro los dos esposos.

Aquella noche ni Petra ni Mauricio pudieron dormir.

De vez en cuándo se acercaban de puntillas hasta la puerta, y miraban por el ojo de la cerradura.

Ernesto permanecía sentado en la butaca, ora escribiendo, ora con los codos apoyados en el borde de la mesa y la frente puesta sobre las manos.

Poco antes de amanecer, Mauricio montó á caballo y se fué en busca del sacerdote.

A las siete de la mañana Ernesto vió entrar un viejo de rostro bondadoso y cabellos blancos. El traje negro, el alzacuello, y sobre todo la dulce unción de aquel rostro, le hizo comprender que tenía delante al padre de almas de algún pueblo inmediato.

El sacerdote y el pintor permanecieron encerrados tres horas. Lo que hablaron pertenece al secreto impenetrable de la confesión.

Al salir el padre de almas, entró Mauricio.

Ernesto le dijo:

—Ten la bondad de colgar ese lienzo en el caballete y de llevar esta butaca junto á la ventana. Voy á pintar mi última obra.

Ernesto cogió la paleta y los pinceles, sentóse, pues se hallaba muy débil para tenerse en pié, y comenzó á bosquejar una Virgen de los Dolores.

A pesar de su estado, su mano pintaba con increible ligereza.

La calentura de la muerte guiaba su brazo.

En día y medio pintó una hermosa Madre del Nazareno, de cuerpo entero; pero aquella Virgen, á pesar de la dulce melancolía de su semblante, era un retrato de la condesa de Loreto.

Indudablemente aquel lienzo improvisado,

aquel boceto hecho á las puertas de la muerte, era la más bella obra de Ernesto.

Mauricio y Petra se quedaron asombrados al verle concluído.

—¡Ah! ¡Qué lástima que un hombre así muera tan joven! —exclamó el rudo cazador en un arranque de sublime entusiasmo.

—Mauricio, —le dijo Ernesto, —cuando yo muera entregarás ese lienzo al buen sacerdote que oyó mi confesión, y le dirás que ya que los franceses robaron de una capilla de su modesta iglesia una hermosa Virgen de los Dolores, yo le regalo ésa para que la coloque en su lugar, aunque no valdrá, de seguro, ni la quinta parte de lo que valía la otra.

Al día siguiente Ernesto conoció que le quedaban pocos minutos de vida.

Un sol hermoso penetraba por el hueco de la ventana.

El joven enfermo permaneció cerca de media hora con la mirada fija en el cielo y las manos plegadas con religioso recogimiento.

Petra y Mauricio, que se hallaban á su lado, no se atrevían á interrumpir aquel dulce éxtasis.

—Amigos míos,—dijo Ernesto, extendiendo los brazos y cogiendo las manos de Petra y Mauricio,—¿veis esa pequeña y blanca nube que se halla suspendida en el espacio?

Los dos miraron hácia el cielo, pero no vieron nube alguna. Sin embargo, Petra contestó débilmente:

—Sí.

—Pues bien, en medio de esa nube viene á buscarme el ángel de la muerte. ¡Oh! Es más bello de lo que yo creía. Su ropaje es blanco como el disco de la luna, brillante como la plata bruñida. Sus ojos son negros y de un brillo tal, que apenas pueden sufrir las pupilas del hombre. Su rostro, pálido y lleno de bondad, se sonríe con una sonrisa fría que penetra hasta la médula de los huesos. Sobre su frente despejada se lee la palabra *perdón*, y sus brazos compasivos se extienden hácia mí como para recibirme. ¡Ah! ¡Si yo pudiera retratarle!... Pero probaré. ¡Dadme la paleta y los pinceles! ¡Colocad un lienzo en el caballete!

Ernesto apretaba las manos de Petra y de Mauricio; pero de pronto las soltó, y exhalando un débil gemido, se las llevó á los ojos, y dijo con débil acento:

—¡No puedo!... ¡No puedo!... ¡He perdido la luz de los ojos!... ¡Estoy ciego!... ¡Amparo!... ¡Amparo!... ¡Te amo como nunca!... ¡Dios mío!... ¡Recíbeme!...

Los brazos del pintor cayeron sin fuerzas, se estremeció su cuerpo, se abrieron y cerraron tres

veces sus párpados, y un débil quejido se escapó de su pecho.

Después quedó inmóvil en la butaca, y reinó el silencio frío de la muerte.

El alma del pintor había abandonado la materia.

Ernesto no existía.

¡Pobre hijo del genio! ¡Pobre soñador, que había trocado su gloria, su porvenir y su vida por un beso!

Mauricio y Petra se arrodillaron junto á la butaca en donde yacía su huésped, y con los ojos llenos de lágrimas rezaron por el eterno descanso de aquel desventurado joven que había dejado de existir, y en cuyos pálidos y entreabiertos labios creyeron notar una sonrisa triste, quejumbrosa, como la muerte que la había producido.

CAPITULO XXVIII.

Donde se dice la última palabra.

El sacerdote que había asistido al infortunado pintor, en agradecimiento de la bellísima Virgen de los Dolores que había regalado á la iglesia, celebró una misa cantada por el descanso del alma del artista.

Mauricio dió sepultura al cuerpo de Ernesto en la villa de Orgaz.

Después de cumplidos estos tristes deberes, Mauricio se dispuso á obedecer las últimas disposiciones de su huésped.

Lo arregló todo para el viaje, y dijo á su mujer:

Mañana voy á Madrid á desempeñar las comisiones que me dió el pobre señorito Ernesto. Durante mi ausencia, si no quieres quedarte sola,

te llevaré á Toledo; yo creo que no tardaré más de tres días.

—Puedes irte tranquilo y sin prisa; yo no dejo la casa donde se hallan todos nuestros intereses. Además, los pastores tienen el *chozo* cerca de aquí; si ocurriera algo, ya sabes que me prestarían su ayuda.

Mauricio partió.

La carta que Ernesto escribió á sus amigos de la calle del Prado se reducía á una tierna despedida.

Sigamos, pues, á Mauricio á casa del conde de Loreto.

Fernando del Villar, á quien un coche esperaba á la puerta, bajaba la escalera de su casa cuando vió entrar á Mauricio con los tres cuadros perfectamente empaquetados.

El conde se detuvo al reconocer al cazador de los montes de Toledo.

—¡Ah! ¿Es usted?—le dijo.—¿Cómo sigue mi amigo Ernesto?

—El señorito Ernesto ha dejado de existir,—contestó con gravedad Mauricio.

—¡Cómo! ¿Ha muerto?

—Hace cuatro días, señor conde.

—¡Pobre muchacho! Pero suba usted, suba usted.

El conde comenzó á subir precipitadamente,

seguido de Mauricio, cruzó varias habitaciones, y entró en un elegante y lujoso despacho.

—¡Muerto!...—repitió el conde dejándose caer en una butaca.—¡Pobre Ernesto! No esperaba yo semejante pérdida tan pronto. Siéntese usted, siéntese usted, amigo mío, y dígame el objeto de su venida, pues supongo que alguno tiene, además de anunciarme tan irreparable desgracia.

—El señorito Ernesto me encargó el día antes de su muerte que trajera al señor conde estos tres retratos y esta carta.

El conde, que verdaderamente se hallaba afectado, volvió á levantarse, desató el bramante que sujetaba los tres cuadros, y colocando cada uno en una silla, levantó el trasparente del balcón para que entrara más luz.

Cuando sus ojos se fijaron en los retratos, y en particular en el de la condesa, no pudo contener una exclamación, un grito de asombro.

—¡Esto es admirable! ¡Esto es asombroso!—dijo.—¡Ah! ¡Qué lástima que hombres así vivan tan poco!

Y se quedó inmóvil y como extasiado delante del retrato de su esposa.

El conde era un hombre inteligente en pintura. Había viajado mucho y había visto mucho; conocía toda esa colección de retratos célebres que honran á sus autores desde las paredes de

los museos; pero ninguno le había causado tanto efecto como el lienzo que tenía delante.

El retrato de Amparo era una obra maestra por el dibujo, por el color, y sobre todo por el admirable parecido.

Además, la boca de aquella mujer, perfectamente modelada, tenía una expresión tal, que parecía notarse la vida en ella. Hubiérase dicho que aquellos labios húmedos, de un color bellísimo, un poco entreabiertos, palpitantes de amor y de ternura, iban á dar uno de esos besos que inflaman para siempre el alma del hombre que los recibe.

Los ojos, de belleza irresistible, medio velados por las largas pestañas, respiraban también amor y melancolía.

El conde de Loreto jamás había encontrado tan hermosa á su mujer como en aquel instante en que la comparaba con un retrato exactamente parecido al original; pero era que aquel retrato, en donde la mano del pintor no se había servido de la adulación, tenía algo más que la frialdad inmóvil de una pintura; tenía, por decirlo así, el alma del artista oculta detrás de los ojos, á través de aquella boca encantadora.

Nadie al ver el retrato hubiera dudado de que se hallaba un beso suspendido de los divinos labios de aquella mujer, y sin embargo, el pintor

no había violentado ni en una sola línea, ni en la más delicada sombra, la posición natural de aquella incomparable boca.

El conde, que así lo comprendió, tuvo el retrato por una obra maestra, y amante del arte que inmortalizó á Rafael, no sabía apartar los ojos del lienzo.

Durante un cuarto de hora Fernando permaneció como extasiado; Mauricio, triste y silencioso á su lado.

Cuando se cansó de contemplarle, vió que tenía una carta en la mano. Era la que poco antes le había entregado el honrado Mauricio.

Rompió el sobre, y leyó lo que sigue:

«Señor conde de Loreto, mi buen amigo: Próximo á entregar el alma á Dios y el cuerpo á la madre tierra, tomo la pluma con mano débil para enviar á usted mi despedida.

»Cuando usted reciba ésta habré dejado de existir. Un sér menos en la tierra, una partícula de polvo más en algún ignorado cementerio de estas comarcas; pero en cambio, otros seres nacen mientras el viento se lleva el polvo de los que mueren. El mundo sigue su marcha: ésta es la cadena de la humanidad.

»Remito á usted los tres retratos ofrecidos. Son mis últimas obras; después de ellas, mis pobres pinceles no ofenderán más al arte embadur-

nando lienzos, echando á perder colores. El único mérito que puede atribuírseles será el parecido, y eso sin duda porque yo, durante mi voluntario y penoso destierro, no he olvidado á ustedes ni un solo instante.

»Voy á concluir pidiendo á usted un favor, pues me siento fatigado. Mauricio y Petra, es decir, el hombre que entregará á usted esta carta y su esposa, han sido para mí durante mi enfermedad dos hermanos cariñosos. Si yo fuera tan rico como lo fué Salomón y les dejara toda mi fortuna, creo que no les pagaría lo que les debo; pero soy pobre, y sólo puedo pagarles con amor y agradecimiento los beneficios recibidos.

»Así pues, señor conde, le ruego que entregue á Mauricio el valor que guste dar á los tres retratos, para que tenga con esa cantidad una recompensa de lo mucho que le debo.

»Mauricio es un honrado cazador de oficio que me ha servido con desinterés y sin la esperanza de la recompensa: no sabe, por lo tanto, que me ocupo de él en esta carta.

»Dispense usted la libertad que me tomo, y no olvide nunca que lanzaré el último aliento bendiciendo á mis amigos.

»Póngame usted á los piés de la señora condesa, y dé un adiós de eterna despedida á mi buen amigo don Ventura.—*Ernesto.*»

El conde terminó la lectura de la carta conmovido; la dobló y la guardó en el bolsillo.

En sus ojos se notaba cierta humedad, precursora de las lágrimas.

Mauricio, viendo que el conde guardaba silencio, y deseando terminar aquella entrevista, dijo:

—Si el señor conde me lo permite, voy á retirarme, pues quisiera esta noche regresar á Toledo.

El conde se dirigió hácia la caja de hierro, la abrió, y después de meditar un momento, se puso á contar billetes de Banco.

—Usted, Mauricio,—dijo Fernando,—ignora sin duda el encargo que mi amigo Ernesto me hace en esta carta.

—Sólo me dijo que se la entregara al señor conde, juntamente con los retratos.

—Pues bien, Ernesto me encarga entregar á usted seis mil duros que le debo.

—¿A mí?—contestó con marcada admiración el cazador.

—Sí, á usted.

—Pero ¿qué tengo que hacer con ese dinero? Porque nada me dijo al morir.

—Guardarlo para usted.

—¡Eso es imposible! Seis mil duros es una cantidad demasiado grande para un pobre como yo.

El conde, admirado de la honradez de aquel hombre, tuvo un pensamiento noble, y añadió:

—Dispense usted: me he equivocado.

—Vamos, ya decía yo que no podía ser,—repuso Mauricio casi contento.

—Me he equivocado en la suma,—continuó el conde;—en vez de seis mil son diez mil.

Mauricio palideció. Aquello era una fortuna que le aplanaba.

El conde mientras tanto contó los diez mil duros en billetes del Banco de á cuatro mil reales, y colocándolos luego en una faja, se acercó á Mauricio, diciendo:

—Esto es lo que Ernesto Alvarez deja en herencia á Mauricio y á Petra por su generoso comportamiento, por sus bellos sentimientos. Ahora yo, el conde de Loreto, ofrezco á Mauricio, cuando se canse de ser cazador de oficio, la plaza de guarda mayor en un monte de Asturias, con veinte reales diarios, casa, leña, y otros aprovechamientos que no recuerdo.

Y el conde, estrechando la mano del honrado montañés, continuó:

—Vaya usted á Toledo, participe á su mujer lo que el señorito Ernesto dispuso en su última carta, piensen con calma lo que más les convenga, que aquí me hallarán siempre dispuesto á cumplirles la palabra.

Mauricio cogió con mano trémula los diez mil duros, estrechó luego contra su pecho la del conde, y con los ojos enrojecidos y el rostro conmovido, dijo:

—¿Qué he hecho yo para merecer tantos favores?

—Ser hombre de bien, ser hombre justo,—contestó el conde.

—¡Ah! Mi pobre Petra se va á volver loca de alegría. ¡Ella, que dentro de poco será madre! ¡Ella, que nunca se ha visto con mil reales! ¡Ella, que es tan hacendosa! Si tenemos hijos, todos aprenderán á bendecir los nombres del señorito Ernesto y del conde de Loreto.

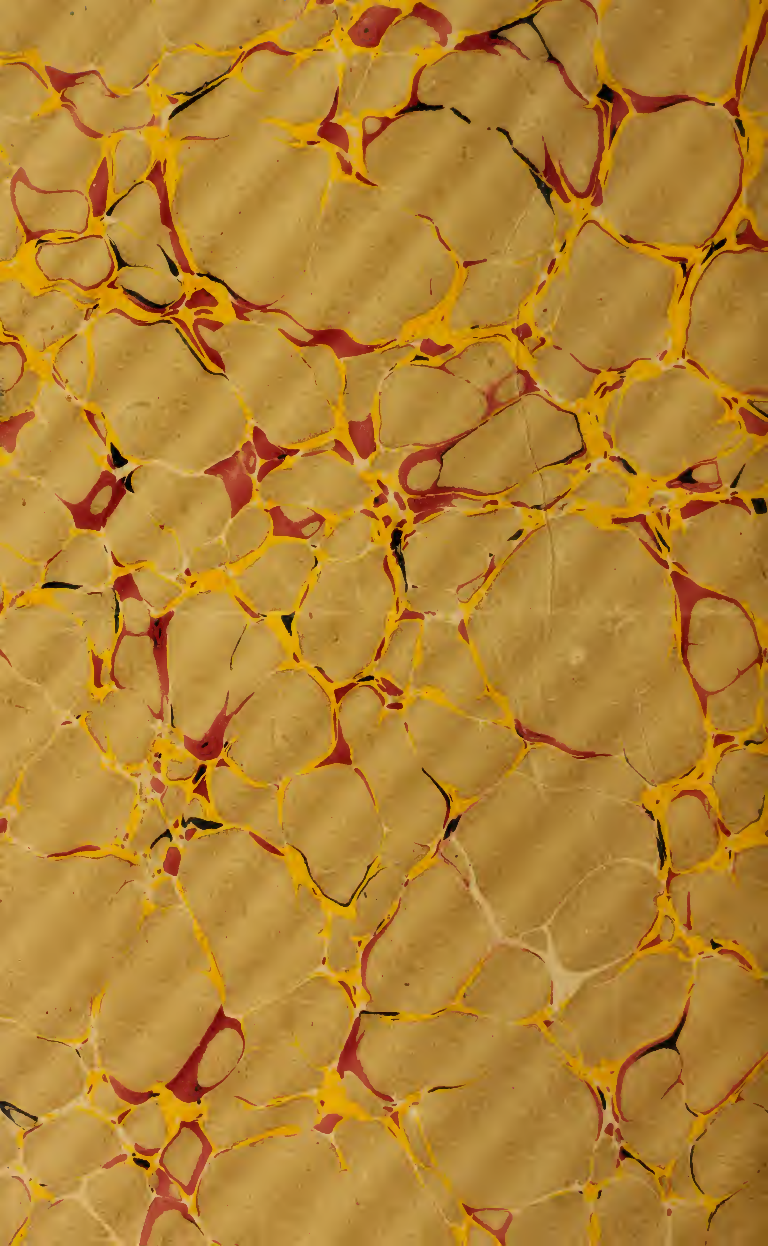
Fernando acompañó á Mauricio hasta la puerta, luego volvió á entrar en su despacho, se sentó delante del retrato de su mujer, y dijo:

—Ernesto no existe; pero en los labios de este retrato, en esa boca dulce, apasionada, amorosa como un beso, ha dejado escrita la historia de su muerte.

FIN.

ÍNDICE.

Págs.





University of Toronto
Library
DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET
Acme Library Card Pocket
Under Pat. "Ref. Index File"
Made by LIBRARY BUREAU
LS.
P4386his.
21149
Author Pérez Escrich, Enrique.
Title Historia de un Beso.

